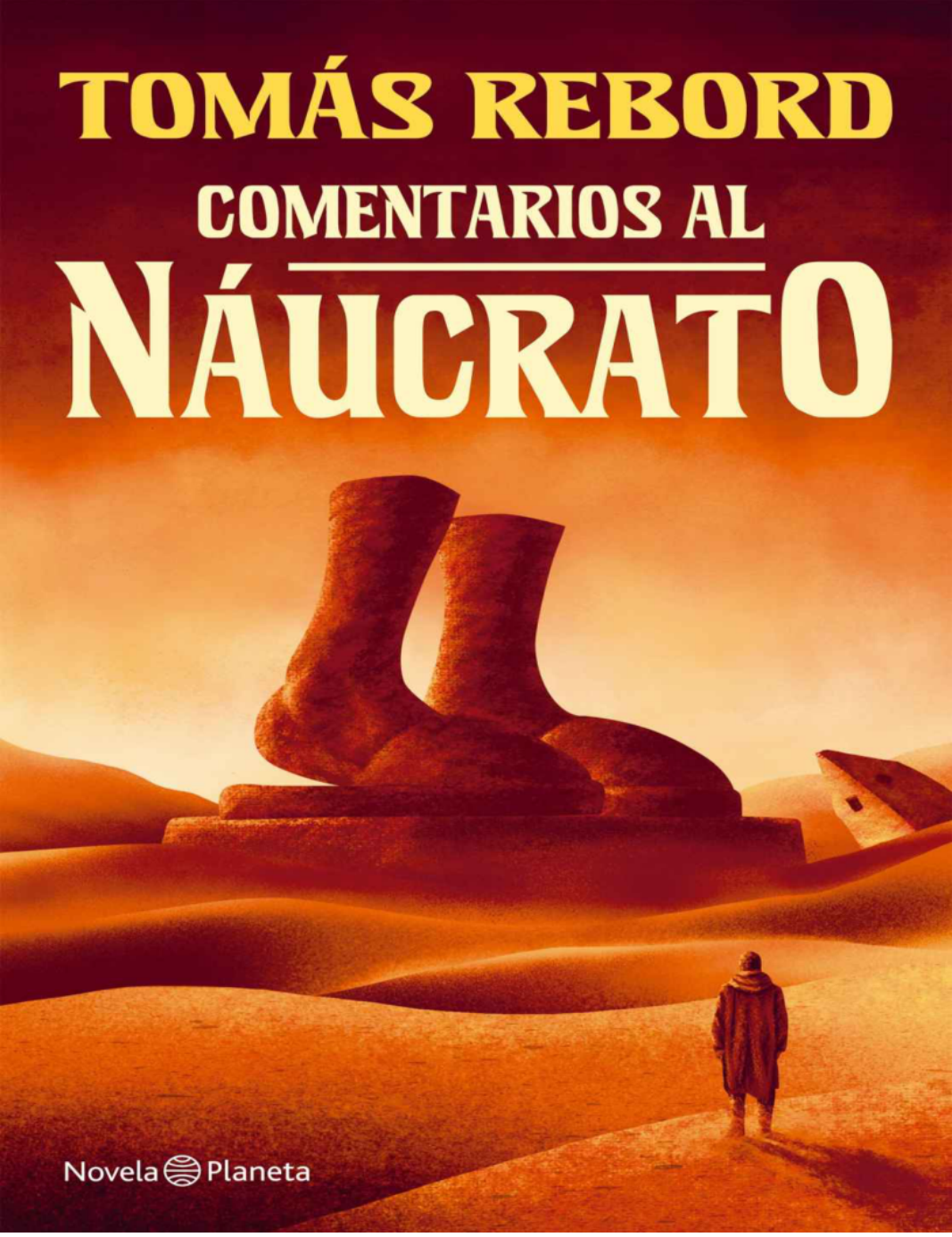
TOMÁS REBORD

COMENTARIOS AL NÁUCRATO



Novela Planeta

Comentarios al Náucrato

Comentarios al Náucrato

Tomás Rebord

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Exordio
1 YHWH
2 El hombre que scrollea solo y espera
3 La primera piedra
4 Un mozo que atiende bien una mesa, que tal vez no le agrada
5 Los otros siete locos
6 Sensibilidades de un Refutador de Leyendas
7 Apóstol
8 Ištar
9 Lo que habita en la cueva
10 San Miguel Bueno, vivo
11 Rubicón plateado
12 Ozymandias

Rebord, Tomás
Comentarios al náucrato / Tomás Rebord. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8657-7
1. Novelas. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© 2024, Tomás Rebord

Todos los derechos reservados

1.ª edición digital: abril de 2024
Versión: 1.0

Por Atila.

Exordio

Leí alguna vez que la primera obra es todo lo que uno siempre quiso hacer y la segunda, todo lo contrario. De la segunda aún no puedo dar precisiones (aunque este libro la anuncie).

La pasión por la literatura fue un regalo de mi vieja, que me inculcó al leerme de niño y cultivó al orientarme más adelante. Desde entonces es la disciplina artística que más respeto, llegando al punto de la veneración. Y, como todo lo que se venera, es también la que más temo. No tengo otra ambición que la de generar en alguien —aunque sea— una fracción de lo que la palabra escrita produce en mí.

Esta novela es lo primero que escribo que no detesto al terminar. Sus predecesoras han muerto despedazadas o esperan pacientemente en el letargo digital de alguna carpeta olvidada. Trata centralmente tres temas, dos explícitos y uno secreto, que descubrí, para mi propia sorpresa, una vez que estuvo terminada. Persigue, también, dos objetivos, en apariencia contrapuestos: bastarse a sí misma y permitir una lectura desprovista de contexto o referencias externas, a la vez que satisfacer las expectativas de quienes, por el motivo que fuese, se encuentran familiarizados con mi trabajo hasta ahora.

A esta segunda clase de lectores (llamémosle "especial" por no decir otra cosa) le espera una infinidad de detalles, frases textuales y referencias cuyo descubrimiento —confío— disfrutará, siempre y cuando brinde recíprocamente a esta obra su total e indivisa atención: es decir, lo de siempre.

Las siguientes personas fueron fundamentales para que existan el Náucrato y sus comentarios:

Agustina "La Sugus" Leunda: mi enana, mi amor y compañera de vida, dueña de una prosa precisa y autosuficiente, además de una crítica aguda para mí inalcanzables. Este libro fue escrito a su lado, en tiempos convulsos y repletos de estímulos poco convenientes para el ejercicio literario. Que hayamos podido construir una balsa para dos desde donde crear mundos en medio de la tempestad es un mérito más suyo que mío.

Agustín Courel, el filósofo, a cuyas reflexiones e investigaciones debo gran parte de la materia prima con la que armé esta novela y junto a quien dedicamos jornadas enteras buscando a Dios a través de la literatura. Hoy sospecho que aquellas conversaciones comportaron la verdadera forma del milagro que tanto buscábamos.

Matías Segreti, el escritor, quien me acompañó desde el momento en que publicar empezó a ser una posibilidad y quien, con su "fordismo literario", ha ayudado a empujar mi proceso de escritura un tanto irregular, que he dado en llamar "por oleajes" en un intento de revestir con alguna sofisticación lo que probablemente sea sólo pereza.

Ana Ojeda, mi editora, quien, probablemente sin saberlo, me brindó —con sus primeras sorpresas y entusiasmos— la esperanza inicial real de que algo de todo esto sea, en efecto, bueno. Sé muy bien que no escribo bien; incontables veces me han dicho que la mayoría de las cosas que me gustaría expresar, en la manera en que me gustaría expresarlas, está de hecho técnicamente mal. Ignoro los misteriosos designios de la puntuación, mis oraciones son largas y a veces, simplemente, no terminan, considero el punto y coma una coma poderosa o un punto débil, disfruto de los gerundios y jamás entendí por qué son malvados, caigo y recaigo en las repeticiones o los alargues innecesarios, y en el mejor de los casos hablo raro. Que esto sea legible y no una especie de gran borrador oral posando de poesía alternativa es pura y exclusivamente gracias a ella y su arenga (desmedida) de aquellos primeros y aún más desprolijos días: "Arlt también escribía técnicamente mal".

Es preciso mencionar también a quienes, sin conocerme, me han elegido como algo que, por algún motivo, vale la pena defender. Uso esa palabra adrede, porque incluso "cariño" es insuficiente para transmitir su accionar. No creo merecerlo, pero sepan que brindar lo mejor de mí dejó de ser una vocación para pasar a ser una obligación a partir de lo que tantos de ustedes elijen demostrarme a diario, con su interés, con sus palabras de afecto, con su amor a distancia, con su saludo por las calles de Buenos Aires, con su banca, tantas veces incondicional y tantas otras, lisa y llanamente, injustificable.

Gracias, de todo corazón. Espero estar a la altura de todos ustedes.

Y si no, váyanse a la concha de su madre.

Escribir es, ante todo, un acto de locura. ¿Quién, sino un loco, se atreve a postular un Universo? Es, en segundo lugar, oficio de tiranos. ¿Qué puede ser más despótico que pretender designarlo todo? En tercer orden, una patología: se escribe para combatir las voces en la cabeza, saciar las que empujan el corazón y desahogar las que nos estrujan el estómago. Se escribe porque no se puede no hacerlo; se escribe para sobrevivir.

En último lugar, escribir es un acto de fe, porque sólo una creencia irreductible puede defender una palabra del escrutinio malicioso, del millar de antecesores, de la redundancia o las cacofonías, del juicio propio, del paso del tiempo, del olvido y de la muerte.

Pertenece a los locos, tiranos, enfermos y profetas.

HORACIO FUNES ALTERIO,
Confesiones del Cabrakan

1
YHWH

“Y así me fue revelada la verdad”, enfatizó el más gordo de los panelistas, sosteniendo en alto lo que difícilmente hubiera podido ser algo más que un puñado de servilletas con rastros de grasa y algún que otro garabato, si el gesto no hubiera estado precedido por su encendida alocución sobre el Náucrato.

Al panel lo completaban otros dos expositores que equilibraban el cuadro: a la izquierda, uno de apariencia intelectual tenía unos lentes gruesos y el pelo pegado al cráneo, mientras que su silueta apenas se adivinaba dentro de un buzo de polar andrajoso; a la derecha, un hombre sombrío de bigote renacentista, como sacado de otro tiempo. Los ojos se le escondían debajo de cejas tan pobladas que parecían dos gatas peludas plateadas. En cualquier otro contexto, habría dicho que su gestualidad tensa y su mirada fija en un punto detrás del público eran indicadores de vergüenza, pero semejantes conjeturas no eran posibles en ese lugar, no ahí, no entre los Buscadores de la Verdad, no entre los seguidores del Náucrato.

Sucede que medir algo tan común como la vergüenza en un miembro de los Buscadores podía ser una tarea tan críptica como interpretar los motivos de incomodidad de un autista o la intención detrás de las puteadas de una persona con síndrome de Tourette.

No, no había manera de saber si el expositor del extremo derecho del panel estaba nervioso o si su rigidez inconmovible era una cualidad estética que aportaba mística a su personaje. Como no había manera de descifrar el significado de la presencia misma del resto de los asistentes. Un crisol de potenciales neurodivergencias completaba el público convocado desde aquel centro cultural de Villa Crespo. De un rápido vistazo, la variedad de sillas del salón estaba ocupada por personas cuyo denominador común podía englobarse en una sola palabra: raras.

Algunos reían frenéticamente en festejo cómplice del menor indicio de humor por parte de algún miembro del panel. Una chica en la frontera de su propia feminidad (una de las tres o, como mucho, cuatro mujeres presentes), sentada en la primera fila, anotaba sin parar al ritmo de la exposición. Un hombre en el rincón derecho del salón sollozaba en silencio. ¿Lloraba? ¿Por qué?

El resto, entre treinta y cuarenta asistentes, parecía distribuirse en perfecto equilibrio entre todas las tribus urbanas que existieron y existirán. Había metaleros de aire provocador sentados al lado de una posible corporización de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Noté también (gracias a una serie de pines e indumentaria afín) a una delegación de un autopercibido peronismo ortodoxo junto a dos adolescentes de, como mucho, dieciséis años con remeras amarillas

estampadas con su serpiente.

Era llamativo cómo cada asistente parecía querer enfatizar su extracción ideológica (o acaso cultural), como si cada uno supusiera un cupo identitario, una representación física de una tendencia con cuya presencia robustecía la innegable pluralidad de ese ámbito misterioso en el que convivían en respetuosa atención a las palabras de los panelistas.

La actividad había sido convocada desde la cuenta de Twitter Buscadores de la Verdad - CABA y tenía por título "Testigos del Náucrato". Para ese entonces yo me encontraba trabajando como cronista de un medio digital de nula relevancia cuya principal finalidad era servir de pantalla para bajar pauta de algunos municipios afines a un director editorial con quien jamás había hablado y, sospecho, no podía importarle menos quién era yo o qué escribía.

Pagaban mal, pero pagaban, y ya hacía tiempo había aceptado que ese sueño adolescente de vivir de la escritura tenía menos que ver con realizar una anhelada obra maestra que con escribir sobre lo que fuera en donde se pudiera.

Escribía para nadie, con la certeza de no ser leído. Escribía resignado y al poco tiempo de haber conseguido algunas columnas estables en distintos medios empecé a preguntarme si finalmente había logrado mi sueño de trabajar de lo que amaba o simplemente había convertido lo que amaba en un trabajo.

Teóricamente mi función para el portal era periodística: tenía la obligación de escribir sobre noticias de "interés general". En el mejor de los casos, aventurar alguna posición (con cautela, dado que el único problema podía ser contrariar los cambiantes intereses de quienes financiaban aquella web casi sin visitas) y limitarme a copiar y pegar lo que la ingeniería de los medios ya consolidados designase como relevante.

Quizás haya sido aburrimiento, intrepidez, curiosidad o una mezcla de las tres, pero cuando vi la publicación de los Buscadores de la Verdad sentí activarse una célula de aquello que me había llevado hacia el oficio: la intuición o la esperanza de que pudiera haber algo ahí.

Después de todo, era difícil haber nacido en los noventa en Capital Federal y no haber escuchado jamás sobre el Náucrato o sus seguidores, la comunidad, si es que ese era un término idóneo para nombrarlos. Tenía ya una larga historia; su apogeo debía haber sido en mi infancia, o apenas antes, en las épocas en las que el Cabrakan era invitado habitual a la televisión y realizaba actos públicos.

Mi memoria infantil designa un recorte misterioso de ese tiempo sumido en los colores y la espectacularidad noventista. El Cabrakan como figura de culto, popular pero esquiva, insoportablemente

presente en la conversación pública, pero concretamente en ningún lado. Evocarlo tenía el efecto de develar las secretas complicidades generacionales, esas referencias epocales tan específicas que tienen el efecto de hermanar a desconocidos generando frases como “claro que me acuerdo”, “epa, se te cayó el DNI” o un “¿seguirá vivo?”, que permiten extender la agonía de una conversación casual mucho más de lo conveniente.

Para mi generación, el Cabrakan era la silueta de un hombre que había existido y había tenido gran importancia, incluso si no estaba del todo claro en qué consistía esa importancia. Una impresión más que un recuerdo, un busto más de una larga hilera con un semblante que todos conocen pero del cual no podrían citar una sola frase.

Cuando vi aquella publicación, por casualidad o designios algorítmicos, mi reflejo inmediato fue dudar de si aquello que recordaba seguía existiendo. Desconocía qué había sido de esa persona que convocaba multitudes en plazas y seducía a mi vieja en los albores de la caduca televisión de aire. Decidí entonces que escribir en un portal que nadie parecía leer bien podía ser una oportunidad para investigar sobre lo que se me cantara y decidí asistir a la actividad con una mezcla de curiosidad antropológica y cinismo.

El elemento central de la narrativa de los Buscadores era el Náucrato, un libro tan sagrado como incorroborable, oriundo del Río de la Plata, de ascendencia argentina, presuntamente disputado por los uruguayos.

En los términos de su propio rito, el Náucrato era la “obra definitiva”, “el principio y el final”. El concepto era tan abarcativo que podía significar simultáneamente tanto el conjunto de sueños y anhelos de alguien como el muy concreto Libro Sagrado, centro de la mitología de los Buscadores.

En mi precaria investigación inicial, pude detectar que la incertidumbre estaba sembrada desde el origen. No había claridad sobre si el Cabrakan había sido autor del Náucrato o si era una suerte de Último Guardián, en tanto el Náucrato era, teóricamente, una pieza literario-profética tan poderosa que no podía ser copiada, reproducida o divulgada más allá de un único y legendario ejemplar.

Otros insistían en que el Náucrato era una metáfora del potencial del espíritu humano. Para estos, creer que realmente existía un libro físico era producto de la estupidez de algunos miembros novatos de la comunidad, ya consolidada, postura lógicamente señalada como herética por quienes sostenían que el Náucrato era tan real como cualquiera de ellos.

De ahí derivaba la fortaleza del panel que exponía orgullosamente su encuentro con lo Sagrado detrás de un improvisado banquito de madera cubierto por un mantel de plástico. Esos tres expositores eran

Testigos que habían entrado en contacto, de una u otra manera, con las Sagradas Escrituras del Río de la Plata y logrado retener, memorizar (¿inventar?) lo que fuera que hubiesen visto para divulgación del credo, incluso si ellos mismos en muchos casos no lograban desentrañar su significado.

Existía en este gesto una forma patética de heroísmo; me recordaban a los monjes copistas medievales que, siendo muchas veces ellos mismos analfabetos, dedicaban sus vidas a copiar manuscritos para que otras personas, letradas, pudieran acceder a ese conocimiento que ellos tenían vedado.

Mientras yo pensaba todo esto el panelista del medio había dejado de agitar sus servilletas manuscritas (donde supuestamente había retenido y volcado las palabras que alcanzó a ver en su encuentro con el Náucrato) y el expositor de bigote se encontraba argumentando que, en realidad, la imposibilidad de reproducir el Libro de los Libros no se debía a una insostenible carga energética de Verdades encerradas entre sus tapas sino a un hecho fatalmente físico. El hombre que, como se encargó de aclarar, era ingeniero, atestiguaba que cuando el Cabrakan le permitió ver el Náucrato —en una gira por La Matanza— le resultó evidente la extrema fragilidad de sus hojas e incalculable su antigüedad, incluso los signos y simbolos que conformaban su letra eran indescifrables, siendo el Cabrakan el único capaz de traducirlo.

Esto lo volvía materialmente irreproducible ya que no toleraría fotocopias o transcripciones: cualquier iniciativa de este estilo atentaría contra la integridad del objeto. Esto suponía una controversia teológica en los términos del propio culto: significaba que el Cabrakan no podía haber sido autor de tan antiguo artefacto, lo cual visiblemente había inquietado a algunos de los asistentes que se movían en sus asientos y susurraban reproches airados a sus acompañantes.

Eso sí, todos coincidían en que el Náucrato era innegablemente real y, por uno u otro motivo, no podía ser reproducido, factor conveniente para la fortaleza mitológica del credo.

A pesar del ejercicio consciente de todo mi cinismo para escrutar lo que sólo me parecía que podía ser un sofisticado club de lectura para fronterizos y marginales, he de confesar que al entrar en contacto con el pleno *lore* de la comunidad me sorprendí. La densidad y devoción con las que los Buscadores se expresaban sobre el Cabrakan y El Libro eran mucho más interesantes que mi recuerdo, más cercano a algún tipo de farándula caduca. En ningún lugar de mi memoria había registrado lo que circundaba al Cabrakan como un universo con mitología propia o capaz de congregar a este rejunte de desconocidos unos treinta años después a narrar sus presuntos contactos con un

escrito incorroborable sin más contexto o excusa que su propio interés.

Tampoco había demasiadas fuentes para una investigación, al menos no en un sentido estrictamente periodístico. De aquellas viejas entrevistas dadas por él pude encontrar apenas recortes o compilados en YouTube; el resto fueron conjeturas de entradas en foros abandonados de mediados de 2000 y alguna que otra discusión twittera. Y, sin embargo, ahí estaban, resistiendo al tiempo o el interés general, personas completamente reales que insistían en reunirse a compartir rumores, de espaldas a una realidad que se devoraba a sí misma entre la recurrencia de las crisis económicas y la apatía propia de quienes ya no esperan nada del mundo.

Quizás la misma impresión había conmovido a quien coordinaba la grilla de actividades de este centro cultural para permitirles a los Buscadores usar uno de sus salones para su convocatoria: la vaga esperanza de que la propuesta y su público cautivo le aportase algo de vitalidad a lo que apenas lograba existir como centro de día para jubilados con escaso acceso a financiamiento y aún menos poder de seducción.

Funcionaba en una casa antigua, cedida o alquilada. Sus grandes salones, sumados a la ausencia de servicios básicos, debían convertirla en un lugar no apto para vivienda, dejando la estructura por fuera del frenesí negocial de los alquileres urbanos y sus aplicaciones, a merced de un mercado de compra tan inaccesible como deprimido.

Al ingresar, pude ver a los verdaderos anfitriones en el hall, los inquilinos y gestores de aquel centro cultural, quienes miraban igual de extrañados que yo al resto de los asistentes con esa complicidad intuitiva que establecemos de inmediato quienes nos consideramos (recíprocamente) “normales”. Vi en ellos la energía de la juventud pero más específicamente la de quien se reúne con otros en derredor de un objetivo. Constituían, esas tres o cuatro personas, un lugar en medio del derrumbe, un pequeño vector de resistencia en defensa de una manera gregaria de vivir a pesar de una realidad que permitía la resolución digital a distancia de casi todo. En definitiva, lo único que en esos tiempos podía parecerse a lo que antes se hubiera llamado “militancia”.

—Gracias, Elmiro —dijo el conferencista de lentes gruesos y fino pelo adherido al cráneo.

Su voz no encajaba con su imagen. A juzgar por su figura menuda y su mirada nerviosa, uno podría haberle adjudicado un celibato involuntario, pero había algo en su forma de hablar y en sus movimientos que rápidamente lo posicionó a mis ojos como el más resuelto de los tres conferencistas. Elmiro, el ingeniero, volvió a su tenso e incómodo silencio. El expositor grueso, cuyo nombre no llegué a escuchar, contrastaba alegre con el semblante de los otros dos. Él y

su constante toqueteo de las (ahora sagradas, por añadidura) servilletas eran quizás la única expresión de ansioso entusiasmo en el panel.

El público aplaudió con energía el final de la exposición de Elmiro y me sumé, entre extrañado y sorprendido por la candidez de su reacción. Era como si los socialmente excluidos de todos los demás ámbitos hubieran encontrado en los Buscadores de la Verdad un lugar de pertenencia y realización que los alojaba: todos sin excepción se veían felices, interesados, atentos.

—El Gordo ha sido un privilegiado —continuó el de anteojos con afecto y cercanía, mientras le ponía una mano en el hombro a su compañero de panel—. Ha logrado retener el pasaje del Náucrato que le fue permitido leer y copiarlo. Al terminar la ronda de preguntas vamos a dejar que examinen sus papeles y les saquen fotos, si quieren, dado que el conocimiento que nos fue brindado JAMÁS será exclusivo —al llegar a la palabra "jamás" gritó de la forma más salida de registro que yo hubiera podido imaginar, lo cual suscitó nuevos aplausos espontáneos que me sorprendieron aun más, como si hubiera estado perdido participando de una coreografía cuyas señales desconocía.

—Yo no tuve tanta suerte —siguió el conferencista que ahora hacía uso de la palabra—. Conocí al Cabrakan en una de sus giras por Capital, no las primeras por supuesto, las llamadas "fundacionales", sino cuando ya se había mudado o "retirado al monte" como decía él, aunque técnicamente fue mucho antes de su retiro "real" —de nuevo risas que ratificaban una complicidad secreta y compartida—. Fueron, paradójicamente, sus años de mayor éxito. Yo era joven en esa época y recuerdo que era realmente difícil caminar a su lado por la calle. Fueron los tiempos de las giras y las grandes exposiciones. Como muchos de ustedes saben, tuve el honor de acompañar al Cabrakan en casi todas esas presentaciones; lo llevaba en lo que en su momento era el auto de mi madre; no puedo decir que fui su amigo, pero creo haberlo conocido bastante, al menos durante un tiempo de su vida.

Pude percibir cómo este relato era seguido con más atención por el público, en parte porque amagaba con ser más personal que las anteriores disquisiciones, más técnicas o dogmáticas, aunque muy probablemente fuera por algo más elemental: la jerarquía. Sin duda, este expositor era la figura central del panel: cerraba la charla, y su historia de cercanía con el Cabrakan lo validaba frente a los congregados. Ostentaba una autoridad por derrame o proximidad.

—Fue en uno de estos viajes, justamente, cuando al ir a buscarlo a la quinta adonde se había mudado solo en Don Torcuato que me invitó a pasar a lo que era su casa. Todavía recuerdo su presentación: "Cinco son los continentes, cinco propuso el Pentateuco, pero acá a

nadie le importa nada, Nuevo Testamento, Antiguo, el Corán, el I Ching, el de la India… y ¿qué más? Les falta el quinto de los Libros Sagrados, el nuestro" —los asistentes estallaron en un festejo frente a la imitación que el panelista hacía del Cabrakan. Al parecer, el carisma del Líder compensaba cierta ignorancia o la manifiesta arbitrariedad de reducir a cinco las "fuentes sagradas", omitiendo prácticamente la totalidad de la tradición oriental, la América precolombina y el conjunto de antiguas civilizaciones mesopotámicas —. Y entonces me lo mostró. Un libro grueso, de tapas duras, que alterna los colores rojo y negro. En el frente tiene un gran dibujo circular, una especie de brújula o reloj laberíntico cuyos extremos se conectan mediante caminos internos que encuentran su destino en otro punto de la circunferencia. Sus hojas son doradas y en el canto al mirarlo al bies se forman figuras. El Cabrakan lo abrió y leyó un pasaje al azar que me conmueve todavía al día de hoy, pero jamás he logrado escribirlo sin sentirme herético o que cometo una falta de respeto. Sólo me atrevo a evocarlo e intentar explicar lo que entendí de aquellas palabras entre Buscadores, como hago cada vez que me invitan a hacerlo…

—Esta es mi parte favorita —escuché decir detrás de mí.

—Habló de Dios y lo definió de una forma que me resultó nueva: Dios es una condición de posibilidad. Dijo que, al contrario de como se entiende el mundo racional, donde sólo existe lo corroborado, todo lo que existe hoy en realidad debió primero no existir, para así poder ser descubierto… Es decir, la Tierra fue plana hasta que no lo fue; las estrellas fueron deidades hasta que no lo fueron; la Luna, inalcanzable hasta que no lo fue… Todo lo que hoy es arrancó siendo imposible, inimaginable, irrealizable, hasta que alguien dijo: "Esto que es, puede ser de otra manera". ¡Y pudo! Y eso es Dios: algo que *puede* ocurrir. En tanto condición, Dios acecha en cada circunstancia, en cada "ojalá", en cada rezo. No existe otra interacción con Dios que no sea para pedirle algo y pedir es esencialmente el inicio de una mutación en las cosas. Que algo que no es sea o que algo que es deje de serlo. Dios habita esa frontera donde es pudiendo ser.

Miré a mi alrededor para ver exactamente qué me estaba perdiendo: igual tomé nota de alguna de las frases, todo me parecía incomprensible. El resto de los asistentes parecía absorto, miraba fijo al expositor cual animal encandilado a punto de ser atropellado en la ruta.

—Toda forma de existencia es una conjetura porque jamás nadie residió en otro, entonces nadie, por definición, puede saber fehacientemente cómo existe otra persona —siguió el expositor—. Yo, hablándoles hoy y ahora, no tengo idea de si ustedes existen como yo existo, si sienten como yo siento, si degustan, piensan o perciben como

yo lo hago. Esa es la última y más infranqueable de las soledades: la generada por la imposibilidad de corroborar. Por ende, si toda existencia es, en última instancia, una conjetura y si nadie sabe a ciencia cierta si el otro existe, lo único que existe es la posibilidad de que exista: Dios.

El público prorrumpió en un aplauso espontáneo mientras yo transcribía esta última frase. El panelista, en cambio, miró la mesa y se desinfló, volviendo a su posición de reposo natural en la cual lo había visto por primera vez y que no permitía sospechar a un orador convocante. Parecía exhausto, vacío, como si algo hubiese hablado a través de él por un rato y esa misma cosa ahora lo hubiera abandonado.

El panelista central, exultante, retomó la palabra, no sin antes pedir un enérgico aplauso para Pedro.

—Ahora vamos a estar contestando preguntas —continuó, y noté que entre ellos se alternaban cómodamente el rol de anfitrión o moderador del panel y público, como antes lo había hecho Pedro con quien ahora hablaba—. Les recordamos a los Buscadores presentes que no lo hacemos desde un lugar de autoridad. Como indica nuestro credo, sólo hemos sido privilegiados al entrar en contacto con alguna de las dimensiones del Náucrato y tratamos de recordarlo y transmitirlo lo mejor posible. No somos ni más ni menos que eso: testigos y creyentes, como ustedes. Sabemos bien que nuestro libro no compite en la misma categoría que los sagrados que ya son clásicos. No por falta de calidad, sino por mera falta de tiempo: en dos mil años, nuestro Náucrato no tendrá nada que envidiarle al Nuevo Testamento.

Mientras aplaudían la aclaración, no pude contener un comentario con sorna: “Salvo su relevancia”, apelando a la complicidad de quienes me rodeaban. Busqué sin éxito entre mis vecinos circunstanciales alguien que me festejara el cinismo.

Me puse a aplaudir en forma tibia, desde la vergonzosa soledad que se atraviesa cuando se hace un chiste no correspondido.

—¿Te divierte ser así? —me increpó una voz a mis espaldas mientras el panel comenzaba con las preguntas del público.

Me di vuelta y descubrí a un anciano; ojos claros que se asomaban entre pliegues de párpado caído, ojera, ceja y carne, como si mirara paciente y desde el fondo de sí mismo esperando mi respuesta. El resto de la cara era un conjunto de pliegues; de tan arrugado parecía surcado, como si un rastrillo le hubiera arado las mejillas donde se había regado una barba más bien dispersa. Por algún motivo, no esperaba ver a un tipo grande en ese lugar. Era el único asistente de esa edad, o que al menos la aparentaba. Su postura, tranquila pero firme, acompañaba con brazos y piernas cruzadas mi desconcierto

mientras le miraba por un instante fugaz la camisa a cuadrillé al cuerpo e impecable y unos pantalones con botamanga color caqui. Me pareció que estaba casi disfrazado de viejo, el arquetipo de un adulto mayor.

—¿Cómo? —retruqué, aunque había escuchado perfectamente mientras lo miraba. Estaba sentado justo atrás mío.

—Si te divierte ser así —reiteró.

Aunque su pregunta era dura no había hostilidad en su tono o en su expresión. Si algo en él podía leerse, era más parecido a la condescendencia.

—Está bien igual, ¿eh? —siguió, prescindiendo de mi respuesta—. Todos tenemos que divertirnos de alguna manera, aunque sospecho que ni siquiera te divierte —sentenció antes de levantarse, saludar con parsimonia llevándose dos dedos a la frente y alejarse con paso cansino.

La extraña interacción y el clima de respeto religioso que me rodeaba en la sala me terminaron por descolocar y yo también salí mientras las preguntas del público continuaban. Lo busqué en el hall de entrada para disculparme pero no lo encontré.

El regreso a mi casa estuvo signado por una sensación de vergüenza e incomodidad inexplicable. No sabía exactamente qué había pasado ni qué había visto.

Esa misma noche escribí una nota para el portal al calor de las impresiones de esa tarde. El cinismo desde donde pretendí narrar a los Buscadores se iba desarmando frente a la inocultable necesidad de admitir que me intrigaban. Jamás se me habría cruzado por la cabeza que iba a terminar dedicando un libro entero a mis propios comentarios al Náucrato.

Retazos del Náucrato

Horacio Funes Alterio

Cada instante de conciencia es un segundo manoteado al abismo. Persistir en existir es desafiar la Nada, que espera paciente al final de todas las cosas.

En la justificación de la propia existencia el Hombre encuentra los placeres, los deberes, las pasiones y, de salvarse, el Propósito, el Náucrato.

Frente a la Nada todo propósito roza el ridículo o la insania. ¿Quién puede sostener que su Náucrato vale algo frente a la indiferencia de las estrellas?

A la luz de la eternidad, ¿dónde entran nuestros anhelos o temores?

Así opera la Nada, el Monstruo al final de todos los mapas: por resignación y por su inagotable confianza. Ha visto pasar todas las glorias, todas las tragedias. Observó incólume triunfar las causas más justas así como vio vencer a las más atroces; desde el fondo de sus respectivas fiestas miró, esperando, sabiéndolas a todas efímeras.

¿Cómo se vence a semejante enemigo?

No se lo vence. La Nada gana al final, pero operar contra esta certeza es el núcleo mismo del poder del Propósito.

Existe una sola cosa que la Nada no puede soportar: que a pesar de que el vacío en definitiva devorará todo, que a pesar de que ni uno solo de los efímeros hombres logre engañar a la Muerte, que a pesar de que en última instancia y con total racionalidad pueda afirmarse que nada tiene sentido, alguien, en algún lugar, escriba un poema.

La Nada no soporta que su ineludible triunfo no logre derrotar en vida a los ya vencidos.

¿Para qué?, grita la Nada en ausencia de sonido. ¿Para qué insistir en existir, si nadie persiste más allá de su umbral, si estas mismas palabras serán devoradas como lo serán todas las cosas, si todos serán igual de olvidados? ¿Acaso no saben que ya están muertos? ¿Por qué bailan si perdieron?

Condenado está quien sólo pelea para ganar; esto el Propósito lo sabe bien: se pelea para seguir existiendo, para sacarle la lengua al abismo cuando te devuelve la mirada.

Y esto es (quizás lo único) que no soporta la Nada.

El poder inagotable del Propósito, que a veces y sólo por momentos es incluso más grande que el de la Nada misma, reside en que sabiéndose derrotado vuelve a ponerse de pie, compone una melodía que quizás no sea escuchada, cuenta una historia aún no narrada, da un beso sin temor a que termine, asedia Troya una vez más, vuelve a subirse dócilmente a su cruz.

2
El hombre que scrollea solo y espera

“Retuits”, “Citados con comentario”, “Likes”, las medidas del éxito del presente. Me pregunté cómo habría sido escribir antes, cuando los mecanismos de validación no estaban explicitados en Internet. “¿Cómo sabía uno que había sido leído cuando no existían los celulares?”, pensé mientras disfrutaba íntimamente de algo que mi escritura no generaba hacía mucho tiempo: repercusiones.

Me di cuenta entonces de que me había formado con una literatura cuya mecánica desconocía; no tenía idea del mundo en que había sido escrita y con toda probabilidad no lo sabría jamás. Temí que el presente fuese incapaz de producir escritores como antes y no pude evitar romantizar aquello que desconocía: una escritura desprovista de validación, libre de las ataduras dopamínicas de algoritmos y burbujas de popularidad.

Mi celular encendió su pantalla para mostrarme un mensaje de WhatsApp. Era un elogio del director editorial del portal para el que trabajaba. Le había encantado la primera entrega sobre los Buscadores del Náucrato y me sugería serializarlo mediante entregas semanales que siguieran a esos “locos lindos”, término con el que concluía su mensaje.

“Careta”, pensé. Sospechaba que no había leído el artículo (jamás leía nada que se publicara en esa lavadora digital de guita) y me pareció evidente que el único motivo de su mensaje eran las repercusiones inesperadas que estaba teniendo la nota. Lo cual me deprimió porque, vale la pena aclarar, tampoco eran tan significativas; apenas se recortaban como algo novedoso para nuestros estándares bajísimos que consistían en la mera existencia. Un espasmo digital sostenido por la propia interacción endogámica de la comunidad sobre la cual había escrito era suficiente para recibir más atención de mi empleador de la que jamás había obtenido en esos cuatro años como colaborador fijo (aunque monotributista) del portal.

Por un instante recordé estar recién recibido de Comunicación escribiendo en cuanto blog pudiese, participando de talleres de escritura y dando clases como ayudante en la facultad, cuando un compañero de cátedra me recomendó para conformar el staff permanente del portal, lo cual me había parecido un sueño. Que me pagaran por escribir, recibir plata a cambio de poner letras en orden era un objetivo cumplido. Me dije que lo estaba logrando, sentí que había “llegado”. La suma era suficiente para dejar de dar clases particulares o de trabajar de mozo o lo que fuera que estuviera haciendo en ese entonces que hoy parece lejanísimo, si es que no eran ambas cosas. Me dije que, técnicamente, era un escritor.

Ese entusiasmo inicial se fue deteriorando de forma directamente

proporcional a la merma de mi poder adquisitivo, en medio del descubrimiento de mi propia intrascendencia al corroborar cada día que vivía en un mundo indiferente al entusiasmo que yo pudiera demostrar, sumado a la necesidad paralela de changuear de manera free-lance con la esperanza de que pronunciar el término en inglés diera aires de emprendedurismo a lo que sólo era empobrecimiento y autoexplotación.

El elogio del director me molestaba; sentí que lo poco que podía tener de genuino el abordaje sobre ese grupo de personas y sus pasiones era rápidamente manoseado por el interés superficial en cualquier cosa que generara una discusión digital. Con cada tuit sobre mi artículo mi búsqueda cada vez se sentía menos "de verdad".

Me froté la frente con tirria mientras pensaba qué responderle. El cuadro me pareció triste. Todo lo que me rodeaba me fastidiaba: mi monoambiente (por el que pagaba un alquiler ofensivo), el trabajo que presuntamente "amaba", mis noches, que terminaban siempre igual: tomando whisky en soledad mientras revisaba catálogos en plataformas de streaming prestadas sin decidirme por nada.

Extrañé la televisión y el cable. Extrañé las pequeñas arbitrariedades de un entretenimiento por default. Deseé con total intensidad ver *Terminator 2* doblada en neutro, ya empezada y sin posibilidad de retrocederla. Quise engañarme diciéndome que podría buscarla, incluso setear las condiciones para emular esa lejana sensación de la niñez pero sabía que sería, nuevamente, una farsa, como sentía todo lo que me rodeaba: la vida en Buenos Aires, ciudad que se me escurría mes a mes entre los dedos; escribir buscando la sensación de lo que alguna vez me había apasionado, o poner *Depredador* en castellano.Recrear el pasado con herramientas del presente sólo me ratificaba el abismo que existía con quien había sido alguna vez.

Miré a mi alrededor sentado en mi escritorio. Recién entonces noté que estaba borracho por la persistencia de algunos objetos en deslizarse por mis retinas aferrándose a otro ángulo desde donde ser observados. Mi casa se arrastraba como yo.

Volví a mí. "Qué mierda le contesto", me pregunté. Después de todo, ¿no escribía también para esto, para recibir un elogio, para que a alguien le gustara y me lo hiciera saber? ¿Y qué si es hipócrita? Si la repercusión de un trabajo me permite seguir trabajando, ¿por qué condenarme a sospechar de los elogios? ¿Y qué si funcionó por el "ruido" que hizo? ¿No tiene eso valor acaso? ¿No es de eso de lo que se trata, de conseguir que lo que escribo llame la atención?

Había un nudo en algún lugar de este pensamiento, pero no lo entendí entonces. Me serví otro vaso y ensayé un agradecimiento falso y una aceptación de los elogios. Había ganado, mi intuición sobre el

Náucrato y sus acólitos había sido correcta. En efecto, había algo ahí y a la gente le gustaba.

"La gente", pensé, "¿quién carajo es 'la gente'?". Como si "la gente" supiera lo que quiere. Nadie sabe lo que quiere. La gente en la República Argentina quiere quejarse, quiere decir cómo deberían haber sido las cosas, quiere opinar. Si la gente supiera realmente lo que quiere leer, lo escribiría.

Me acosté en la cama y volví a hundirme en las repercusiones de mi artículo en mi celular. No faltaban las críticas y los insultos, lo cual me alegró: era más afín a mi estado de ánimo conectar con eso. Había algunos usuarios muy indignados, decían que yo había ultrajado los preceptos del Cabrakan, que mi escrito era un insulto al Náucrato, que me burlaba de sus creencias.

Me sorprendió la vehemencia. En algún punto, la bronca que expresaban representaba la medida de lo que amaban. Eran personas que de verdad creían en ese cúmulo de escritos apócrifos, en su líder, en que todo eso era algo del orden de lo sagrado. Y a pesar de su irracionalidad, a pesar de la distancia que me separaba de ellos y de sus creencias, me parecieron más genuinos que el mensaje de mi jefe.

Sin duda tenían un punto: mi aproximación a sus ideas había pretendido ser mordaz. En esos tiempos creía que una opinión era valiosa en tanto expresase algún grado de sagacidad y la mayoría de las veces la confundía con la crueldad. No era un atributo que me enorgulleciera. Era lo que creía que me hacía bueno en mi trabajo. Confundía cinismo con agudeza.

En el fondo, percibían que me reía de ellos y tenían razón. Lo que no sabían era que íntimamente no sentía haberlo logrado. Mi crónica había resultado equidistante entre una burla —que ni siquiera compartía— y un respeto reverencial por su devoción, que no terminaba de creer, pero aun así me intimidaba. En síntesis: mi artículo era una aproximación cauta a algo que no terminaba de entender y, por ende, tampoco sabía cómo me hacía sentir en realidad. Supe esto mucho después. En ese momento sólo recuerdo un sentimiento de incomodidad general. Incómodo con lo que había escrito, con el mensaje celebratorio de mi jefe, con el monoambiente carísimo, con las plataformas de streaming y también con las repercusiones, que sin embargo no podía dejar de leer. Mi medianía producto de años de intrascendencia periodística sin un solo lector corroborable ahora había sido rubricada como exitosa gracias al fenómeno estéril de la controversia digital y era premiado con la posibilidad de seguir escribiendo sobre ellos. Me sentí atrapado entre un chiste que no me animaba a contar, un elogio que no terminaba de sentir y un respeto que no llegaba a desarrollar, acorralado en un punto equidistante entre la hipocresía y la cobardía. Sentía que

premiaban mi impostación y que el precio del "éxito" era seguir fingiendo.

Intenté relajarme. Mi vaso estaba vacío una vez más, así que me levanté para volver a llenarlo. Quizás me estaba castigando de más. Recuerdo haber pensado, no sin razón, que en toda esa incomodidad se escondía también un ego inflado. Pensé en mi viejo yendo a laburar todos los días de su vida a su taller. Era mecánico. Me resultó absurdo imaginarlo dudando de si aquellos motores lo representaban en su más hondo sentir. Me pregunté si alguna vez se sintió hipócrita al reemplazar una bujía, si se planteaba una falta de pasión por la mecánica, si cuestiones así le complicaban la existencia. Me sentí un idiota. ¿Quién carajo me creía que era para querer hacer sólo aquello que reflejaba mi más íntimo y puro sentir? Me reí solo en mi monoambiente alquilado a precio de oro.

Escribir era un trabajo, ni más ni menos. Y uno bastante bueno. Me despertaba a la hora que quería y tomaba unos mates mientras ponía caracteres en orden. Pensado así, había ganado. Pero era una victoria al precio de una herejía íntima: me obligaba a mentir, a fingir. ¿No fingen todos, acaso?

Me reí otra vez. Mi monoambiente era ahora un símbolo de arrolladora libertad. No le debía nada a nadie: ni explicaciones ni emociones. Mi soledad era en realidad un infinito de posibilidades. Mañana sería otro día en el que volcaría mis opiniones en una computadora. Un desconocido le dedicaría algunos minutos de su tiempo, le daría su atención, que es en definitiva lo único que tenemos para dar y lo único que podemos pedir. Me reí otra vez, esta vez con cierta exageración estridente, actuando para nadie, como se hace a veces cuando necesitamos convencernos a nosotros mismos de algo que íntimamente rechazamos.

Por un instante temí estar volviéndome loco, pero pensé en el whisky ya asimilado y me convencí de que sólo estaba borracho. La pantalla del celular volvió a brillar, esta vez anunciando un mail. Raro, no recordaba haberlo configurado para que me notificara la llegada de nuevos correos. El asunto decía: "DE UN BUSCADOR A OTRO". Así, en mayúsculas.

"No me digas que les dejaste tu mail real a estos enfermos", me dije a mí mismo, y repasé mentalmente si había llenado alguna planilla o algo por el estilo al entrar o salir del centro cultural. No recordé haberlo hecho, pero el alcohol en sangre oscurecía algunas áreas de mi memoria. De inmediato pensé que el mensaje podía ser útil para la serie de artículos que mi jefe me acababa de pedir. Ni siquiera había aceptado la propuesta de mi jefe y ya estaba pensando en escribir sobre los Buscadores del Náucrato. Presentí que mi accionar y pensamientos ya estuvieran condicionados por el nuevo

encargo. Estaba adentro. No sólo leería el mensaje; probablemente lo respondería y me interesaría por lo que dijera. No podía evitar pensar qué iba a decir sobre esta situación en la nueva entrega de la saga que aceptaría escribir. "Así muere lo genuino, así sucede", pensé. Toda iniciativa libre deviene obligación a cambio de un poco de plata.

Me sentí un cronista de gente sola. Ya no alcanzaba con mi propia soledad, ahora mi trabajo era narrar la ajena, una soledad al cubo. No podía entender cómo seguir el hilo de mis propios presuntos "intereses" me llevaba una y otra vez a escenarios de los cuales terminaba avergonzándome. Me maldije. Maldije mi curiosidad, si es que había sido eso lo que me había llevado hasta los Buscadores. Podría haber seguido copiando y pegando noticias de otros portales. Podría haber seguido cobrando por escribir para nadie. Abrí el mail:

> Lamento molestarlo, pero a mi edad se vive con la certeza de que la vida está hecha de arbitrariedades y el significado se esconde detrás de lo que otros podrían considerar una impertinencia, mientras que algunos sabrán ver emisarios de distintos destinos.
>
> No soy más que eso: el emisario de un destino posible, un camino que se abre frente a usted, que usted puede elegir tomar o no. De tomarlo, le aseguro que la experiencia será transformadora. Veo en el fondo de sus ojos el mismo flagelo que me aquejaba cuando hablamos hace algunas semanas…

Era el viejo apergaminado, el que la noche del encuentro me había preguntado si me divertía ser como era.

Usted, querido, está perdido, y perdido de la peor de las maneras: sin siquiera saberlo.

> No pretendo decirle *qué es lo que busca*. Esa es tarea para mejores hombres que yo. Pretendo descubrirle algo más simple y, sospecho, más útil a su actual condición: pretendo *confirmarle que busca*.

Tuve que releer este pequeño último párrafo. Quizás era el sueño, el whisky o la redacción, pero la pequeña operación semántica que iba del "qué" con tilde al "que" me resultó intrigante. El viejo parecía saber que yo buscaba algo, incluso si ese algo era ignorado por ambos, y en especial por mí. Me escuché soltar algo parecido a una risa corta. Estaba bien el mail, cumplía con todos los requisitos de una intervención poética: era simple, directo y resultaba seductor. No decía nada más. Apenas un par de líneas para informarme que, aunque lo ignorase, yo estaba buscando algo.

Pensé en la precisión de la intervención. En un desconocido escribiéndole a otro un mensaje con una información sin marco, expectativa o continuidad. Me di cuenta de que la interacción con ese viejo, desde aquel "¿Te divierte ser así?" era el intercambio más desconcertante que había tenido en años y me regocijé al pensar en la belleza de un anciano escribiéndole a un desconocido para informarle que buscaba algo, que era un Buscador.

Después de mucho tiempo, sentí ganas de escribir.

Usan distintas máscaras, pero encarnan siempre el mismo sentimiento. Quieren hacer del pensamiento un museo, una colección de vanidades donde regocijarse en la autocomplacencia de lo que no se mueve. Temen toda originalidad, todo dinamismo que amenace la burocracia que supieron erigir en derredor de sus egos.

Son sacerdotes de lo quieto en templos vacíos.
Habrían perseguido en vida a cualquiera de sus ídolos.

HORACIO FUNES ALTERIO,
Confesiones del Cabrakan

3
La primera piedra

Pedro era becario del Conicet y daba clases en Filosofía y Letras de la UBA. En otras palabras, era pobre y con la instrucción académica suficiente como para garantizarse además ser miserable. Me pidió que mantuviera en reserva su apellido, cosa que hasta hoy no comprendo (pero sigo respetando). Gozaba de notoriedad entre los Buscadores y encontrarlo había sido sencillo. Debía promediar los cincuenta años.

¿Por qué no querría que su nombre apareciera en mis columnas? Me inquietaba pensarlo. Sospechaba que lo que yo escribía no le gustaba. ¿Le parecería herética mi búsqueda? Quizás era mi tono, quizás era la notoria curiosidad con que elaboraba mis preguntas o la malicia implícita en algunas de mis descripciones. Temí que me percibiese como morboso, una suerte de arqueólogo pedante que despreciaba su propia búsqueda y obtenía algún tipo de goce burlándose de sus hallazgos.

Sobre todo, temí que esto atentase en forma directa contra mi escritura. Si Pedro, indudable figura saliente entre los Buscadores que sobrevivían en el siglo XXI, era reacio a colaborar conmigo exponiéndose en el proceso de la entrevista, ¿cuánto tardaría el resto en levantar sus propias barreras e inhibiciones? ¿Cuánto podía quedarles a estas entregas apenas iniciadas si los Buscadores mismos trataban de no ser observados? Sentía que me rodearían cual glóbulos blancos a un agente patógeno y no habrían estado equivocados: en ese entonces yo estaba todavía muy lejos de creer.

—El término "Náucrato" tiene entonces cierto grado de polisemia —continuó Pedro y me di cuenta de que me había perdido en mis propios pensamientos.

Llevaba ya un buen rato en su casa, que era lo más parecido a una cueva que había visto, un monoambiente aún más pequeño que el que alquilaba yo, sin luz natural y tan repleto de cosas que me resultaba difícil concentrarme en algo que no fuera decodificar la miríada de objetos que nos rodeaban. Todo estaba lleno de libros, del piso al techo: el mobiliario consistía en libros, las paredes parecían ser también de libros. Más que una casa parecía un campo de batalla (perdida) en el que el hombre había sido completamente desplazado por la palabra impresa. Pedro sobrevivía asediado por las palabras. En algún sentido, yo también lo estaba. La reciente viralización de mis textos me había expuesto al —para mí— novedoso fenómeno del juicio ajeno.

No podía dejar de pensar pretendiendo contar, no podía dejar de preocuparme por lo que tendría para decir a la hora de escribir lo que fuera que estuviera viviendo. ¿Por qué me había pedido que no usara su apellido? Si los Buscadores me consideraban persona non grata

sería imposible seguir escribiendo sobre ellos, me vería obligado a abandonar el tema, el único que mi director me había pedido que siguiera tras muchos años de intrascendencia y silencio de su parte. ¿Si dejaba de escribir sobre los Buscadores y el Náucrato podía despedirme? Me sentí ridículo, completamente ridículo. Había construido una jaula en donde antes me movía con libertad, escribía lo que quería cuando quería, y a nadie le importaba. Visto así, con Pedro éramos dos hombres en un monoambiente oscuro acosados por la escritura.

—¿Estás bien?

—Sí, perdón, me distraje. Quizás te resulte raro, pero no estoy acostumbrado a lo que está pasando con… esto; digo, creo que hay bastante gente leyendo sobre esto que escribo.

—¡Claro que sí! ¡Tus "Comentarios al Náucrato" son un éxito! No sabes cómo se comentan en la comunidad. Realmente tenemos que agradecerte, creo que nos revitalizaste por completo y es fundamental para nosotros que la gente joven se interese en estos temas.

—Ah, ¿sí? —quizás era paranoia, entonces, lo que explicaba su reticencia a aceptar que mencionara su apellido en mi artículo. Quizás simplemente no le gustaba o prefería ser sólo Pedro a secas—. Pero ¿les gusta lo que escribo?

—Ah, eso es otra cosa —rio con jovialidad—. El Cabrakan siempre decía que lo único que había que combatir era la intrascendencia. El amor o el odio, en cambio, son consecuencias del existir, y te puedo asegurar que acá existís —y volvió a reír con ganas.

Pedro era un apasionado del Náucrato. Con renovado interés, volví a sorprenderme por las dimensiones del relato construido en derredor del Libro Sagrado, o idea de libro sagrado, y del propio Cabrakan.

Pedro expuso con paciencia las tres corrientes interpretativas del origen del Libro. La histórica, según la cual el famoso texto atribuido a Mariano Moreno y llamado "Plan de operaciones" era en realidad un primer esbozo de Náucrato escrito, no por Moreno, sino por el propio Bernardo de Monteagudo en Chuquisaca, mezclando influjos liberales con pretensiones criollas y reducido posteriormente por nuestra historia oficial a sanguinarias tácticas de emancipación para ocultar su verdadero poder. La corriente literaria, que atribuía a Macedonio Fernández el texto original en el que habría logrado captar la esencia misma del Río de la Plata, una obra jamás publicada que luego fue legada en secreto a su discípulo y heredero literario (dejándolo ciego de tanto leerla). En ambos casos se rumoreaba que el texto había sido hallado por el Cabrakan en el sótano de la casa de su abuelo la misma noche de su suicidio. La tercera corriente, la dogmática, sostenía que el Cabrakan era el autor del Náucrato y admitía discusiones sobre sus fuentes de inspiración, pero no acerca de su autoría.

Pedro también me explicó las posibles implicancias del título de la obra. Dijo que podía ser una construcción etimológica griega, traducible como "navío sagrado". Cuando le pregunté por qué un texto sagrado escrito en Argentina tendría un nombre en griego sólo se rio.

—Sobre la polisemia del término —continuó como si no lo hubiera interrumpido—, "Náucrato" puede significar una y muchas cosas. Es por supuesto el libro pero es además un concepto. El Náucrato representa el propósito único y particular de cada individuo. Desde la concepción de un Buscador como yo, el objetivo de la vida es construirse a uno mismo un alma y esta búsqueda en sí misma es el Náucrato.

—¿El Náucrato es el camino entonces? —pregunté.

Pedro volvió a reírse.

—Si lo decís así, suena a autoayuda. El Cabrakan se molestaría. Es más bien el Propósito. No hay humano sin Náucrato ni Náucrato sin humano que lo realice. De eso se trata existir: de que cada cual encuentre su Náucrato.

—Y lo realice —agregué.

—Sí, pero hasta ahí. Si uno realiza su Náucrato por completo, muere, ya no tiene por qué existir. Es peligroso, ¿entendés?

—Se parece a la idea de destino, entonces —acoté—, volviendo a los griegos.

—No, en absoluto. La idea helénica de destino está incluso por encima de los dioses, es una absoluta fatalidad, nadie puede escapar de él. El Náucrato, como toda tradición criolla, es flexible; debe ser descubierto y también puede ser ignorado. Nuestra tradición contempla hacerse el boludo con el propio destino. Me consta que el Cabrakan vivió escapando del suyo.

El Cabrakan, mencionado por Pedro desde la fascinación, la nostalgia y —a veces— desde algo parecido al rencor, sobrevolaba nuestra conversación como una presencia invisible y permanente, como si no pudiera separarse a la persona del credo, del Libro, como lo mencionaba él, así, con mayúsculas, del relato. La mayoría de las veces, su evocación aportaba poco: mera especulación sobre qué pensaría el Cabrakan de esto, qué diría de aquello. Pedro lo invocaba con la proximidad de un ser querido y, a la vez, con la distancia que se tiene respecto de un prócer. Le pregunté concretamente por él y cómo lo había conocido. Sentí en su gesto —una sonrisa leve y un reposicionamiento sobre la banqueta en la que estaba sentado— que le daba el estímulo que había estado esperando para hablar de lo único que, en rigor, le interesaba: el Cabrakan.

—¿Sabés en qué me especializo yo? —me preguntó mirándome con picardía—. Revolución Haitiana. El Estado argentino me paga una miseria para que yo me dedique a estudiar la Revolución Haitiana. No

me malinterpretes, ¿eh?, son temas que me apasionan, y me apasiona la investigación, pero… Revolución Haitiana, ¿me entendés? Yo conocí al Cabrakan cuando una agrupación de delirantes lo invitó a dar una charla en Puan. Yo ni sabía quién era pero me llamó la atención la cantidad de gente que se juntó y fui. El tipo, me acuerdo como si hubiera sido ayer, dijo que el pensamiento moderno estaba muerto porque ya nadie se atrevía a postular lo Universal. Se sintió como esos trucos de magia de proximidad, en los que te revelan algo que en realidad ya tenías frente a tu cara.

—¿Cómo es eso?

—Literal, como lo escuchás. Y tenía razón. Hay tal "avance" en los distintos campos de la ciencia que ya no existen teorías generales que expliquen nada. Investigar las propias teorías generales puede llevar una vida entera y todo ha sido tan explicado y refutado que la única manera de obtener financiamiento del Estado es dedicándose a áreas ultraespecíficas del conocimiento que todavía no hayan sido exploradas… como la Revolución Haitiana. Pero incluso ahí ya se produjo conocimiento. Con lo cual, antes de decir nada hay que leer todo lo que ya hay escrito sobre el tema en cualquier parte del planeta y recién después uno puede sumar un punto de vista, siempre y cuando esté debidamente fundamentado y… —Pedro exhaló con hartazgo, como cansado de su propia explicación—. Al Cabrakan le chupaba un huevo todo eso. Él decía que las mejores obras del hombre fueron producto de gente que se cagó en todo, gente que salía a la intemperie de una noche y al mirar las estrellas decía: "Me parece que todo esto funciona al revés". Escuchar algo así después de años de carrera es, de mínima, liberador. Digo más: es entretenido. El Cabrakan hablaba de los Sacerdotes de lo Quieto, de los burócratas que crecen como moho en derredor de cada cosa que valió la pena en la historia de la humanidad. En mi caso, no podía dejar de pensar en la burocracia académica, llena de resentidos dedicados a patear la escalera de cualquiera que pretendiera subir a sus reservadas alturas. Personas que escalaron y alcanzaron con dedicación la cima del sistema, siguiendo una pelota de imposiciones que fueron obligados a respetar y decididos a hacer padecer lo mismo a quienes vinieran después de ellos. El Cabrakan solía decir que todo "experto en Spinoza" no toleraría dos minutos de un Spinoza de carne y hueso porque la característica del genio es romper con lo dado y parir un mundo nuevo. "Lo estudian porque está muerto y lo veneran sólo porque lo amordazaron hasta inmovilizarlo", decía. "Si Spinoza pudiera responderles, contradecirse o cambiar de opinión, se verían enfrentados a la aterradora tarea de pensar por sí mismos."

—Lindo —acoté.

—Notarás que es aplicable a todas las áreas; una invitación a

sacudir las cosas. El Cabrakan era un agitador, sí, pero no solamente eso. Yo imagino lo que estás pensando cuando te hablo de un Libro con un título en griego que puede haber sido escrito tanto por un prócer como por un desconocido sin poder ofrecerte ni tener nada remotamente parecido a una prueba que corrobore lo que te digo. Creeme que quizás me veo raro, pero no soy boludo.

El efecto fue eficaz. Me sentí descubierto. Pedro había dejado en evidencia mi escepticismo y la propia pregunta que yo no había hecho: "¿Por qué un becario del Conicet de mediana edad perdía una cantidad de tiempo y energías considerables en algo que sólo podía ser una joda, a lo sumo una broma elaborada, con su cuota legítima de arte, sí, pero nada más, al fin y al cabo, que —pongamos— un hobby?".

Expuesto y en la intemperie de mi propia vergüenza sólo llegué a preguntar (sin tanta cohesión o sentido): "¿Por qué?". Si Pedro me hubiera preguntado, a su vez, "¿Por qué qué?" no hubiera podido responderle. Afortunadamente él interpretó mi escueto interrogante y a qué me refería. Por qué todo esto, qué ganaba con aquello, con reunirse, con dar conferencias, con integrar una suerte de culto acéfalo. Quise saber dónde estaba ahora el Cabrakan, por qué él, Pedro, había aceptado reunirse conmigo preservando su identidad, por qué me contaba su encuentro con alguien que alguna vez había sido conocido, por qué citaba fragmentos de un Libro (así, con mayúscula) de existencia dudosa, por qué afirmaba haberlo visto, por qué, en fin, todo eso le importaba.

—¿Por qué?

—Porque creo —me dijo con la satisfacción de quien sabe ha llegado al núcleo de la cosa.

—¿En qué? —insistí—. ¿En que somos contemporáneos de un profeta moderno, argentino, que descubrió y escribió el sentido de la vida?

—Sí —respondió Pedro sin amagues, sin justificaciones, sin vergüenza, con alivio.

—¿Cómo? —seguí, sorprendiéndome nuevamente por lo genuino de mi pregunta.

Me había surgido espontánea la duda: ¿cómo un docente de Filosofía y Letras experto en la Revolución Haitiana y becario del Conicet había llegado a "creer" en el Cabrakan? No podía sacudirme la sensación de estar siendo parte de un despliegue performático, cautivador, pero no por eso menos falso.

—Te voy a mostrar algo —me anunció.

Se incorporó casi para volver a agacharse a centímetros de donde había estado sentado. Lo vi revolver los libros que nos rodeaban con paciencia, lo que reacomodó el ambiente, como si pudiera

reconfigurar su pequeño departamento modificando los bloques de libros que lo conformaban, armándolo y desarmándolo cada vez.

—Acá está. Tomá, llevate estos.

Le pregunté qué eran mientras me los entregaba. Dos libros del mismo autor: Horacio Funes Alterio.

—Son los dos únicos libros publicados relativos al Náucrato que podrían llamarse —hizo el gesto de comillas con su mano derecha— "oficiales". Los escribió Horacio, gran Buscador; ha sido una inspiración para muchos de nosotros.

Estaba confundido. En las semanas de investigación que habían desembocado en este encuentro, por difícil que hubiera resultado recopilar la multiplicidad de fuentes y sus contradicciones, no recordaba haber leído nada sobre este Horacio Funes Alterio.

—Fue muy triste lo que pasó entre él y el Cabrakan —agregó en seguida Pedro, acaso notando mi desconcierto.

Y ya decidido a poner toda la carne en el asador:

—El Cabrakan lo acusó de malinterpretar el Náucrato. Lo tildó de hereje y declaró que sus libros pervertían el mensaje central de nuestra Búsqueda. Fue… un momento raro para todos.

Noté desolación en el tono de Pedro y sospeché motivos bastante más terrenales detrás del fastidio del Cabrakan con el autor de los libros que ahora tenía en las manos, dos volúmenes de tapas blandas bastante gastados y en apariencia de una misma editorial, que yo desconocía. Daban la impresión de haber sido impresos hacía mucho en esas tiradas más de campañas de promoción pagas por grupos con ansias de difundir sus ideas que de haber sido un fenómeno de ventas. El hecho de que él los conservase, incluso a pesar de la aparente "caída en desgracia" intracomunitaria del autor, les confería algo de profano que me daba curiosidad.

Le acepté con efusividad el préstamo y me paré para despedirme, satisfecho y agradecido por su hospitalidad, cuando noté que a pesar de mi desplazamiento hacia la puerta él permanecía fijo en su lugar.

—Una cosa más —atinó a decir—, creo que deberías hablar con mi ex.

—¿Tu ex? —pregunté con sorpresa.

—Sí… —Pedro parecía incómodo—. Honestamente, no iba a decirte nada, viste como son las cosas con una ex pareja. No sé si terminamos muy bien y prefiero no saber en qué anda ni comprometerla en cosas que no quiere hacer, es que… —esperé mientras Pedro se rascaba la cabeza—, bueno, en definitiva, creo que ella te puede dar otra perspectiva. Pensando en tu investigación, me parece que sería lo más idóneo.

—¿Ella es una Buscadora? —mi pregunta le arrancó a Pedro una carcajada que pareció aliviar parte de su incomodidad.

—Ni cerca —continuó—. Nos conocimos en Puan cuando estudiábamos y ella me acompañó a muchas de estas cosas. Hubo un tiempo en que fuimos todos muy cercanos. Éramos como una gran familia… o quizás eso me gustaba creer a mí. Por ahí éramos chicos, no sé. Ella seguro tendrá otra versión de este asunto. Como cientista social, me parece que sería riguroso que contaras con su testimonio de cara a una investigación seria.

—Bueno… son columnas semanales para un portal digital —traté de minimizar lo que empezaba a adoptar dimensiones alarmantes.

—Deformación profesional —sonrió, excusándose—. Como sea, es una persona espectacular y me parece necesario, incluso *narrativamente* necesario. ¿O acaso tenés muchas otras puntas que seguir?

Asentí, agradecí su tiempo y me fui de su pequeño departamento con el teléfono de Claudia, su ex, agendado en mi celular; los libros sobre el Náucrato excomulgados por el propio Cabrakan entre las manos, junto al corazón.

Las relaciones entre personas son en realidad dinámicas, coreografías. A una coreografía entre dos personas sostenida en el tiempo se la llama "amistad". La confianza no es otra cosa que previsibilidad, saber íntimamente que al verse con alguien ese otro corresponderá nuestro movimiento con otro preestablecido. El sostenimiento de ese tipo de patrones compartidos alivia el existir, nos corrobora en nuestro sitio y hace que ser siga teniendo lo que damos en llamar "sentido". Más interesante aún es lo que llamamos "tradición", que no es otra cosa que confianza a través de generaciones, que no es otra cosa que construir previsibilidad como especie, que no es distinto de una gran coreografía en la que bailamos junto a nuestros ancestros.
Llamamos "tradición" a la amistad con nuestros muertos.

HORACIO FUNES ALTERIO,
Confesiones del Cabrakan

4

Un mozo que atiende bien una mesa, que tal vez no le agrada

“Yo vi a este tipo comer mierda”, pensé mientras Ezequiel me hablaba de su hijo. El flamante padre primerizo con el que estaba cenando había sido mi mejor amigo de la secundaria, etapa de mi vida que hoy me parecía tan feliz como lejana.

El bodegón de Almagro en el que nos encontramos, cerca de la que había sido la casa de sus viejos, era también una invitación a la nostalgia: cada banderín de club colgado en la pared tenía algo de desafío tácito al futuro, heráldica de un país en el que crecimos y que ya no existía, postales de resistencia decididas a preservar su esencia ciega a tendencias, recomendaciones digitales o servir innumerables variaciones de café.

Empecé a pensar que los banderines eran, a su manera, auténticos trapos de guerra.

Visto así, el bodegón era también un cuartel atiborrado de condecoraciones, batallas ganadas, años conquistados. Las fotos de celebridades colgadas en las paredes se me aparecían de pronto como generales históricos, hombres y mujeres ilustres que hicieron mella en su época, representándola o transformándola, y, como tales, defendieron el bodegón. ¿Cómo? Existiendo, claro, trascendiendo su propio ser y, quizás más terrenalmente, yendo a comer ahí.

Temí por un instante que el desafío implícito en las paredes no estuviese dirigido al futuro sino al presente, a mí.

Ezequiel me notó distraído. Le conté lo absorbente que venía mi trabajo, sobre qué escribía en ese momento y, naturalmente, no pudo importarle menos, cosa que me alivió. A mis amigos de la infancia, entre los cuales estaba Ezequiel, no sólo no les importaba a qué me dedicaba; jamás habían leído dos palabras de lo que yo escribía y el fenómeno reciente de, llamémoslo, “notoriedad”, producto de mis últimos artículos virales, para ellos bien podía estar transcurriendo en otro planeta.

Desde que tengo memoria he escuchado y repetido que el ser humano es un ser social; se dice también “gregario” para aportar condimentos de erudición a la constatación y no hay civilización o historia personal que no lo ratifique. Pero fue realmente hace poco que empecé a tomar cabal comprensión de esto. Me refiero, claro, a la dimensión más elemental de encontrarse con otro para hablar.

Difícilmente se podría decir que con Ezequiel compartíamos intereses, proyectos o cualquier otro estándar por el cual se suele juzgar la compatibilidad de vidas. Desde una perspectiva antropológica, el rito era —de mínima— extraño: personas que habían compartido ámbitos hacía más de diez años se veían, con suerte, mes por medio, se alimentaban uno frente al otro e intentaban

intercambiar la mayor cantidad de información posible para luego darse por satisfechas y no volver a hablarse en vaya uno a saber cuánto tiempo. No, "intercambiar información" no es preciso, no es eso lo que hacíamos. Digo que el fenómeno de esos almuerzos esporádicos era reciente o al menos la concientización del fenómeno lo era. De alguna manera, juntarme con cierta regularidad con algunos de mis amigos de la infancia se había tornado vital para mí, necesario. Aprendí a identificar esa necesidad primero por sus efectos: cuando hacía mucho tiempo que no veía a un amigo o no hablaba con alguno de ellos, empezaba a sentirme perdido de una forma muy particular, perdido de mí mismo. Como si en rigor ya no me quedasen pruebas de que yo seguía siendo la misma persona que había sido en momentos anteriores de mi vida. Sentía que había cambiado tanto que a veces mis propios pensamientos de hacía cuatro años me resultaban irreconocibles. Mi trabajo, mis afectos, la relación con mis padres con los que ahora a duras penas hablaba. Desde el último partido de Fútbol 5 que habíamos disputado contra los pibes del A, sentía que mi personalidad era otra, que había vivido vidas enteras que me separaban de lo que había sido alguna vez.

Eran ellos, era Ezequiel quien, al verme, me corroboraba que yo seguía siendo la misma persona que había sido, al menos en algún punto. Visto así, juntarnos era una necesidad de cohesión casi molecular; no verlos por demasiado tiempo acarreaba el riesgo de que mis átomos se disociaran, cada uno alejándose por su cuenta, separándose entre las distintas personas que fui y las experiencias que viví.

Claro que me aliviaba que no le interesara mi trabajo. ¿Cómo podía interesarle si lo ridículo, de hecho, era que *tuviera* trabajo y hablara de eso en vez de estar jugando a la pelota en la placita de al lado de la secundaria?

Temí otra vez, pero un temor distinto y novedoso: temí que a alguno de ellos le pasara algo. Temí por mí, de forma egoísta. En un mundo sin mis amigos, ¿quién podría confirmarme que yo seguía siendo quien era?

Los amigos de la infancia son, entre otras cosas, testigos de nuestras vidas. Escribanos espirituales que ratifican periódicamente nuestra coherencia celular constatando que la carne aún se corresponde con el verbo.

En algún lugar de la persona que tenía enfrente, a pesar de estar más grueso y de estarse quedando progresivamente pelado, enterrado debajo de responsabilidades de nuevo orden y nuevos temores y nuevas frustraciones, estaba mi amigo Ezequiel y seguía siendo chiquito y flaco, como siempre, con esos ojos que le quedaban grandes en la cara. Otro amigo sostenía una rama con un poco de mierda de

perro que había encontrado en la calle a la salida del colegio y le formulaba el letal desafío que explicó la mayoría de nuestras acciones entre los doce y diecisiete años: "¿A que no te animás?".

—Dale, boludo —me dijo de golpe Ezequiel—. Entiendo que mis anécdotas cambiando pañales no sean lo suficientemente sofisticadas para el cronista exitoso, pero aunque sea fingí que te importa, la concha de tu madre.

Me reí.

—Perdón, te juro que me importa, más de lo que creés. Pasa que no tiene sentido que tengas un hijo, amigo, yo te vi comer mierda, ¿entendés? —ambos nos reímos, nos reímos y nos desahogamos (no, no tiene nada que ver con intercambiar información)—. Igual sí, estoy muy distraído últimamente; es lo del laburo que te decía.

—Mirá: lo bueno es que es la primera vez en años que te escucho decir que algo te interesa. En una de esas, no estás muerto.

—Totalmente. Quizás hasta ahora no me había dado cuenta o no asumí que, nada, eso: creo que en una de esas todo el delirio este del Náucrato me interesa *de verdad*.

—Brindemos por eso —me propuso Ezequiel levantando la cerveza y tragándola casi en un único movimiento—. ¡Mozo! —gritó—. Disculpe, no sé bien qué pasó, pero evidentemente vino pinchada.

El mozo, que era más joven que nosotros, retiró la botella y se fue a buscar otra con una sonrisa maquinal que indicaba la cantidad de veces que había escuchado esa frase.

Con Ezequiel nos agarró un ataque de risa cómplice de esos a los que sólo sucumbís junto a gente a la que viste comer mierda. La risa que prescinde de explicaciones. Pasamos años burlándonos de nuestros viejos por insistir en eso que llamaban "chistes" con desconocidos y ahora era nuestra responsabilidad histórica realizarlos.

Me sorprendieron algunas mecánicas de mi propio pensamiento. Las noté ajenas, como inoculadas. Me sentí haciendo propios algunos de los ritos del Náucrato y sus derivados; una supuesta cita del Cabrakan y algún análisis de Horacio Funes Alterio me venían a la memoria y eran suficientes para que mi percepción, acostumbrada a vivir por inercia, se llenara de significado. "La tradición es la amistad con los muertos", pensé. No había misterio: me había pasado la última semana leyendo y subrayando *Retazos del Náucrato* y *Confesiones del Cabrakan*, de Horacio Funes Alterio, los libros que me había prestado Pedro, pero aun así había algo de milagroso en detectar el instante en el que una idea ajena se hace propia, como un virus que coloniza un cuerpo huésped.

El chiste "vino pinchada" no era ni para nosotros ni para el mozo; era para garantizar un núcleo indisoluble de condiciones de vida que debía ser defendido y perpetuado. Proteger una manera de ser para

que la realidad siguiera siendo de determinada manera, insistir en existir de una forma precisa, cosa que se parecía bastante a resistir. Cada vez que llegaba la cuenta y alguien preguntaba: "¿Qué rompimos?" o "Epa, ¿quién cocinó, el Papa?", lejos de expresar una queja se estaba salvando el mundo tal como lo conocíamos.

Entonces lo vi, con incredulidad al principio.

—No puede ser —dije y me levanté de la mesa para acercarme un poco.

Estaba colgado detrás de Ezequiel. De todos los lugares posibles para comer, y en ese lugar que conocíamos de memoria, nos habíamos sentado justo ahí y había quedado justo en mi rango de visión.

Ezequiel se desconcertó pero rápidamente lo calmé cuando señalé una de las fotos en la pared.

—Boludo, es él —le dije señalando la foto de quien le había estado hablando, en la que aparecía junto al rozagante dueño del bodegón, flanqueado por un acompañante menudo de ojos claros.

A Ezequiel mi fascinación parecía divertirlo. No consideraba extraordinario el hallazgo, que a mí me había dejado boquiabierto. Si bien no era tan extraño el descubrimiento, pero había algo en descubrir eso que siempre había estado ahí justo cuando más se lo buscaba que se me hizo providencial.

Alto, más de lo que lo recordaba, al menos comparado con los otros dos, de traje azul oscuro y corbata, con su rostro flaco y anguloso, me devolvía la mirada —desde la heroica perpetuidad de su foto de pared de bodegón— el Cabrakan.

Descubrir lo fascinante en lo cotidiano es la fórmula de la felicidad; proteger lo sagrado en lo cotidiano es la fórmula de los Héroes; en ese lugar radica lo más poderoso de nuestra existencia: un Propósito.
Quien otorga un Propósito vive para siempre.

HORACIO FUNES ALTERIO,
Confesiones del Cabrakan

5
Los otros siete locos

Por un momento dudé de si Pedro insistió en que fuera a la reunión de su grupo de Buscadores por su grado de compromiso con mi investigación o si en realidad lo que más le importaba era saber si Claudia me había contestado.

Según me había explicado, el nodo era la reunión semanal o quincenal —si tenían dificultades de fuerza mayor— de los Buscadores. Por fuera de actividades, paneles o conferencias, estos encuentros constituían su dinámica interna, íntima.

Los encuentros tenían agendas definidas, puntuales, si bien su objeto invariable era el sostenimiento del credo. Esa consigna amplia era luego traducida en infinidad de acciones concretas que podían ir desde la organización de alguna charla abierta o la coordinación de campañas en redes sociales hasta cualquier otra forma de incidencia en el ámbito público.

Estábamos en el sótano de un café de Villa Urquiza. El dueño me recibió con hastío cuando le aclaré que no quería ninguna mesa y que iba a "la reunión", según me había indicado Pedro. Era el tío de uno de los allí presentes, acostumbrado (o resignado) a proveer sede para estos eventos metafísicamente cruciales para su sobrino. El acuerdo implicaba consumir cafetería y dejar una propina simbólica.

Siete personas, contándome, completábamos la mesa de los Buscadores allí congregados. El sótano funcionaba a modo de depósito del local, por lo cual estábamos algo apretados entre cajas de mercadería y muebles en desuso.

—El primer tema del día es, como de costumbre, evaluar el estado metafísico de nuestra nación— abrió la reunión Pedro, no sin antes presentarme al resto de los participantes como el "famoso escritor del cual seguramente oyeron hablar".

Saludé con algo de vergüenza, y agradecí su hospitalidad por dejarme ser parte de tan íntima instancia. Aclaré también mi deseo de no incomodarlos con mi investigación del credo del Náucrato.

—Mentís —me cruzó una piba joven que tenía las uñas pintadas de negro con el esmalte corrido y una suerte de maquillaje emo en la cara. Me extrañó no haberla notado antes: no pegaba con el resto de la ronda—. No estás ni agradecido de estar acá ni te parece íntima esta instancia. Tampoco estás acá por trabajo. El trabajo es la excusa. Vos estás acá porque esto *te importa* y porque querés leer el Náucrato, como todos. No te hagas porque no sos mejor que ninguno de nosotros.

Sentí como si me hubiera dado una trompada en la cara y me quedé en silencio. La ronda acompañó mi desconcierto con un mutismo respetuoso, como esperando que el impacto aterrizase en

toda su contundencia y me ubicase en mi verdadero lugar.

—Yo medí un evento considerable en la escala metafísica argentina el día lunes —retomó quien luego se presentó como Gustavo. Tenía un bigote perfectamente recortado, sutil, arriba de los labios casi inexistentes. De tez pálida y aspecto nervioso, la cabeza rodeada por pelo le hacía destacar aún más lo calvo de su centro, cual involuntario monje franciscano. Gustavo usaba unos lentes grandes, similares a los de Pedro, pero que a él le achicaban mucho los ojos. Con su chomba al cuerpo color crema, era como si hubiera compuesto la totalidad de su estética con las mismas herramientas con las que las series yanquis construyen el perfil estereotipado de un asesino serial—. El otro día estaba viendo con mamá el programa de chimentos de la tarde mientras tomábamos unos mates. El conductor era increíblemente malicioso, gozaba con sus comentarios y exponía a sus circunstanciales adversarios. Estaban cubriendo un escándalo de una famosa, de verdad no me acuerdo su nombre porque, como saben, no es lo central.

—No importan los quiénes; importa de qué Verdad son emisarios —completó el Buscador a mi derecha como contestando a una fórmula tácita evocada por Gustavo. Habló incómodamente cerca de mi cara y pude sentir su aliento a ayuno prolongado. Santiago era de los más jóvenes de la ronda; venezolano radicado hacía ya varios años en Argentina, tenía un acento mixto y una remera de Attack on Titan.

—Exacto, Santi, pude ver que la famosa acosada salía de un albergue transitorio y con locura revoleaba un carterazo a la cámara. Fue emocionante, fue trascendente; era una manifestación de energía pura que, considero, fortalece a nuestra nación. Me di cuenta de que en aquel aparente intercambio de superficialidades había también un tipo de entretenimiento que a mi madre y a mí, de cierta manera, nos alivianaba la existencia, nos convocaba a estar juntos. Ignoro la opinión de mi madre, pero intuí algo aún más importante: creo que los observados, los protagonistas, tenían cabal comprensión de lo que estaban configurando el conductor, la famosa, el camarógrafo: por primera vez sospeché que todos eran conscientes del mito del que forman parte.

“Dios —pensé—, ¿cómo pude creer en algún momento que algo de toda esta locura tenía sentido?” Noté que el resto de los integrantes se reía de manera cómplice, ¿quizás era un código compartido? ¿Había algo de ironía implícita en el relato? A priori no me pareció.

—Pero eso no fue todo —continuó Gustavo—. Ante la increpación de la modelo, el conductor crecía en malicia y sus comentarios, en agudeza. Noté que, en definitiva, él había sido diseñado para esa función específica. Nunca lo vi más parecido a sí mismo que en ese momento. Entendí que estaba realizando su Náucrato. Juro que por un

instante lo vi levitar. Fue un avistamiento puro. Sé que no es habitual ver a alguien hacer aquello que nació para realizar y atestiguarlo me conmovió hasta las lágrimas.

—¿Te conmovió ver un programa de chimentos? —repregunté para estar seguro de que entendía bien lo que acababa de contar, y pude ver que Pedro me miraba con decepción.

—Refutador —me respondió Gustavo, y la ronda pareció dar por concluido el intercambio.

—Excelente —siguió Pedro y sentí que hacía énfasis para dejar atrás mi intervención—. Gran avistamiento, en efecto es muy raro ver un Náucrato en plena realización, alguien haciendo aquello para lo que nació, cumpliendo su destino. ¿Qué es lo que te parece raro? —me interrogó entonces, directamente.

Recordé las palabras del anciano en el primer encuentro —"¿Te divierte ser así?"— y comprendí que mi repregunta no era más que un estertor de ese mismo reflejo, un espasmo de cinismo y una búsqueda de complicidad que caía en el vacío.

—Está bien —dije, excusándome—, está bien, tenés razón, no tiene por qué ser raro; es más, me gustaría sumar un reporte… —noté que Pedro me miraba ahora con expectativa y aprobación. Era como si, sin importar cuánto yo me esforzase por repeler su sistema de creencias, él siempre estuviera dispuesto a entusiasmarse con cualquier indicio de colaboración, una suerte de reversión muy ingenua de poner la otra mejilla—. A veces, cuando no puedo dormir, me quedo viendo compilados de fútbol, jugadas, partidos, etc., en YouTube. El otro día vi un compilado de videos de Riquelme que desconocía. No parecían estar agrupados bajo ningún criterio particular, no eran pases extraordinarios ni tiros libres y las jugadas no necesariamente terminaban en gol, pero había algo, algo en la forma en que jugaba a la pelota… en la forma en que simplemente se la llevaba o la pisaba, supongo que la misma fascinación que me producía verlo de chico en la cancha. Nunca termino de decidir si él fue el único que verdaderamente jugó al fútbol o si, por el contrario, siempre se dedicó a otra cosa y el fútbol fue el instrumento que nos quedó al resto para intentar traducirlo.

Se hizo un pequeño silencio.

—Buenísimo —dijo Gustavo.

—En efecto, muy bueno —acotó Pedro—, buen reporte. Me recuerda el concepto de figura histórica de Hegel. ¿Ubicás ese texto donde narra qué sintió cuando vio a Napoleón?

—No —le respondí, y volví a sorprenderme por el hecho de que alguien, pudiendo citar a Hegel de memoria, pasara el tiempo en sótanos predicando acerca de la presunta obra del Cabrakan.

—Dice que pudo ver a un hombre que era mucho más que un

hombre: era una representación. Dice que pudo ver a la historia doblarse sobre sí misma, con todo lo grandioso y terrible que eso puede ser. Cualquier Buscador daría su vida por atestiguar algún vehículo del infinito —hizo una pausa breve—. En fin, si nadie tiene más avistamientos de lo elemental podemos pasar al segundo punto del orden del día: intervenciones. Me dijo Equis que tiene algo para contar.

La denominación "Equis" era bastante literal. Uno de los asistentes que, al contrario de la piba emo era imposible de ignorar, tanto por su tamaño como por su indumentaria, tenía una bolsa de tela tapándole la cabeza con una "X" bordada en el centro. No se la sacó en ningún momento y, al contrario de lo que parecía un ansia de anonimato, atraía mucha más atención y curiosidad que si hubiera estado a cara descubierta.

—Estuve repartiendo fragmentos del Náucrato en la línea B, las leyes elementales y otras partes —Equis ceceaba; parecía tener algún tipo de dificultad en el habla y me recordaba a un compañero de primaria con labio leporino.

—¿De qué te reís? —me preguntó Equis de golpe.

Me costó darme cuenta de que se refería a mí.

—No me reí en ningún momento —balbuceé.

—¿Te pensás que soy boludo? —me patoteó Equis agitándose en una silla al límite de su infraestructura.

—Se ríe porque él es un boludo, Equis. Se piensa que es inteligente porque le pagan por escribir, esos son los más boludos —acotó la chica emo.

El comentario hizo largar una carcajada al sexto de ellos, un viejo completamente inmóvil que hasta entonces bien podría haber estado muerto.

—Les estoy diciendo que nunca me reí —repetí.

—Tranquilo, Equis, ¿por qué no nos mostrás lo que repartiste en la B? —intentó calmarlo Pedro, quien tenía la evidente responsabilidad de conducir el encuentro.

—Hay muchas formas de reír —siguió Equis enajenado—. Este se viene riendo desde que llegó. Se ríe con los ojos. Nos está mirando como si fuéramos animales de zoológico. No cree en nada, no busca nada.

—Bueno, aportó su avistaje de Riquelme, ahí lo intentó —dijo Gustavo detrás de sus lentes gruesos con marco de carey que combinaban pésimo con el bigote que luchaba por existir—. Mi tío, el dueño de este lugar, es muy hincha de Boca. Siempre intentó que me gustara el fútbol pero no hubo caso. Le voy a contar lo que dijiste, le va a gustar —me decía mientras yo pensaba que si algún día veía su cara en un "Urgente" de *Crónica* no podría alegar que no la había visto

venir.

—Gracias, Gustavo —agradecí sobreactuando humildad.

—Pésimo lo del fútbol. ¿En serio se creyeron esa mierda? Decime un lugar más seguro para hablar de creer en algo que el fútbol. Es el refugio de los escépticos encubiertos —siguió Equis envalentonado.

—Refutador —lo cruzó Gustavo con destacable imparcialidad.

El viejo medio muerto volvió a reírse.

—Eso es porque a vos no te gusta el fútbol —acotó Santi, el venezolano con mal aliento—, pero lo que dijo de Riquelme ni siquiera se trató de fútbol. Se trató de creer. Mi viejo empezó a creer en Dios cuando llegamos a Argentina y este país salió campeón del mundo. Supo que había elegido bien y que seríamos felices aquí, hizo una apuesta y arriba se la cumplieron. ¿Me vas a decir que Argentina es un refugio de escépticos por eso? Argentina es, como sabemos, la tierra más fértil en creencias del planeta, y el fútbol, incluso si no te gusta como deporte, es el mejor de sus lenguajes: es un rito de fe. Así que estás diciendo boludeces, Equis.

A Equis se lo veía agitado, lidiando muy mal con la frustración que le producía el rechazo en algo que evidentemente era un ámbito seguro para él. Se paró de la silla torpemente volcando el café que había dejado demasiado cerca del borde de la mesa.

—Perdoname —le dije. Esto lo frenó en seco y me di cuenta de que había empezado a disculparme sin tener del todo claro el porqué—. Si bien no me estaba riendo, tenés razón en que no me estaba tomando esto en serio. Siendo honesto, tampoco sé si me lo estoy tomando del todo en serio ahora. No conozco la mayoría de las cosas de las que hablan y me parecen nuevas y…

—…raras —acotó el viejo que no estaba muerto y, recién entonces me di cuenta, era el mismo que me había cruzado en el primer encuentro, el del centro cultural. No podía creer tenerlo a dos personas de distancia y no haberlo reconocido antes. Estaba vestido de forma completamente distinta y por un momento me pareció que hasta su pelo había cambiado. Tenía la cabeza muy llena de un pelo blanco brilloso, una peluca. “¿Para qué?”, me pregunté. Era inevitable reconocerlo al mirarlo a los ojos: dos faroles celestes enterrados entre pliegues de años. Quizás verlo dormido me había confundido.

—Sí, raras, pero raro no necesariamente es malo —respondí mientras retomaba el hilo de mi propio descubrimiento. Sospeché que el viejo también sabía que recién lo acababa de reconocer—. Si tengo que serles sincero, más de una vez me sorprendo pensando qué carajo estoy haciendo de mi vida y por qué hago lo que hago. La mayoría de las veces no lo tengo del todo claro. No soy quién para decir con qué apasionarse o con qué no, o a qué dedicarle tiempo y energías. No pretendo juzgarlos. Estoy acá por invitación de Pedro y porque

supongo que —me llamó la atención estar a punto de seguir casi a los gritos—, bueno, creo que ella tiene razón, creo que también quiero ver un fragmento de Náucrato. Quiero leerlo, quiero entender.

La mesa de marginales adoptó una posición solemne. Algunos se enderezaron y otros rectificaron sus gestos para transmitir autoridad. De pronto parecían un auténtico Consejo de Notables Marginales.

—Capaz tenías razón, Pedro, ¿eh? —retomó Equis en tono relajado.

—No tiene razón, Equis, este tipo es un tarado. Todavía cree que él es "normal" y nosotros somos raros —acotó sin mediaciones la piba emo.

—Sos la más difícil del grupo, ¿eh? —le respondí codeándola con un gesto simpático.

—¿Ven lo que les digo? Es un tarado. Está fingiendo, está escribiendo su librito.

—Yo también creo que es un tarado —acotó el viejo disfrazado, el único integrante de la mesa que no se había presentado—, pero no más tarado que todos nosotros. Pedro está completamente sobrecalificado para gastar su tiempo en esta reversión literaria de su caridad, vos te dejás un bigote que no te crece, vos tenés una bolsa en la cabeza, vos te pintás las uñas de negro porque querés que todos crean que sos jodida y vos, Santi, tenés una remera de un dibujo chino, lo cual certifica que sos un boludo.

—¿Y vos? —le retrucó Pedro sonriendo.

—Yo ya estoy muerto —dijo el viejo y volvió a dormir, o a seguir siendo parte de la ronda con los ojos cerrados.

Retazos del Náucrato

Horacio Funes Alterio

Quizás el apartado relativo a la cosmovisión del Náucrato más complejo de entender (posiblemente el peor explicado) sea la visión de Dios sostenida por el Cabrakan.

El Cabrakan siempre eludía sus responsabilidades teológicas diciendo que él "creía en creer". Esto le permitía saltar con comodidad entre diversas religiones y mitologías.

Disfrutaba de los humanísimos milagros despreocupados de los politeísmos, en los que el acto divino era una manifestación de la propia conciencia empujada por poderes invisibles, tanto como de lo tremendo del Dios hebreo y sus designios terribles y misteriosos.

Celebraba la masividad del Dios cristiano, de parábolas amigables y sentido revolucionario, y se relajaba con los preceptos budistas, que promulgaban la muerte del deseo (aunque jamás pudo ponerlas en práctica).

Sin embargo, a la hora de exponer su propia religiosidad, íntima y personal, no confesaba su filiación a ninguna de estas grandes casas, más allá de su educación cristiana: respondía que Dios era una condición de posibilidad.

Para comprender esto es necesario desarrollar lo que el Cabrakan llamaba "El Último Misterio", el insondable y, por definición, "indescubrible".

Decía que nadie, jamás, ha residido en otra persona y que, si bien el amor pleno, las amistades profundas y ciertos lazos de sangre se acercan mucho a la comunión de las almas, nadie nunca estuvo adentro de otra conciencia ni lo estará jamás.

Esto tiene como resultado inmediato que toda experiencia es por definición intransferible y nos quedan sólo instrumentos imperfectos, como el lenguaje, el amor o la violencia, para, desesperadamente, corroborar que existimos los unos junto a los otros.

Este "Principio de inexistencia", como lo llamaba el Cabrakan, arrojaba la más temible de las conjeturas: en tanto no hay prueba fehaciente del sentir de los otros, técnicamente existe la posibilidad de que cada uno de nosotros sea en realidad el único existente.

Nadie puede aseverar con total certeza que los otros

perciben la realidad como uno, disfrutan como uno, degustan como uno. "¿Cómo sé de verdad que el otro le siente al roquefort el mismo sabor que yo cuando me lo meto en la boca?", recuerdo que preguntaba. Nadie sabe, nadie puede asegurarlo del todo, porque el átomo de todo conocimiento nunca deja de ser una conjetura.

La contracara de este pensamiento terrible es, decía el Cabrakan, que el mero hecho de seguir existiendo demuestra la fe primera. Esto es, que todo humano es en principio un creyente porque se arroja a seguir existiendo aunque no sepa a ciencia cierta si la existencia es "real", o incluso, peor, si él es lo único real.

Según el Cabrakan, esto demuestra que todo humano en su estado de naturaleza es primariamente un Buscador porque, mientras exista, se arrojará a entender que siempre le faltará un último eslabón de la cadena para corroborar todo aquello que es no-yo. Esta "pieza faltante" representa la condición de posibilidad. No lo sabemos, pero muy probablemente haya otros, y esos sientan como uno y amen como uno y teman como uno. Él resolvió llamar a esta pieza faltante "Dios" y, como la corroboración última no puede ni podrá existir jamás, pero de alguna forma resolvemos seguir existiendo, seguir creando, seguir amando y seguir haciendo, decidió llamar "Dios" a lo que bajo cualquier otro prisma sería una prueba fehaciente de insania. "Dios existe o estamos todos locos" era uno de sus apotegmas predilectos, que en general acompañaba con: "No existe tal cosa como un ateo cuerdo".

Continuaba entonces su filosofía con la siguiente fórmula: "Dios reside en todo aquello que aún no ha sido comprobado". "Cuando todo lo que exista tenga corroboración, Dios dejará de existir."

Dios existe justamente porque no se lo puede probar, como existían todas las cosas antes de ser "descubiertas": al acecho. Existían las poderosas deidades del Sol y la Luna hasta que descubrimos las estrellas y los satélites naturales. Existían los monstruos en los confines de los mares hasta que fueron pisados nuevos continentes. Nuestra propia Tierra era sostenida por bestiales tortugas eternas hasta que Newton descubrió las hasta entonces misteriosas formas de la gravedad.

De esto se infiere que Dios sólo existe como condición de posibilidad. Existirá siempre y cuando no pueda ser probado, como existe el amor, justamente porque no puede ser medido, y este es el secreto triunfo, el íntimo regocijo de los Buscadores frente a la Nada.

6
Sensibilidades de un Refutador de Leyendas

“El significado se esconde detrás de lo que otros podrían considerar una impertinencia”, me repetí mientras tiraba un antipulgas por el departamento. Si tener una infestación de bichos en el lúgubre monoambiente donde vivía encerraba algún tipo de metáfora o propósito secreto, parecía estar muy bien escondido.

Un mes y medio atrás había pensado que era una idea linda dejar que anidasen unos pajaritos en el rollo de la persiana.

Aquel significado, de existir, me había parecido más claro. Concentrado en esos primeros meses en los que la mayor molestia había sido algún ruido nocturno, la belleza de los pajaritos y su nidito compensaba la monotonía de mi vida. Los tomé por auténticos emisarios de un entusiasmo por la vida, en el sentido más elemental: una pulsión por existir, por encontrarse entre pajaritos y tener pajaritos más chiquitos. Distintas dimensiones de que eso que nos hace estar acá al final tiene sentido. Pero, de pronto, los pájaros se habían ido dejando un tendal de mierda y piojos tras de sí.

“Mi viejo tenía razón —pensé—, cuando me dijo que los sacara cagando.” Le mandé la foto por WhatsApp en un intento descontextualizado de vincularme con la persona que de alguna manera me hizo pero con quien ahora entablaba una conversación imposible de traducir a un guion verosímil.

Me sentí un boludo que miraba pajaritos mientras los hijos de puta me cagaban toda la casa. En las últimas semanas fui alternando pulguicidas de distintas marcas con el grado suficiente de procrastinación y falta de eficacia como para ser picado metódicamente todas las noches.

Pensé una vez más que mi vida era una sucesión de postergaciones, cosas que quería hacer y por algún motivo nunca realizaba y, principalmente, cosas que tenía que hacer procrastinadas al infinito. Dudé de si no era esto lo que en definitiva se llama “adultez”. De chico recordaba percibir un rumbo, algo “dado” por mis viejos o por un esquema incluso más grande que ellos. La vida era desarrollarse dentro de esa línea más o menos recta. Los días buenos y malos se alternaban prescindiendo de mi voluntad o juicio.

“¿Ellos también se habrán sentido así?”, me pregunté. Quizás hicieron bien en tener hijos a los veinte años, asumo que la carga metafísica de ser comido por pulgas en un monoambiente alquilado a un precio mucho más alto del razonable es menor si tenés otra vida dependiendo de vos. Quizás toda vida necesite cierta carga de fatalidad y responsabilidad para no caer en un exceso de pensamiento al pedo.

Intenté asomar la boca de la lata en el rollo de la persiana para

tirar el insecticida directamente donde debían estar los bichos y pensé también que tenía problemas de rico. Rico aun si distaba de serlo materialmente, rico en tiempo, con suficiente ocio a disposición como para terminar por enloquecer a una persona que dudaba de todo como yo. El gran escéptico. El gran Refutador.

"Todo significado puede esconderse detrás de lo que otros podrían considerar una impertinencia", repetí con la lata en la mano. Eran las palabras del viejo con peluca que técnicamente me había dado el empujón inicial para adentrarme a todo esto después de aquel mail de madrugada. ¿Por qué la peluca?

Aunque, para ser justos, ¿por qué *no* la peluca? Quizás disfrazarse para juntarse con esa gente en un sótano prestado era el acto más cuerdo de todos: ocultarse para salir en busca del significado.

A fin de cuentas, ¿quién no persigue un significado en esta vida? Es en rigor la única manera de vivir de forma más o menos consciente. No hay individuo que no tenga sus porqués, sean ambiciones, sueños o mandatos de índole religiosa, civil o familiar. Incluso si uno jamás responde a esa pregunta, el mero hecho de continuar existiendo obliga a la conciencia a justificarse a sí misma. Algo siempre te hace "seguir". Noté, una vez más, los influjos del Cabrakan en mis reflexiones, la idea de que el mero hecho de seguir existiendo comportaba una forma de fe, aunque se la ignore o niegue.

Lo que a mí me hacía seguir, lo descubrí con alguna vergüenza, era dilucidar qué era el Náucrato. En vano me regodeaba en una supuesta distancia, lo cierto era que me repetía que no me sentía "parte del culto" para salvaguardar mi ego. Me decía una y otra vez que yo los investigaba y escribía sobre ellos, en definitiva, que estaba laburando, pero bajo ningún punto de vista era uno de ellos, seres locos y solos, errantes y desesperados por encontrarse con otros. Yo no era eso. No era cierto que fuéramos lo mismo.

Me había separado hacía un año dando por concluido mi último intento de relación estable y mis menguantes veintiocho años se mantenían a una fatal equidistancia entre destinos: mis amigos se dividían entre quienes habían elegido formar una familia y quienes exprimían lo que secretamente percibíamos como los últimos fulgores de una juventud que habíamos juzgado eterna, a pesar de las advertencias de quienes nos precedieron. Yo, de alguna manera, parecía haber logrado no optar por ninguna de las alternativas y me mantenía indeciso ante la encrucijada, sin terminar de tomar una decisión definitiva.

En ese entonces no me gustaba reconocer que la extrañaba, pero lo cierto es que pensaba en ella casi a diario. Sentía bronca de tener esos pensamientos melosos que bien hubieran podido ser letras de Arjona. ¿Cómo podía ser que dos personas que se habían amado con la

intensidad tórrida de un día de verano de cuarenta grados de calor a la sombra hoy fueran absolutos desconocidos? Se me ocurrían poemas que el pudor no me permitía escribir.

Desperdigué antipulgas un poco al azar y chasqueé la lengua intentando despejar un pensamiento imposible de omitir. Intenté también otro imposible: racionalizar el amor. Me repetía que lo que uno extraña es la dinámica, no a la persona. Lo que se dice "la costumbre", su inercia. La rutina compartida, sabida, segura.

Desde el primer momento, la vi y, como mandan las películas, pensé: "No hay chances de que esta morocha me dé bola". Amiga de quien se había convertido en esposa de Ezequiel, la conocí en un cumpleaños tiempo después de que ellos empezaran a salir.

En ese entonces mis cálculos me aseguraban que me transformaría en un autor de renombre, tenía la certeza de que iba a comerme el mundo aunque la realidad no lo corroborase, sólo necesitaba tiempo. Ella recién volvía al país después de años viajando por Europa y trabajando de lo que iba encontrando. Le causaban gracia mis planes, me advertía —con razón— que eran inútiles intentos de controlar mi vida y que parte de crecer era aceptar que no teníamos la capacidad de controlar nada. Tenía un espíritu aventurero que me descolocaba; cosas como la incertidumbre o la improvisación le resultaban naturales mientras que a mí me parecían sinónimos del horror.

Fue un romance de una intensidad desconocida para mí. La única vez en mi vida que acepté entregarme a un proceso que no comprendía del todo pero que me hacía feliz, que me llenaba. Nos mudamos juntos a los meses de conocernos y recién hoy comprendo que esos fueron los años más luminosos.

Guardé el antipulgas en la alacena y me senté en el borde de la cama, dudando entre salir a dar una vuelta para no intoxicarme con los gases o ventilar el ambiente y esperar. Hasta de eso dudaba. En algún sentido eso fue lo que terminó aniquilando nuestra pareja: mis dudas. En la vida de todo hombre suele presentarse la posibilidad de lo que se llama "sentar cabeza". Algunos desean hacerlo con toda la fuerza de su voluntad, mientras otros le escapan con pasión en un intento de preservar lo que consideran su "libertad". Están también quienes se resignan a dejarse llevar y jamás terminan de elegir nada en particular, arrojados a una vida de resentimiento. Todos, en su justa medida, temen el futuro, el camino no elegido, desear otra cosa.

Habrá sido mi reticencia a definirme, mi propia vocación procrastinadora o mi falta de convicción cuestión que, en términos concretos, cuando ella decidió avanzar, yo elegí dudar y prolongué la duda el mayor tiempo posible hasta que la pareja colapsó. La ruptura no involucró trauma para mí. La consideré razonable y casi un alivio. Ella simplemente se cansó de mí, de mi defensa a ultranza de nuestra

inmovilidad y de mis temores; al irse, una vez más, me ahorró tener que tomar la decisión.

Durante aquel año, soltero y solitario, creció en mí la sensación de que a lo que verdaderamente le temía era al tiempo. Quería con todas mis fuerzas perpetuar el presente, que las cosas no transcurrieran, que no mutasen, que si disfrutaba de un amor correspondido, no se viera alterado por nuestro propio cansancio, aburrimiento y, en última instancia, por la vida misma.

No quería admitirlo, quizás por la misma vanidad con la que resentía las repercusiones de mis crónicas, pero el primero que había recuperado algún tipo de sentido de propósito en la búsqueda del Náucrato y de su autor era yo mismo. Escribir sobre los Buscadores se había vuelto mi nueva cotidianeidad, lo que ordenaba mis días, algo sobre lo cual proyectaba y planificaba.

Me sentía bajo el influjo de una suerte de fascinación por la figura del Cabrakan. Había dejado de ser un recuerdo de mi infancia para convertirse en un auténtico misterio. ¿Quién era en verdad? ¿Por qué el Náucrato? ¿Lo había inventado todo, hasta el nombre? ¿Qué carajo era un Cabrakan? La dedicación de su propia comunidad, su activismo, sus escritos, sumados a las propiedades amplificadoras de la tecnología del siglo XXI habían redundado en una paradoja informativa: una suerte de sobreoferta de información con la imposibilidad de rastrear las fuentes, su veracidad.

El Cabrakan había creado una comunidad virtual entera con enclaves muy reales como el de Pedro, pero completamente rodeado por una inflación digital que hacía que fuera casi imposible de desentrañar su verdadero legado.

A lo largo de los meses había descubierto desde teorías conspirativas que vinculaban al Cabrakan con atentados de los que no había encontrado noticia periodística alguna (como un supuesto ataque “terrorista” en San Telmo a principios de 2000 o un fanático kamikaze que se había reventado a sí mismo a los gritos en el Abasto) hasta presuntas transacciones comerciales delictivas rastreables en la deep web que, a la vez, convivían con un universo de fan-fics en las que el Cabrakan tenía reuniones orgiásticas con adeptas que por algún motivo vestían disfraces de animales aterciopelados.

El Cabrakan era el punto de convergencia de varias parafilias con la locura, un lugar en el cual su voluntad o punto de vista parecía tener poca o nula incidencia. Una especie de recipiente vacío que se llenaba por la vocación de encuentro de personas sin validación social para lo “sagrado” de su búsqueda. Un ambiente anónimo y desprejuiciado en el que se multiplicaban los desequilibrados.

Tampoco estaba claro dónde estaba hoy el Cabrakan. Pedro y los Buscadores que yo conocía se ocupaban conscientemente (por más que

lo disimulasen) de ratificar todas las versiones en simultáneo. Decían que se había exiliado después de un terrible accidente (o atentado) realizado en su nombre con el mismo fundamento con el que afirmaban que en realidad había muerto hacía años en el ostracismo, lejos de sus seguidores. No faltaban tampoco quienes acotaban que era obvio que había fingido su propia muerte para liberarse y que este era el último de sus grandes trucos.

Una vez, mientras estábamos tomando mates en su casa, Pedro me confesó que la verdad era que hacía más de diez años vivía en Uruguay con la excusa de conseguir el máximo aislamiento para acceder a nuevas verdades. Pero luego de un rato, con el mate ya lavado, me confió que incluso esto era una mentira y que se había radicado en Montevideo para evadir impuestos. Terminé aceptando que la especulación misma sobre dónde estaba el Cabrakan era parte de su mística.

El problema era que esa multiplicación narrativa tenía poca cuerda literaria. ¿Cuánto más podía escribir sobre los Buscadores y su Náucrato si no tenía manera de acercarme al líder del culto, si la sobreabundancia de versiones tapaba el centro de la cosa misma? Me sentía mareado por la profusión de entradas incorroborables de blogs que afirmaban ser copias fieles del Náucrato y las anécdotas de Pedro sobre la onceaba gira del Cabrakan por las intendencias afines que más guita le habían ofrecido para exponer las sagradas perspectivas de su Libro sin testigos.

Sentí angustia de que todo eso —mis crónicas, mis encuentros con los Buscadores, el interés que suscitaban mis escritos— estuviera acabando. Medio intoxicado por el insecticida en el borde de la cama sentí por primera vez el miedo de volver a escribir artículos resumiendo las principales noticias de la semana; temí que, al igual que los pájaros de mi persiana, el entretenido tiempo de indagar sobre el Náucrato hubiera terminado; temí el inevitable paso del tiempo, la mutación de las cosas, el final de una era antes de haber podido disfrutarla del todo y temí volver a quedar solo, entre pulgas y mierda de pájaro. Fue entonces que valoré lo que la búsqueda misma de los Buscadores me había dado: un propósito.

“Puedo”, vibró mi celular. Era Claudia.

La inteligencia de alguien puede medirse por su eficacia para reconocer la inevitabilidad del cambio, detectar su puesta en marcha y entender la circunstancial posición de uno, como mero engranaje en una vasta maquinaria, para actuar conforme a sus intereses frente a la correcta interpretación de un momento dado. Esa es la inteligencia del Hombre.
La moral, en cambio, se mide por la intensidad con que un hombre defiende aquello que ha designado como valioso incluso en el rostro de lo inevitable.
Una es adaptación; la otra es resistencia. Ambas son indispensables.
El equilibrio entre lo irreconciliable será la medida de su sabiduría.

HORACIO FUNES ALTERIO,
Confesiones del Cabrakan

7
Apóstol

Equis era, como ya señalé, inmenso, cualidad que le hacía particularmente difícil la tarea de desplazarse entre los vagones del subte en hora pico.

La misión era sencilla: repartíamos pequeños papeles con presuntos fragmentos del Náucrato sin esperar nada a cambio. La mayoría de las personas los rechazaba instintivamente, creyendo que estábamos pidiendo algún tipo de donación. Convengamos que la bolsa de tela con una cruz gigante con la que Equis insistía cubrirse la cara no ayudaba a generar confianza en los transeúntes desconocidos.

Cuando le comenté a Pedro que temía cierto agotamiento en mis crónicas sobre los Buscadores insistió en que me incorporase a alguna de las aventuras de Equis, quien, muy a su pesar, dada su reiterada desconfianza hacia lo que catalogaba como "mi escepticismo", aceptó. El atractivo narrativo era evidente: Equis no sólo era el miembro más extravagante del grupo por sus ya mencionadas particularidades; era también el más activo.

Habíamos tenido una extensa llamada la noche anterior al "operativo" en el transcurso de la cual se encargó de constatar el "estado de mi fe" a través de una batería de preguntas. El cuestionario me había resultado apasionante en tanto alternaba lo que podríamos denominar conocimientos de cultura general (Equis, por ejemplo, se interesó por mis gobernantes históricos favoritos o en qué guerra me habría gustado participar) con las preguntas más desconcertantes que jamás me hubieran realizado. A saber: "¿Qué harías si vieras en plena estación de Retiro, en hora pico, a un hombre pateando a un perro en las costillas?". "¿Qué harías si, en lugar de un hombre, el agresor fuese un niño?" "¿Qué harías si, al reprender al niño, su padre te amenazara con irse a las manos? ('Combate de puños' fue su expresión exacta.)" "¿Qué harías si en un avión a punto de caer un hombre pateara a un niño en el pasillo?" "¿Qué harías si en un submarino sometido a incalculable presión y lleno de filtraciones un perro mordiera a un niño en el cuello y se negara a soltarlo?"

Equis argumentaba que él mismo había diseñado este cuestionario cuyas respuestas constituían una radiografía del alma de quien lo hacía, que le permitía calcular la integridad moral de una persona y su propensión a creer. Según Equis, mis resultados fueron aceptables con "cierta tendencia al utilitarismo moral", lo cual podía acarrear el potencial peligro de confundir medios con fines.

Equis también me explicó la naturaleza de nuestra misión "sagrada" (sus palabras). Insistía en lo que denominaba "el peligro entrópico del presente", a raíz del cual nuestra cultura se encuentra cada vez más segmentada por la multiplicación de contenido digital,

la espiralización de la inteligencia artificial y la personalización asfixiante de ambos. En la práctica, según él, cada individuo es una isla sometida a cantidades enajenantes de entretenimiento y distracción. En lo personal no sólo compartía este diagnóstico, sino que me pareció una manera elocuente de expresarlo. Esta primera coincidencia me esperanzó a pesar de las enormes distancias que Equis insistía en interponerponer conmigo o, por lo que yo había podido ver, con cualquier otro ser humano.

Lo que haríamos en el subte sería combatir frontalmente la entropía mediante el uso de su antítesis natural: la pasión. Los fragmentos del Náucrato eran "balas antientrópicas" (sic), condensadores de sentido que tendrían el poder de despertar a los civiles de su letargo, y forzarlos a conectar con el presente de sus propias vidas y con aquellos que los rodeaban. El acto disruptivo de repartir mensajes en el subte sin pedir nada a cambio era en sí mismo un pelotazo fuerte y al medio contra el sentido irónico permanente, la cómoda distancia digital de comentaristas cínicos y la fragmentaria cultura del meme.

Arrancamos temprano —al menos para mis parámetros—, a eso de las siete de la mañana. Nos encontramos en la estación Ángel Gallardo donde naturalmente me acerqué al único gigante encapuchado que me esperaba de pie al costado de la boca del subte. Llevaba un pequeño morral colgado del hombro en bandolera. Apenas lo alcancé, sin mediar palabra, sacó unos papeles y me los puso entre las manos.

En los primeros vagones el desplazamiento fue sencillo; la principal dificultad tenía que ver con mi propia incomodidad. Por suerte quien viaja en transporte público en Buenos Aires se encuentra en general inmunizado frente a las distintas manifestaciones de la marginalidad, sea pobreza, enfermedades o adictos en recuperación (Equis daba la impresión de pertenecer a cualquiera de esas categorías o a todas a la vez), lo cual rápidamente neutralizaba cualquier sensación de vergüenza con el vacío de ser ignorados.

Me di cuenta de que nunca antes había vivido la experiencia de sentirme realmente invisible. No implicaba ser no-visto, sino algo más poderoso: resultar una molestia, ser tan incómodo que todos prefiriesen contribuir a una alucinación colectiva en la que fingían no verme. Dejábamos los fragmentos del Náucrato en sus regazos o se los poníamos adelante de la cara y la mayoría de los pasajeros permanecían imperturbables o continuaban con lo que fuera que estuvieran haciendo.

Era como si al ponerse una bolsa de tela en la cabeza Equis hubiera encontrado una forma increíblemente lineal de evocar un superpoder. Por más rudimentaria que fuese su búsqueda de anonimato, le garantizaba el compromiso de sus compatriotas, que participaban de

su simulacro de invisibilidad.

El desplazamiento se hizo cada vez más difícil a medida que los vagones se iban colmando de pasajeros. Muchos de los papelitos salían volando al apoyarlos en las piernas y rodillas de la gente, lo que a veces desembocaba en incómodos manotazos para intentar retenerlos. Era así: estaba cacheteando a desconocidos en las piernas en el subte.

Me pregunté cuántos otros superpoderes habría a la espera de ser reclamados sin metáforas. Si Equis había logrado volverse invisible a través del sencillo acto de embolsarse la cabeza, ¿qué impedía a alguien ser súper fuerte por el simple hecho de circular haciendo un uso desproporcionado e ilógico de la violencia? A fin de cuentas, si alguien actuaba como si nada pudiera matarlo, ¿quién podría discutirle que no vivió la vida de un inmortal?

—¿Qué hacés acá?

Pánico. Inmerso en la misión de entregar pedazos del Náucrato había dejado de percibir con agudeza mi entorno, con lo cual me descubrí, de improviso, frente a frente (casi adherido a) una ex compañera de la secundaria, una de esas personas con las cuales no pasa nada memorable y con quienes existe un grado justo de relación como para un saludo casual si quedásemos atrapados frente a frente en el subte. Un corazoncito protocolar en Instagram, un cruce que ambos habríamos preferido evitar de no haber quedado tan alevosamente expuestos en el mutuo reconocimiento.

—¡Ah, ja ja! ¡Che! ¿Qué hacés, tanto tiempo? Acá estoy, así como me ves, escribiendo una crónica, investigando.

—¿Estás repartiendo algo?

La situación era indisimulable. Sólo atiné a darle uno de los papeles. Podía sentir mi cara roja de vergüenza.

“Exponé lo que te avergüence y usalo. Usá lo que te asuste y exponelo”, decía el papelito. Parecía una joda. Pude ver la sonrisa tentada de Valeria Cotozzino conteniendo una carcajada. Ignoro si se estaba riendo de mí, conmigo, de ambos o por mera incomodidad.

—Cagón —interrumpió Equis la conversación.

Había quedado del otro lado de Valeria, apenas pasándola e igualmente adherido a ella que yo. Pude notar que ella estaba algo asustada.

—Pará, boludo. La conozco desde…

Equis no me dejó seguir la frase. Gracias a Dios, las puertas se abrieron y Equis decidió bajar. Empecé a seguirlo pidiendo permiso y disculpándome con Valeria, a quien probablemente no volvería a ver en mi vida, como había pasado en los últimos diez años. Aun así podía recitar su nombre junto a su apellido como si alguien siguiera pasando lista de presentes.

—Equis —le dije tocándole el hombro.

Desde que nos conocimos había ganado cierto grado de confianza, la que se puede tener con una persona que sale a la calle con una bolsa en la cabeza.

—Sos un cagón, lo sabía —siguió Equis ofuscado, con su seseo característico mientras caminaba con determinación para adelante. Había tanta gente en el andén que era imposible no avanzar a los empujones.

Como las dimensiones de mi cuerpo eran mucho menores a las del de él me sentía como esas motos que se pegan parasitariamente a las ambulancias durante las emergencias.

—¿Por qué? Pará un poco. Todavía nos falta terminar con este pilón de papeles.

Equis se dio vuelta de golpe mirándome desde el interior de su bolsa. ¿Qué tan bien podía ver con eso puesto en la cabeza?

—Yo sabía que eras un cagón. Estás acá para sacar cosas para tu librito, pero pensás que estamos locos. Te cruzás a alguien y te morís de vergüenza, ponés excusas —y, masticando las palabras—: VOS NO CREÉS.

—Equis, pará, tranquilizate.

—¿Sabés qué responde alguien que cree a la pregunta "qué hacés acá"? "Salvo el mundo", ¡eso responde! Nosotros estamos salvando el mundo, ¿por qué no leés los fragmentos antes de repartirlos?

—Equis, si no le sumamos algunos matices a esto, más que salvar el mundo nos vamos a caer del mundo —la respuesta pareció confundirlo, no se la esperaba.

La gente alrededor nos esquivaba para ir al extremo del andén y miraba con curiosidad la particular escena que estábamos brindando.

—Te admito que me dio vergüenza, sí —confesé al fin—, pero te hago una pregunta: ¿qué diferencia hay entre estar acá porque creo o por otra cosa?

—¡Completamente distinto es! ¡Es la moral de los hipócritas esa!

—Bueno, Equis, sos un Cruzado del Náucrato entonces.

—¿Recién ahora caés? ¿La bolsa con la cruz no te dio una pista?

Me reí. No sé si Equis se dio cuenta, pero fue el primer chiste que le esuché desde que lo conocí.

—Está bien. Lo que digo es que incorporar algunos grises puede ayudar a la propia expansión de lo que queremos hacer —queremos, en plural—. Una fe que no admite dudas, vergüenza o incluso cierta incomodidad está destinada al fracaso. No sería genuina. Mirá — astutamente saqué uno de los papelitos que estábamos entregando y se lo mostré—: "Sólo lo genuino existe, todo lo impostado se cae".

Equis respiraba agitado pero pensaba o, al menos, parecía pensar.

—Reconozco que hay mucho de todo esto que me sigue pareciendo una locura y que algunas cosas me dan vergüenza pero estar

repartiendo fragmentos del Náucrato que trajiste en una bolsa Ziploc desde las siete de la mañana tiene que contar algo. Al menos darme cierto crédito que pueda usar para los momentos de flaqueza o duda. ¿Vos nunca dudás, Equis?

—Es distinto —dijo Equis pausadamente.

—¿Por qué? Todos fingimos creer a veces. Personalmente creo que fingir tiene mala prensa. Cierto grado de hipocresía es lo que mantiene la sociedad en funcionamiento; si no, estaríamos matándonos todos con todos.

Equis se calmó. Ya no estaba agitado.

—¿Vos decís que fingir creer puede tener valor en sí mismo?

—Fingir puede ser una forma de respeto. Fingimos para no lastimar. Incluso puede ser una forma de amor, de cuidado. No creo que seguirle la corriente a un familiar con Alzheimer pueda ser calificado de hipocresía o de algo malo.

—Creés que estoy loco —dijo Equis y volvió a encarar enfurecido para la escalera de salida.

"Mal ejemplo", pensé y volví a la carga:

—Vení, Equis, no quise decir eso.

—¿Sabés qué sos? —Equis se dio vuelta otra vez—. Sos un sofista. Tenés palabras para todo, tenés ángulo, te creés mejor que los demás pero estás tan perdido como todos. ¡Escribas y fariseos! Si yo estoy loco, vos estás repartiendo papeles con un loco en el subte.

—Equis, es exactamente lo que estoy tratando de decirte —lo corté, sabiendo que me había tirado el centro que necesitaba—. Estoy acá, estoy con vos repartiendo papeles con frases de un libro que jamás leí en el subte y en hora pico, ¿no vale nada eso?

Equis bajó la cabeza y revisó los papeles que le quedaban entre las manos. La noche anterior me había explicado que eran fragmentos del Náucrato que había recolectado de distintos testigos y de la sabiduría del Cabrakan mismo, a quien vio una vez en una charla en un centro cultural de Flores. La fecha no coincidía con la que teóricamente había sido su última aparición, pero opté por no contradecirlo en este punto: había elegido creerle.

Además de los ya citados mensajes, el resto de los fragmentos decía: "Buscá generar amor u odio, jamás indiferencia", "No todo lo que sucede conviene, pero todo lo que sucede puede aprovecharse", "Si te da, hacelo; si no te da, negociá condiciones dignas, y si no te las dan, inmolate y reventalos a todos" o, a mi juicio, la más extraña de todas: "Protegé la confusión y la confusión te protegerá". Eran como mensajes de galletitas de la fortuna pero pasadas por LSD.

Apenas unas horas antes, cuando terminábamos de hablar por teléfono tras su riguroso cuestionario, el propio Equis me había dicho, en lo que parecía un momento de genuina felicidad por tener un

nuevo compañero de aventuras, que él creía profundamente en que cada uno de esos mensajes tenía el potencial de instigar grandes cambios y que, con lo que llamó “nuestra sagrada misión”, pondríamos en movimiento los engranajes secretos que rigen el futuro. A sus ojos teníamos en las manos auténticos catalizadores del destino, las primeras fichas de las largas cadenas de dominó que pondríamos en movimiento.

Equis sostenía que el subte era el mejor lugar para medir el pulso de una ciudad y, en su lectura, los niveles de hartazgo de Buenos Aires estaban llegando a su punto de ebullición. La capital argentina se encontraba, según él, en una suerte de estadio prerrevolucionario, producto de la impotencia política, la falta de horizonte para las masas, la decadencia económica y la imposibilidad de proyectarse que, de una manera que le era difícil explicar, nos acercaba inexorablemente a la grandeza.

Equis no sabía, o no quería decir, en qué consistía esa grandeza, ni qué destinos en concreto creía estar catalizando. Sólo se sentía un agente de ese porvenir, de ese propósito, y eso era motivo suficiente para realizar periódicamente estas misiones de agitación y, sospecho, para seguir viviendo.

—Vamos —dijo Equis encarando para ingresar a otra formación que entraba en la estación.

Las puertas se abrieron y una pared de carne homogénea se materializó ante nosotros. Equis tenía otra máxima no expresada en sus fragmentos: “En el subte siempre hay lugar”.

Con la gracia de un ser invertebrado y para descontento de los pasajeros ingresamos a este nuevo vagón. Equis no sólo reacomodó la disposición de la totalidad de los pasajeros, sino que modificó a más de uno a escala ósea.

Escuchamos alguna que otra puteada pero instantes después ya éramos parte de ese magma de sudor y mal humor que conforma la humanidad hecha subte.

Sin hacer caso de la creciente dificultad, seguimos entregando nuestros mensajes de lo divino a quienes no los solicitaban.

La mujer supera al hombre en intelecto. Negarlo es de inútil, terco o cobarde. Hemos armado, los hombres, un intrincado sistema de defensa para disimular esta asimetría originaria. Lo hemos erigido entre prepotencias y pertenencias crípticas, rituales defensivos que nos permitan olvidar —aunque sea por un rato— que la última de las validaciones (la verdadera) será siempre femenina. La mujer comprende de maneras que el hombre apenas logra percibir, como quien aprecia la forma de algo detrás de un vidrio grueso:
él vislumbra siluetas de la cosa que ella ya sabía desde mucho tiempo atrás.

HORACIO FUNES ALTERIO,
Confesiones del Cabrakan

8
Ištar

—Por empezar, Pedro confunde los años.

Claudia habla con la confianza de quien ni siquiera imagina la posibilidad de ser interrumpida. Mientras la escucho, recuerdo el despacho pomposo en el que me recibió, cierta tensión entre el personal, un secretario que ofreció café cuando me acomodé en la silla. Todo me remitía a una pregunta no enunciada: ¿qué carajo hacía una mina así con Pedro?

—Éramos mucho más chicos de lo que él recuerda —retomó Claudia tras una pausa—. Él recién había arrancado la carrera, pero yo todavía estaba en la secundaria, en mi último año, y ahí fue cuando entró en toda esta locura del culto al boludo ese.

"El boludo ese" era el Cabrakan.

Sólo iban quince minutos de conversación y la diferencia con el resto de mis testimonios ya era arrolladora. Claudia era una apasionante funcionaria de un gobierno desapasionante. Al día de hoy me cuesta retener su cargo; probablemente secretaria de alguna de las subsecretarías que el Estado inventa para justificarse a sí mismo. Un cargo fruto de alguna negociación caduca para equilibrar una interna o contener a una facción. Su justificación en el organigrama era irrelevante comparada con la potencia que transmitía. Era una mujer de la política, formada por y para eso, curtida en el rigor de la negociación permanente y en el inevitable choque de intereses.

Su personalidad inundaba el espacio. Yo me limité a grabar y a hacer anotaciones en un cuadernito que había comprado antes de ir. En general anotaba en el celular pero quise ahorrarme la explicación de que no estaba distraído en WhatsApp mientras me hablaba, al menos en este primer encuentro. Mis últimos meses habían consistido en hablar, seguir, ubicar e incluso acompañar en "misiones" a las personas más raras de Buenos Aires. En contraste, Claudia parecía estar del lado exactamente opuesto del espectro humano: era avasallante, segura de sí misma, atractiva.

Se tomó un tiempo considerable para describir lo que había sido su relación con Pedro. Noté en sus palabras el cariño especial que le tenía, incluso en ese momento. Hablaba de él con la ternura que la nostalgia reserva a los primeros amores de la vida.

Entendí entonces que Pedro la había seducido con su inteligencia. Viendo a Claudia en la piel de unos imponentes cincuenta años y que la etiqueta gubernamental no lograba aplacar una voluptuosidad evidente, imaginé a su lado al Pedro que yo conocía. Pude verlo a la perfección, minúsculo y perdido adentro de su propia ropa, un intelectual nervioso que de cierta manera en algún momento de su vida se había levantado a un minón.

Claudia me contó que compartieron muy lindos años cuando ella apenas arrancaba la carrera. Se anotaron en varias materias juntos y vivieron la experiencia de acompañarse en su formación. Me contó también que rápidamente ella comenzó a desarrollar un interés más "práctico" en el uso del conocimiento mientras que Pedro parecía perderse en debates que, según ella, tenían nula relevancia. Es la fatal distancia que existe entre los académicos y los políticos. De joven, Pedro ya perfilaba para intelectual.

Me confió también que el amor entre ansiosos se parece más al alivio que a la felicidad, que en Pedro encontró a alguien que no le hacía sentir que tenía que estar en otro lado y que eso la había mantenido "cuerda" la mayor parte de su juventud.

—Naturalmente —agregó—, me escucho decir esto y siento que estoy describiendo algo más parecido a un acompañante terapéutico que a una pareja, pero no es menos cierto que fuimos muy felices juntos. Nos vimos crecer, nos vimos cambiar, en fin. Igual, estás acá para hablar del Náucrato. Es como si esa mierda me persiguiera, no importa cuán poco me interese.

—Del Náucrato o de lo que quieras. La verdad es que estoy acá porque Pedro insistió en que tu testimonio era clav…

—¡Y claro que insistió! —Claudia me interrumpía sin el menor asomo de incomodidad—. Si supo, siempre supo que yo tenía razón en lo que decía. El problema de Pedro es que es tan bueno que es un boludo. Él pensaba igual que yo, pero se dejaba usar. Era más fuerte que él, siempre fue así.

Claudia describía el Náucrato, al Cabrakan y a su séquito de Buscadores como una gran estafa piramidal. Había vivido de primera mano lo que otros tildaban de "auge del movimiento": una etapa de espectacular relevancia para la retórica del Cabrakan.

Claudia había visto —en sus palabras— cómo alguien (a su juicio, lisa y llanamente un chamuyero) había logrado meterse en el bolsillo a una generación de jóvenes siempre atentos a sus reflexiones, remates y delirios. Según ella, el Cabrakan había logrado armar una organización que "se negaba a sí misma".

—¿Cómo se negaba? No entendí eso último.

—Claro —retomó Claudia revolviendo el café, pero sin decidirse a tomarlo—, ellos quizás no lo sabían, pero eran una orga, un partido político, funcionaban como un partido. Yo creo que el Cabrakan sí lo sabía, pero se hacía el pelotudo. Nada en esta vida permanece estático; las cosas nacen, crecen, se desarrollan, mueren —Claudia acompañaba sus frases con gestos que hacía con las manos en una suerte de silencioso concierto aéreo—. Si vos acumulás ese tipo de expectativa, ese tipo de juventud, ese tipo de devoción hacia tu palabra como te aseguro que tenía el hijo de puta ese, y no lo llevás a

ningún lado, no lo encausás, ¡no lo aterrizás!, no sé cómo decirte, eso naturalmente crece y te pasa por encima y se pudre. Crece y te deforma también, se deforma, como un cáncer. Crece y prescinde de vos porque te enamoraste de un momento y no hiciste nada con todo eso. Nada práctico, nada real.

Noté en Claudia un rencor que no era fruto de la indiferencia, sino de algo que sólo resulta del involucramiento.

—¿Esta era una discusión que tenían entre ustedes, con Pedro?

—Claro que sí —siguió Claudia bajando el tono—. Yo se lo vivía diciendo a Pedro. Había algo en todo lo que pasaba… Yo no sé por qué no hicieron nada con todo eso, pero sé que había algo ahí.

—Bueno, no suena a nada lo que dec…

—…¡Vos me entendés! Algo de verdad, algo que podía cambiar las cosas. ¡Transformar la realidad! Él, si hubiera querido, hubiera podido. Yo no sé si no lo hizo por vago, mirá lo que te digo, o no sé. Quizás era idea mía y ellos nunca tuvieron el menor interés en lo que te estoy diciendo. Desde mi punto de vista, era lo más obvio del mundo, el curso natural de las cosas. Quizás sea eso, quizás era yo sola… No era algo en el "campo de las ideas". El campo de las ideas… —llegada a este punto Claudia sonrió y casi me infarto: era bellísima —, para mí esa fue siempre la más linda de sus ideas, ¿sabés? Esa noción de espacio universal de ideas que así como existe la realidad física existe la realidad del pensamiento. Uno nace no sólo a un mundo dado, sino también a un mundo de ideas. Cada vez que uno tiene un pensamiento contribuye a ese espacio; cada vez que uno miente, genera una "realidad" en el plano de las ideas. Por eso la mentira es tan odiosa. Es lo mismo que explica por qué una idea que se le ocurre a una persona a veces es llevada a cabo por otro contemporáneo sin mediar plagio o conocimiento alguno. Era una idea que estaba disponible en el mundo de las ideas…

—Bueno, eso es Jung, es la figura del inconsciente colectivo — respondí contento de pescarle la indirecta.

—¡Exacto! Es lo que te digo: el tipo no tuvo una puta idea original en su vida: todo choreado, todo reversionado. Es por lo que siempre discutía con Pedro, era un ladrón —Claudia volvió sin mediaciones a su versión original del Cabrakan.

Me ofreció otro café y me siguió contando algunos aspectos de lo que había sido la "capacidad operativa" —en sus términos— del movimiento. A ella le fascinaba el costado más práctico del fenómeno sobre el cual yo estaba escribiendo. Me contó cómo organizaban caravanas para viajar a localidades del interior ansiosas por recibir al Cabrakan. Me habló de los números que "movían", de las gestas que habían realizado. En el fondo de su desdén había pasión y admiración y la mayor parte de su bronca parecía un reproche a lo que no se

había hecho con lo que "eso" había sido.

—¿Te contó Pedro del verano en la quinta? —me preguntó de golpe. Noté que el tono era otro y negué con curiosidad.

—Ahí te das cuenta de algo: era chico él también.

—¿Pedro? —pregunté.

—No, el Cabrakan. El tema es que nosotros éramos todavía más pendejos y la admiración que lo rodeaba lo agrandaba, pero en realidad era un nene —se detuvo un momento para mirarme—. Debía tener tu edad cuando arrancó todo esto, imaginate, era como vos.

La afirmación me hizo dar cuenta de lo mucho que desconocía de él. No sólo no tenía idea dónde estaba, si vivía, qué había hecho con aquello que había predicado durante años, sino que en el sentido más elemental de la frase no sabía *nada* de su vida, ni adónde había nacido ni qué había hecho antes de convertirse en Cabrakan ni si tenía familia, ni de quién era hijo: nada.

Claudia me contó que a alguno de los veranos que estuvieron juntos con Pedro al Cabrakan le había dado por alquilar una quinta en las que realizó "Búsquedas de la Verdad". Por insinuaciones, y sobre todo por el tono de Claudia, entendí que aquellas búsquedas habían tenido algo más de ocio y apetitos de juventud que de rigurosa investigación y estudio. En los términos de Claudia, el Cabrakan se había "pasado de rosca" con sus actitudes de rock star con séquito de aduladores a domicilio. También, que la inocencia de Pedro (que antes mencionó en términos de boludez) le impedía ver eso.

—Una noche en la quinta me acuerdo que no podía dormir y empecé a dar vueltas por el lugar. Me lo crucé al Cabrakan completamente en pedo, llorando sentado en una reposera en el patio de la casa. Estaba en bata y pantuflas, y miraba las estrellas. Cuando me vio llegar, me dijo que estaba enamorado de mí y se me tiró encima. Calculo que intentó tocarme el culo pero el resultado fue más parecido a tropezarse y sostenerse en mi cadera. No, no, no te sorprendas —aclaró Claudia cuando me vio levantar las cejas decolocado—, no era algo personal conmigo. El tipo era un pajero, pero ahí te das cuenta de que era también un garca como para tirarle los perros a la novia del tipo que realmente le sostenía el circo.

—Pedro —acoté.

—¡Pedro! —coincidió Claudia con un estallido de entusiasmo—. Pedro, como antes Horacio, como andá a saber quién que lo había bancado antes de Horacio. El Cabrakan es un pino. ¿Sabés cómo crecen los pinos? Depredan cualquier árbol que encuentren a su alrededor. Lo matan, lo absorben. El tipo sobrevive chupando la energía de personas lo suficientemente dóciles como para darle todo a cambio de nada y así va por la vida dándoselas de filósofo contemporáneo, siempre y cuando logre engatusar a quienes laburen

para él. Te doy un ejemplo: era Pedro el que conectaba las ideas falopa que revoleaba el Cabrakan así, a la marchanta. Y Pedrito ni se daba cuenta. ¿Sabés las veces que lo vi? El Cabrakan divagando sobre algo que no quería hacer y Pedro le decía, no sé, "Ah, es como el mito de Sísifo" y el otro le agarraba el codo a la velocidad de la luz y se prendía de una idea que ni siquiera había sido suya.

—¿Y qué pasó esa noche? —Claudia me clavó una mirada que me ruborizó—. Perdón, me enganché con el chisme.

Claudia me sonrió y se organizó el pelo.

—Nada pasó. ¿Qué va a pasar? Lo saqué cagando. Yo estaba enamorada de Pedro. Pero después bajó un cambio y nos quedamos charlando, y esa charla creo que sí fue linda. Ahí fue cuando me dio el manuscrito.

Sentí que el corazón de pronto me bombeaba con fuerza, al punto de que me sentía aturdido.

—¿Qué manuscrito? —pregunté acelerado y en seguida me di cuenta de que nuevamente había pisado el palito. Noté que Claudia empezaba a fastidiarse y de golpe me sentí tan inadaptado como cualquiera de los locos reunidos en el sótano de un bar para intercambiar reportes sobre acontecimientos que hubieran impactado en la metafísica del país.

—¿Pedro no te dijo?

Claudia se paró y fue a buscar algo a su cartera. Mientras revolvía su interior seguía hablando de la noche de la quinta. Aparentemente, habían pasado la velada entera tomando whisky y hablando. El Cabrakan andaba "mal de amores", lo cual según ella era mentira. "Estaba perfecto de amores —suspiró—, el único problema era que estaba enamorado de sí mismo y no estaba dispuesto a resignar nada por una relación." Según ella, al Cabrakan no le gustaban las mujeres, sino la idea de la mujer y me decía que esa noche en particular estaba dueleando la finalización de su último intento de noviazgo. "Con ella yo era todos los hombres y ella todas las mujeres", lo imitó Claudia con cierta cadencia indicativa de alcohol en sangre. Me dijo también que el Cabrakan le decía que amar era construir un mundo de a dos y que le advirtió sobre el peligro de los paraísos, cuyo precio de entrada es el fatal acostumbramiento, razón por la cual todo paraíso se disfruta más desde afuera "con la ñata contra el vidrio". Para el Cabrakan, el ingreso al paraíso encerraba su aniquilación.

Claudia volvió a sentarse trayendo su billetera. Entre sorprendida y enternecida, me dijo que casi se había olvidado de que lo tenía. Pero que por algún motivo siempre lo había guardado.

—Esa noche me dio esto —Claudia me tendió un papel muy manoseado—. Me dijo que era un fragmento del Náucrato.

Sentí una profunda conmoción. El contacto con este fragmento me

volvía técnicamente un notable, un Testigo del Náucrato. Sentí mucha emoción, emoción genuina, verdadera.

Claudia también parecía conmovida por eso que estaba sucediendo en ese momento entre nosotros. Su lenguaje corporal indicaba un entusiasmo que no llegaba a reprimir a pesar de sus esfuerzos por parecer prescindente.

Me resultó llamativo cómo alguien que parecía conferirle poquísima importancia al paso del Cabrakan por su vida pudiera, no sólo haberse conmovido con el recuerdo de un episodio lejano, sino haberse ocupado de salvaguardar y preservar una hoja de papel doblada varias veces que parecía haber pertenecido a un viejo cuaderno Rivadavia. Una hoja rayada, gastada por el paso de los años y escrita en diminuta letra cursiva, inscripta con fuerza en el papel con tinta de lapicera. A simple vista, parecía tener poco de sagrado. Más bien semejaba un papelito de esos que viajan entre los bancos de la primaria con infantiles confesiones amorosas.

Estábamos hablando de cosas ocurridas años atrás. Y, sin embargo, una Claudia joven —o acaso no tan joven— había tenido el cuidado de preservar un papel entregado en mano en mitad de una noche de borrachera a través de cambios de billeteras, trabajos, gestiones y ocupaciones. Me resultó notable.

La hoja decía:

En la aldea conjetural del Plata a todo niño le había sido asignado su Náucrato, excepto al Niño Sin Destino, que lloraba angustiado viendo a amigos y enemigos jugar como juegan aquellos armados de Propósito.

Él no tenía uno o, lo que era peor, ignoraba si lo tenía.

En Tierra de Destinos, la duda es mucho peor que una fatal condena a ser.

Uno de los ancianos lo vio extraviado y se acercó a orientarlo, dado que la Verdad, en tanto perspectiva, se aprecia mejor desde los márgenes, sean estos la niñez, la vejez o la insania.

"Tengo un secreto", le dijo el viejo al Niño Sin Destino. "Dios acecha en las esquinas, nos espía y espera detrás de todas las cosas que pueden llegar a ser."

"Dios no está conmigo", respondió el niño. "Ha dado a mis contemporáneos habilidades y pasiones, talentos y virtudes, les ha indicado cuál es su vocación y ellos la persiguen con fe, han sido salvados en tanto han encontrado su Náucrato."

"¿Y a vos qué te ha dado?"

"Me ha condenado a interesarme en muchas cosas, querer tantas otras, me ha distanciado de todas las cosas. Mis intereses no son tan hondos ni me destaco en nada particular, Dios no me ha

considerado."

"Dios es una condición de posibilidad", respondió el anciano. "Tus hermanos han encontrado su Náucrato, habrán de buscar realizarlo y en esa búsqueda habrán salvado la propia vida y la vida de quienes los amen.

"Dios en cambio te ha legado buscar tu Náucrato, te ha posicionado en la terrible equidistancia de múltiples virtudes e intereses. Más de uno ha sucumbido en el trágico camino de tener muchos destinos.

"Pero Dios está detrás de todo lo que puede ser y vos, hoy, podés ser todas las cosas. El Sin Destino es también el Todo Posibilidad; todo lo que no es puede ser, y eso es Dios: una condición de posibilidad.

"Vos sos el que más cerca suyo está. Él está ahora, a tu lado."

—Te das cuenta, ¿no? —me preguntó Claudia cuando vio que había terminado de copiar—. Su problema era que estaba todo bien. Había logrado todo lo que quería y apenas pasaba los treinta años. No tenía la menor idea de qué hacer con eso.

—Un histérico —acoté para no quedarme atrás.

—Un boludo.

Retazos del Náucrato

Horacio Funes Alterio

Un Buscador es ante todo alguien que se sabe incompleto.

Su faltante puede ser realizar su Náucrato, como es deseable, en tanto al hallarla se encuentra el más poderoso de los sentidos para una vida. O puede ser la búsqueda del Náucrato en sí misma, sin que el Buscador haya encontrado todavía el motivo por el cual existe.

Para integrar el Credo del Náucrato, el único requisito subjetivo radica en reconocer que uno busca. Su ser se encuentra en estado de incompletitud. Algo le falta, una pieza que debe hallar, un sentido que debe proveerse, un ideal que debe alcanzar, un combate por ganar, una obra de arte por consumar, un amor que conquistar.

El Buscador procura cargar de Propósito su cotidianeidad. Así logra seguir existiendo en la más oscura de sus noches. Porque incluso esta es parte de su constelación por descubrir: incluso si no sabe por qué sufre, confía en que sufre por algo.

El Buscador es un creyente, pero no en el sentido religioso, porque su creencia puede prescindir de iglesia para realizarse. Existen Buscadores fervientemente ateos que asignan Propósito a sus acciones en tanto agotarán la realidad hasta lograr algo útil de ella. En estos casos, ellos otorgan el Propósito bajo la férrea ilusión de estar sólo sometidos a su propia voluntad.

Sabrán que cada paso que dan los acerca inevitablemente al centro de su propia búsqueda, sea la que sea. Porque, como se ha dicho, incluso los desvíos, desengaños y distracciones son fatalidades necesarias en el hilo de su propio destino, uno que los acerca a su Náucrato.

El Buscador cuyo Náucrato involucra el arte soportará sus peores días sabiendo que todo dolor es arcilla para su obra. Cada porción de agonía le otorga vetas y matices antes insospechables para él.

El Buscador cuyo Náucrato navega los insondables mares del conocimiento descubrirá en cada callejón sin salida y en cada abismo inefable nuevas profundidades que harán más hondo su saber y lo obligarán a reconocer su ignorancia a cada paso. A pesar de los esfuerzos, tendrá un júbilo secreto al descubrir que aún queda tanto que se ignora. Lo incompleto de

la tarea, lejos de frustrarlo, lo llenará de propósito.

El Buscador cuyo Náucrato se nutra del amor encontrará en cada frustración, en cada dolor y en cada pérdida la más dulce nota de los placeres amargos; porque cada desencuentro será una oportunidad para comprender mejor a aquellos con quienes elegimos compartir nuestra existencia y esta es la única manera de comprenderse a uno mismo. En cada pérdida y en cada reencuentro se halla uno más cerca de Dios.

¿Qué es lo contrario de un Buscador? Alguien que se considera completo, consumado, sin faltante y, por ende, sin adelante, sólo con historia.

Personas que son un puro pasado andante, una historia a cuestas, dignas de respeto, ¿por qué no? Pero dueñas de una agonía ilimitada.

Son quienes han decidido que su vida ha concluido, en tanto nada nuevo tiene para ofrecerles el existir. Son Agentes de la Nada.

9
Lo que habita en la cueva

Definitivamente se trataba de Pinocho y Gepetto. Era un dibujo de trazo infantil, aunque coloreado con presumible paciencia; una de esas obras de niño que enorgullece a sus padres, que aclaran con énfasis la edad en que la realizaron para destacar su precoz virtuosismo.

El dibujo estaba enmarcado y quizás no me hubiese llamado la atención si no hubiera sido por el rotundo contraste que producía con el resto de la habitación de Equis: un cuarto sin luz natural donde la máquina parecía haber desplazado al hombre.

Placas de video apiladas en estantes de metal vibraban cargando el ambiente de algo parecido a estática y un zumbido permanente mientras que un aire acondicionado ponía todo de sí para mantener la temperatura ambiente agradable. Equis me daba la espalda encorvado sobre tres monitores que ocupaban la totalidad de un escritorio repleto de vasos, tazas y latas vacías. El conjunto se veía sucio y lleno de polvo.

Yo permanecía de pie. La cama estaba oculta debajo de un pilón de ropa desordenada y no había lugar en donde sentarse. A Equis tampoco parecía importarle mi confort, o falta de.

—¿Es tuyo? —pregunté señalando el cuadrito enmarcado. Imaginé que colgaba en la pared como síntoma de nostalgia entre afiches de bandas de metal y rock progresivo.

—En el vientre de la bestia —respondió Equis sin despegar la vista de los monitores y sin detener un solo instante su tecleo.

Me pregunté si no le molestaba continuar con la bolsa en la cabeza en la intimidad de su cuarto y si podría ver bien la pantalla, inconvenientes desde luego menores frente al riesgo de develarme su identidad. Recién con su aclaración (que no respondió a mi pregunta) entendí que era la escena en la que Pinocho y Gepetto son engullidos por la ballena.

La invitación a su casa había corrido por su cuenta sin ningún incentivo previo de mi parte. Me había mandado un WhatsApp, diciéndome que me quería mostrar algunas de sus investigaciones y agregó un desconcertante “y charlamos un rato”. Me resultó tan intrigante que Equis tuviese ese tipo de iniciativa después de lo difícil que había sido persuadirlo de llevarme en una de sus “misiones” que primó en mí un genuino interés de pasar un rato con él, más allá de la utilidad literaria que podría reportarme el encuentro.

El resto de su casa era extrañamente normal, si es que uno se permite considerar la norma una anomalía en el mundo de los Buscadores. Antes de ir había fantaseado con todo tipo de configuraciones, me lo había imaginado viviendo en una casa tomada o en un refugio antibombas. Lo imaginé también aislado en un

armario dentro de algún tipo de comunidad, una suerte de Harry Potter adulto, aún más asocial. Pero no: para mi absoluta sorpresa, la casa de Equis era completamente normal.

"Normal" incluso puede ser un término inapropiado. Era "normal" para una familia tradicional de buen pasar económico y varios integrantes de distintas edades. Al entrar al departamento de Belgrano me encontré con un living espacioso y luminoso, decorado por lo que imaginé una señora concheta, una madre de familia orgullosa de no tener la necesidad de trabajar fuera de su casa que acabó transformando su ocio en hobby y su hobby en potenciales cursos terciarios que bien podrían haberse llamado "decoración de interiores".

Los retratos familiares que llegué a ver respaldaban esta hipótesis. Exhibían a una doña platinada y a un hombre en sus sesentas de prolijas canas, acompañados de una adolescente sonriente y una figura que le sacaba fácilmente una cabeza a quien debía ser su propio padre. La foto era vieja —lo denotaban su impresión y colores—, pero no dejaba de ser la primera vez que veía a quien sin duda era Equis a cara descubierta: un rostro serio a pesar de adivinarse infantil, una nariz corta casi porcina y las sorpresas de un ojo completamente díscolo que miraba a cualquier lado menos a la cámara, además de un pelo tremendamente rojo y rapado a ras de cráneo. El labio leporino le atravesaba la boca cerrada con fuerza y explicaba las particularidades de su pronunciación.

—Por favor, no te detengas en intimidades, no te pertenecen y no deseo compartirlas —me había pedido Equis poniéndome una mano pesada en el hombro e instándome a que ingresara en el departamento apenas me recibió. A duras penas llegué a vislumbrar el resto del amplio espacio, que se fundía en un balcón todo a lo largo de lo que, supuse, era el contrafrente del edificio.

Intenté resistirme, pero supe desde un principio que sería inútil. Haber aceptado ir a la casa de Equis implicaba una claudicación: consentir sus normas, por raras que me parecieran. Así fui prácticamente escoltado por un largo pasillo que desembocaba en la habitación en la que ahora nos encontrábamos.

Antes de permitirme pasar, insistió en que dejara mi celular adentro de un tupper recubierto de aluminio. Con delicadeza y cuidado separó la batería del aparato y lo puso "a dormir".

La escena me presentificó las advertencias de Pedro la jornada anterior a que saliéramos con Equis a repartir volantes en el subte. "Es un pibe especial", me avisó antes de contarme algunos de sus fetiches y recomendarme paciencia. Parecía especialmente interesado en la relación que empezábamos a entablar. Por ese entonces, hablaba seguido con Pedro y tenía la sensación de que comenzaba a

entenderlo. Me parecía una buena persona, algo poco frecuente en nuestros tiempos. Alguien lo bastante desilusionado con su propia vida como para comprender en un sentido profundo que lo único que en rigor tenemos es a los otros y que vale más ser bueno que casi cualquier otra cosa. Una persona apasionada por el conocimiento, pero un conocimiento volcado a las personas, un conocimiento que sirve para algo.

El Náucrato, en paralelo a su querida universidad, terminó siendo un refugio para su sensibilidad aguda y acaso un permiso para expresar cierta locura. Era una porción de sí mismo que no escrutaba con el mismo rigor que aplicaba a su trabajo o a su estudio.

En los Buscadores huérfanos y viudos del Cabrakan, por sobre todas las cosas, encontró necesidad. Y pocas cosas ordenan más al hombre que sentirse útil.

Pedro se había transformado en una suerte de tutor de los Buscadores, un guía; moderaba sus encuentros y se preocupaba genuinamente por sus asuntos. También sospecho que para aquel entonces él ya se había dado cuenta de que mis crónicas sobre los Buscadores y la presunta periodicidad obligatoria de mis columnas eran una excusa y que el verdadero motivo de mi afán era el interés por conocer más de ellos, de sus ritos, del libro sagrado y, claro, del Cabrakan: mi auténtica curiosidad por ese mundo.

Equis nunca omitía motivos, así que cuando le pregunté con fingida sorpresa quién podría estar interesado en escucharnos conversar en su habitación me describió con detalle cómo los celulares nos escuchaban todo el tiempo, vendiendo nuestra información para condicionar la publicidad que se nos mostraba. Esto, que era una atrocidad evidente, era celebrado con memes en redes sociales o en charlas casuales, lo que completaba un circuito perverso que lo indignaba. Solía decir que la humanidad marchaba tuiteando hacia su propio matadero. En nuestra sociedad la libertad de no ser espiado era un valor secundario frente a tener la posibilidad de describir con elocuencia nuestras propias esclavitudes en 280 caracteres.

La pasión y la intransigencia con las que defendía sus posiciones me resultaban fascinantes. Estaba decidido a combatirlo todo: la sociedad en su conjunto y sus ideas; era un Quijote moderno y ese era su Náucrato.

El aire denso y el olor a encierro, junto con la vibración de las máquinas, producían un efecto enloquecedor, como si la habitación estuviera llena de un estado propio, único, de la materia. Como entrar en gelatina o algún tipo de polvo suspendido en el aire, a salvo de la fuerza de gravedad.

—Gracias por venir —dijo Equis de golpe, girando en su silla con rueditas para mirarme, si es que eso era lo que hacía adentro de la

bolsa. Después de lo que se sintió como un largo hiato de silencio, se excusó por su demora, que atribuyó a la configuración de sus bloqueadores de señal—. Te quería pedir disculpas por mi exabrupto del otro día. Reflexioné mucho sobre el episodio. Quizás es lo único que pienso desde entonces. Considero que todo lo que te dije fue cierto, no me retracto de ninguno de mis postulados, y sin embargo…

—Ah —lo interrumpí extrañado—, ¿y entonces por qué me pedís disculpas?

Equis pareció molestarse con el pedido de aclaración. Sospecho que consideraba un exceso su gesto de contrición espontánea.

—Porque… a veces me pongo nervioso —dijo Equis, y noté que estaba haciendo un esfuerzo por no hiperventilar—. En general, cuando me pongo nervioso la gente ya no quiere verme más. Por eso te invité, para ver si venías.

Dando por concluida la explicación, volvió a girar hacia los monitores en los que se puso a abrir ventanas. A pesar de nuestra incipiente relación, Equis seguía siendo un misterio para mí. Podía tener veinte años, como treinta o incluso cuarenta. Sólo veía a una persona masiva con algunas dificultades para hablar que jamás mostraba su cara.

Su desconcertante indiferencia me permitió seguir estudiando su hábitat. La persiana baja, cajas de comida de Rappi con sus bolsas de tela acumuladas en el piso, unas luces artificiales de colores que cambiaban de frecuencia, tonos y patrones de forma programada proveían la única iluminación del espacio. El resto estaba ocupado principalmente por cables, que se hundían detrás de unos rectángulos negros de a manojos. La vibración se me estaba tornando difícil de sobrellevar.

—Bien —retomó Equis un rato después—, pasaste la segunda prueba: soportás el silencio. Otro se habría impacientado e ido. O habría llenado el vacío con palabras.

—Equis, ¿seguís haciéndome pruebas a esta altura? Pasé un día entero repartiendo volantes en el subte con vos, ¡dejame de joder!

Cuando trataba a Equis con confianza sentía que lo descolocaba. Nuestra distancia de trato habitual era mucho mayor que la que permitía a alguien decirle “dejame de joder”.

—Seguís repitiendo lo del subte —Equis se impacientaba—. Si tanto te costaba, no lo hubieras hecho. No es verdad que te debo algo porque me acompañaste. No fue un favor. Sos libre, cada uno hace lo que quiere.

—Equis, por fav…

—¡Acá el problema es que querés manipularme! ¡Querés que haga lo que vos querés que haga!

—‘Ta bien, amigo —atiné a decir, restándole importancia al

exabrupto.

Equis me dio la nuca farfullando: “Hm… condescendencia”.

No estaba dispuesto a esperar en silencio a que quisiera hablar otra vez. Sus “pruebas” me habían roto las pelotas y el zumbido permanente del cuarto me irritaba.

—Equis, ¿para qué me invitaste?

No hubo respuesta. Equis seguía absorto en lo que fuera que estuviera haciendo en su máquina: los dedos ágiles se deslizaban por el teclado con una ductilidad con la que no lo había visto desempeñarse en ninguna otra área.

Calculé que había tenido suficiente, unos veinte minutos parado en silencio, mientras mi anfitrión se dedicaba a ignorarme eran más de lo que estaba dispuesto a tolerar como mi “aventura del día” junto a los Buscadores. Me resigné a que esta crónica sería más breve que las demás mientras giraba hacia la puerta para irme.

Pero entonces Equis pareció volver de repente a la vida. Se incorporó de golpe y con su movimiento tiró la silla para atrás. Corrió rápidamente hacia la puerta esquivando con sorprendente agilidad los bultos de cosas que abarrotaban el espacio y se paró delante de ella, impidiéndome salir. Me asusté.

—Equis… —llegué a decir, pero caí en la cuenta de que en realidad no tenía nada para decir.

Quizás por primera vez me di cuenta de que estaba solo en la habitación de un hombre que me duplicaba en tamaño con el cual no tenía relación más allá de conocerlo en las circunstancias más difíciles de explicar de mi vida.

Me sentí estúpido y la bolsa de Equis ahora era una suerte de máscara terrible que no me permitía entender si estaba a punto de reventarme a trompadas o si, en cambio, se trataba de algún tipo de broma.

—Gracias a vos entendí muchas cosas, por eso te invité —soltó enfocando la mirada en el piso—. Te pido por favor que no te impacientes —me dijo Equis con su seseo característico y sin mover un solo músculo.

Di unos pasos hacia atrás hasta que choqué la cama con una de mis pantorrillas. Entonces levanté la mano con un gesto conciliador.

—Tranquilo, amigo, no pasa nada. Me pareció que te estaba incomodando. No hace falta que me invites a tu casa para ver si vengo o que la pases mal.

—Me puse nervioso antes —dijo Equis—, pero te voy a compartir algo que es verdad. Si hago silencio escucho al Cabrakan y creo que a vos también te pasa. Creo que vos también escuchás al Cabrakan, aunque insistas en taparlo con ruido, ruido de los celulares, de la tele, de la gente… Si hacés silencio sabés que el Cabrakan tiene razón. En

el silencio y en la soledad se ve lo profundo, por eso nos juntamos: porque tenemos miedo. Todos tenemos miedo, como vos ahora.

Intenté sonreír, pero sentí que era demasiado forzado. Temí que Equis lo notara y empecé a evaluar escenarios posibles. Escapar parecía difícil, requería pasarle por encima. Con los ojos recorrí la habitación buscando algo con que pegarle.

—Bien, ya estás empezando a entender —dio un paso hacia mí y quedó a poco más de un metro de distancia—. Sentate, por favor, ponete cómodo —con el índice me indicó la silla que había estado usando hasta hacía un momento—. De lo único que se trata la vida es de interpretar correctamente el papel que se nos presenta en cada momento, ¿o no?

Descubrí que no podía pensar. Hacía mucho tiempo que no sentía miedo, este tipo de miedo, una vulnerabilidad completamente física. La situación me retrotrajo a mi última pelea en la primaria con un compañero también físicamente más grande que yo. De pronto recordaba estar pegándole en el estómago y sentir la frustración de no producirle ningún daño a pesar de mis denodados esfuerzos.

—Estás distraído —retomó Equis—. Debe ser la adrenalina, es una buena señal. Pero escucharme te sería más útil. La aptitud de un hombre, su adecuación, se mide por qué tan bien se adapta a sus circunstancias. En esto medimos inteligencia, medimos valor —Equis hablaba con una fluidez inédita que aumentó mi sensación de extrañeza—. ¿Qué es eso sino interpretar un papel, un rol? ¿Qué es ser "jefe" de alguien sino FINGIR ser jefe? Son todos papeles en el teatro de nuestras vidas. ¡Ya lo dijo Calderón de la Barca! "Sueña el rey que es rey…", ¿no? Quien entiende qué personaje le toca en cada momento determinado triunfa. Quien no lo entiende pierde.

Pensé que lo mejor era seguirle la corriente.

—¿Qué papel te gustaría que interprete yo, Equis?

—No me tomés por estúpido, por favor —se irritó—. No me estás escuchando. La sociedad valora a quienes mejor interpretan su papel, por eso idolatramos a actores y actrices, ¡son los adaptados supremos! ¡Actores entre actores! ¿Entendés lo que te estoy diciendo? —Equis no se movía. Las luces de colores que se alternaban sumaban un efecto de distopía tenebrosa con sombras cambiantes a su figura estática y encapuchada—. ¿Quiénes son los locos, los raros, los que no sirven? Los que no se adaptan, los que no CUMPLEN CON SU PAPEL —Equis enfatizó este último punto golpeándose la palma de la mano con su dedo índice—. De lo único que se trata la vida es de entender qué papel se nos exige interpretar en cada momento y de interpretarlo correctamente. La pregunta, entonces, es: ¿quién deberías ser vos ahora?

Me sentía atrapado y opté por quedarme quieto haciendo como

que pensaba. Intentaba que mis expresiones y músculos no delatasen lo que en verdad sucedía en mi interior. ¿O era preferible actuar aterrado?

—Por eso digo que, gracias a vos, entendí muchas cosas —retomó Equis prescindiendo de mi intervención, que de todas maneras no iba a llegar—. La gente como vos no sabe cómo es…

—¿Qué gente como yo, amigo? —le espeté con un nerviosismo indisimulable.

—Por favor —insistió cerniéndose sobre mí y apoyando una mano sobre mi hombro—, que sea el último de tus intentos de congraciarte conmigo. No somos amigos; somos algo mucho más fundamental en esta historia. Eso es lo que estoy tratando de decirte.

Se acercó aún más y me acarició la cara con dos dedos suaves que olían inesperadamente bien, perfumados, antes de volver a ubicarse delante de la puerta y retomar:

—La gente como vos, que vivió siempre en la luz, no sabe cómo es. Para ustedes ser queridos es algo natural, es lo normal. Ustedes han sido todos convencidos de su propio valor. Es loco que eso también sea una ilusión, ¿no? Lo único que en el fondo sostiene cualquier autoestima es una pequeña alucinación de importancia. Sin eso no hay psiquis que se sostenga.

A esa altura, yo medio escuchaba medio seguía buscando una línea de fuga. Uno de los monitores, pensé. Si era lo suficientemente rápido podía golpear a Equis con sus propios monitores y salir rajando. Pero tendría que arrancarlo de cables y destruir el prolijo seteo de los dispositivos, un estropicio indecible en ese espacio abarrotado, pero racional. Algo de todo eso me disuadió. Seguí escuchando.

—Yo soy un huérfano de propósito. El Náucrato es terrible si no se lo encuentra jamás, es una maldición. Yo encontré mi propio infierno entre los Buscadores, ¿sabés? Hasta que apareciste vos.

Por primera vez lo miré tratando de perforar la bolsa que llevaba en la cabeza. Me faltaba información visual para decodificar el mensaje.

—Todavía no entendés, ¿no? —preguntó Equis avanzando hacia mí.

Sin pensarlo, activado por un instinto que no sabía que tenía, manoteé una zapatilla con todos los tomas ocupados. Pero luego me freezé. No supe cómo llevar a término el impulso: mi propio temor me impidió elegir un camino violento.

—¡Basta, Equis! —exclamé simulando autoridad—. ¡Si seguís en esta joda te desenchufo todo!

—¿Eso? —de pronto Equis sonaba burlón—. Eso no es nada, es energía, nada se pierde todo se transforma —y, tras un suspiro sonoro —: Tirá lo que quieras, todo lo que hagas acelera el momento de todo

propósito —Equis levantó los brazos grandes como troncos de un árbol centenario y empezó a moverlos con exageración teatral, como actuando para una tribuna invisible—: ¡Oh, héroe en tu propia historia! ¿Seré yo tu león de Nemea? ¿Seré el Humbaba de este Gilgamesh? ¿Me honrarás al dejarme ser tu monstruo?

No parecía haber terminado pero no aguanté más: tiré de los cables de la zapatilla. Una placa de video voló al piso y Equis se me tiró encima. Trabados en un agarre grecorromano caímos en una pila de ropa (presumiblemente sucia). Mi espalda dio contra algo duro. Imaginé que podía ser tanto su cama como una silla o un cajón. Equis se reía a carcajadas y se notaba que disfrutaba de su superioridad física. Me tenía inmovilizado y no parecía costarle demasiado.

—¡Fuiste tan soberbio de dejarte engullir por propia voluntad! ¡Sin precauciones! Una confianza así sólo se obtiene por dos vías —gritaba Equis mientras me manoteaba la cara. No me golpeaba fuerte, quería restringirme. Era demasiado pesado y me sentía completamente inmovilizado—. ¡Dos vías! ¡Estupidez o toda la vida te repitieron que eras especial! —Equis rio frenéticamente y sosteniendo mi torso contra el piso con su brazo izquierdo se sacó la bolsa de la cabeza quedando a centímetros de mi cara. Hicimos contacto visual por primera vez y sentí terror. Las deformaciones en la cara del joven colorado que había visto en la foto del living habían avanzado hasta colonizar todo el rostro. Una barba roja discontinua disimulaba apenas el labio bífido abierto de par en par en una sonrisa de dientes amarillos. Las mejillas parecían poceadas o cortadas, y el ojo no desviado me miraba fijo entre porciones de pelo colorado y enrulado que caían desde una frente amplia—. ¡Al fin! ¡Ya no soy Equis! ¡Ahora soy Terrible! ¡Ahora soy Tragedia! ¡Ahora vivo para siempre en tu historia!

—¡SOLTAME HIJO DE PUTA!

Lo pateé con todas mis fuerzas pero era como estar debajo de un oso. Mis intentos no hacían mella. Con sus manos inmovilizaba las mías, con sus piernas, mis piernas. Sentía que estaba en una pesadilla. Podía oler su olor a transpiración por el esfuerzo y la tensión en un tipo de cercanía que me repelía porque me hacía sentir cosas para las que no tenía palabras.

—¡Bienvenido a tu calvario, héroe! ¿Quién serás ahora, “amigo”? ¿Quién sos cuando estás conmigo? Vos, que naciste para todo, ¿qué sos cuando estás conmigo, que nací para nada?

Y entonces, de la nada, empezó a cantar. ¿Estaba intentando hacerme cosquillas? Por un instante, aplastado debajo de su peso y completamente desorientado por la situación, sentí que Equis intentaba besarme.

—¿Dami? Dami, amor, ¿estás en casa?

Equis se incorporó con un movimiento elástico que no habría sospechado en alguien de su tamaño. Yo quedé tirado entre la ropa revuelta.

Sin decir una palabra, abrió la puerta, salió y cerró tras de sí con delicadeza. Mientras me incorporaba y trataba de organizar mis pensamientos, escuché el reclamo con total contundencia: “Me dijiste que no venías hasta las ocho, mamá”.

Salí de la habitación empapado en transpiración helada. Vi a la madre de Equis, la señora platinada de la foto, una corporización del barrio de Belgrano que me miró con una sonrisa pícara y me saludó con exageración.

—¡Ay, Dami! Nunca me avisás cuando vienen tus amigos. Otra vez jugando con las máscaras esas —y me guiñó un ojo.

Yo no entendía qué carajo estaba pasando pero tampoco quería averiguarlo. Lo único que necesitaba era salir de ahí y no ver a Equis nunca más en mi vida.

Recién entonces vi devuelta a Equis, que le hablaba a su mamá al oído. Se lo veía contrariado. La madre le tocaba el pecho y le pedía que se calmara. Vi mi propio reflejo en un espejo del living: estaba completamente despeinado y colorado de la agitación.

—¿Querés algo para tomar o comer? —me ofreció la señora.

—No, gracias, señora, ya me estaba yendo —llegué apenas a decir. Equis hizo silencio y se retiró a su habitación sin saludar ni decir nada más.

—Vos sos de su grupo de lectura, ¿no? El *Narcato*, habla siempre de eso. A mí me encanta, la verdad, y además no juzgo. Yo siempre fui cómplice de Damián. El tema era su padre. Viste cómo son los varones con algunas cosas, ¿no?

No sabía dónde meterme o qué contestar y sólo atiné a sonreír y asentí, mientras la adrenalina empezaba a aflojar, mi respiración volvía a ser regular y el bombeo de mi corazón se tranquilizaba.

—Mi marido murió hace unos años. Damián lo extraña; obviamente todos lo extrañamos, pero siempre supe que, una vez que muriese, Dami iba a estar más liberado, iba a poder ser un poco más él, ¿me entendés? Me da un poco de culpa decirlo, pero creo que de alguna manera la muerte del padre tuvo un efecto positivo para él. ¿Está mal pensar así? ¿Soy una mala persona?

Se quedó mirándome como tildada.

—Para nada, señora.

La madre de Equis me acompañó a la puerta de entrada. La saludé con un beso en la mejilla y me fui. Lo último que escuché fue cuán orgullosa estaba de su hijo. Me contó que estaba minando bitcoins

desde hacía un par de años y que con eso ganaba lo suficiente para mantenerla también a ella desde que enviudó. Damián era una suerte de genio de la programación y su madre me hablaba como si yo entendiera de lo que me hablaba. Y sí, yo lo entendía: Equis ganaba mucha más guita que yo.

Retazos del Náucrato

Horacio Funes Alterio

Empiezo este capítulo con una confesión: no he querido escribirlo.

No considero que su contenido sea estrictamente un "retazo" del Náucrato, y me resulta incómodamente personal. Su género pertenece más al chimento o rumor y roza, a mi juicio, la falta de decoro.

Me han convencido de que no incluirlo implicaría una omisión sospechosa, como esos temas terribles que por no nombrarlos se agigantan en tabú. Se me ha dicho, también, que más allá del conventillo deben existir verdades escondidas en lo que nos pasó y que no soy quién para negárselas a los ávidos Buscadores que componen nuestra comunidad.

No es un secreto para nadie que he seguido las enseñanzas del Cabrakan durante gran parte de mi vida; considero que lo sigo haciendo, aunque ya no cuente con su aprobación.

Prefiero reservarme las circunstancias en las que nos conocimos, cómo crecimos e incluso cómo nos quisimos para concentrarme en lo que creo que logramos, en lo importante.

Los albores de una juventud que en ese momento ignorábamos poseer nos enfrentaron a diferentes tipos de crisis espirituales. El Cabrakan, propenso a la angustia existencial y asediado por su propia ansiedad, competía con el resto de la especie calculando las edades y proezas de Alejandro Magno para medir el volumen de su ya inocultable fracaso. Yo, por mi parte, más tendiente al pensamiento circular y a las reflexiones de escasa aplicación práctica, me preguntaba sin demasiado éxito por qué estaba vivo.

Ambos encontramos en el otro el equilibrio. Él complementaba mi tendencia al inmovilismo y yo anclaba parte de su ansiedad sin cauce. Nos unimos con un Propósito: vencer al escepticismo.

Una madrugada, propiciada por amigos y desconocidos entrañables, nos dimos cuenta de que nos habíamos conocido por una razón, pero que esa razón precisaba trabajo para ser descubierta. Desde entonces nos dedicamos a investigar el motivo por el cual la providencia nos había juntado, actividad indistinguible de lo que muchos llaman "juntarse a perder el

tiempo" y la costumbre traduce en amistad, con la salvedad de que en nuestro caso lo hacíamos con la gravedad de quienes son conscientes de estar salvando el mundo (al menos el nuestro).

Me cuesta hoy recordar qué otras actividades ocupaban mi tiempo en ese entonces. Cuando recuerdo esos años todas mis ocupaciones me parecen una excusa para dedicarme a lo que verdaderamente me interesaba, que eran esos encuentros con el Cabrakan. Nos autodenominábamos "Buscadores" y perseguíamos La Verdad.

Algún bar de Caballito, las veredas del Parque Centenario o el pool de calle Corrientes eran las escenografías donde se exponía la cosmogonía común a la que pertenecían todas las mitologías y todas las religiones. Esos espacios eran nuestros templos, en los que lo sagrado se traficaba disfrazado de lo mundano.

Ambos estudiábamos mucho, por pasión genuina y porque lo que más deseábamos era impresionarnos mutuamente. Entre nosotros creció la más hermosa de las competencias, una de virtuosismo intelectual, sin pecar de pesadez o pedantería. No nos interesaba el rigor de la Academia o la precisión de nuestros hallazgos; sí entender por qué estábamos vivos y transmitirnos la emoción que nos generaba el encuentro con algún fragmento de infinito.

Unas cejas arqueadas, una exclamación, una risa aprobatoria eran suficientes para sentir que habíamos encontrado algo que valía la pena, ya fuera un epíteto homérico para el dueño del boliche o una confidencia de madrugada sobre la naturaleza del tiempo.

Justo es aclarar que no era lo único que hacíamos. Compartimos la que quizás sea la etapa más intensa en la vida de un hombre: cuando ha dejado de ser un niño pero aún no es exactamente un adulto, esos tiempos en que vivir consiste en probarse continuamente a uno mismo. Frecuentábamos la noche, pateábamos la calle, teníamos amoríos y cultivábamos anécdotas de todo tipo.

No recuerdo bien cuándo fue que aquella amistad mutó, cuándo los disfrutes de la espontaneidad y el ocio compartidos empezaron a requerir cierta estructura, protocolo y bibliografía, pero sí el momento de conciencia respecto del camino recorrido.

Habíamos compilado un registro de inspiración enciclopédica de nuestros intereses, libre, díscolo y desordenado, pero de un valor tan sustancial que a ambos nos

había cambiado la vida: un libro de los placeres. Poseer algo así y no compartirlo nos parecía pecaminoso y, conjeturo hoy, a la distancia, que fue esa misma vocación de compartir la que nos movió a crecer. Desconocíamos que ese mismo crecimiento arrasaría con la amistad que lo había propiciado.

Nuestros encuentros, que sucedían en todo tiempo y lugar, pasaron a concentrarse los días miércoles, los "días de reunión" en los que paulatinamente fuimos congregando a otros amigos y amigas notables atraídos por algunas de las hipótesis que un todavía joven Cabrakan era capaz de alcanzar a ciertas horas de la madrugada, en ciertos lugares y con ciertas combinaciones etílicas.

Llamaba mucho la atención, encandilaba. Producía un efecto casi gravitacional en la gente que atraía hasta el punto de la sumisión orbital.

Aquel llamamiento originario, si es que lo hubo, creció en sus pretensiones: el mero conocimiento y el hambre de Propósito ya no eran suficientes. Quisimos estudiar las religiones del mundo, los grandes relatos y nuestras propias historias para lograr componer una auténtica mitología de lo argentino.

En algún punto de este recorrido creímos poder sintetizar nuestra propia visión del mundo, describir nuestro planeta, observándolo desde el Río de la Plata.

Las mejores ideas, los mejores momentos, fueron fruto de esos tiempos. De hambre y entusiasmo, en los que la vida quedaba por delante. Tiempos de activa ensoñación con la suficiente fuerza de voluntad como para creer en la realización de los propios sueños. Creíamos estar cambiando el mundo semana a semana de a un hombre o mujer a la vez.

Recuerdo también algunos de los hermosos artefactos literarios del Cabrakan, que tuve el privilegio de leer y que jamás publicó por algo parecido al pudor. La carta de amor de un Capiango, su investigación sobre el Cthulhu de Mar del Plata o el evangelio apócrifo de Juan el Bautista… Ni cuentos ni ensayos, decía él, "artefactos".

Debe ser difícil de entender, imagino (lo está siendo, al menos, explicarlo) de qué tipo de entusiasmo hablo. Cualquier persona que se jacte de racional diría que lo que hacíamos era una forma de alucinación colectiva; un delirio en el que un grupo de amigos devenido secta creía con la firmeza de la fe que encontraría un núcleo de ideas capaces de alterar la realidad en su conjunto.

Se hablaba de los Buscadores como de un grupo de

intelectuales que, en principio, recopilaba verdades. Un rumor urbano según el cual jóvenes (y no tanto) sostenían en tertulias subterráneas interpretaciones conspiranoicas de la realidad nacional y, sin embargo, certeras, adecuadas, productivas. No faltaron quienes vieron en esto una declaración política y se acercaban intentando descifrar nuestra intencionalidad ideológica. La gran mayoría de estos salían eyectados al poco tiempo, frustrados por la imposibilidad de clasificar lo que sucedía en nuestros encuentros.

Aún hoy, a la distancia, sostengo sin cinismo que lo que hacíamos era sagrado. Era mucho más que político (aunque también lo era). Era mucho más que artístico (aunque también lo era). Era, en el mejor y más olvidado de los sentidos, espiritual. Tribal. Nos juntábamos a encontrar la justificación de por qué existíamos y la experiencia era transformadora.

Las reuniones podían arrancar con una confesión. Por ejemplo, un hombre casado expiaba la culpa que le daba serle infiel a su pareja y hablaba entre otros como no hablaba con nadie, se abría. Eso era después trabajado con la sofisticación chamánica de un artesano criollo por el Cabrakan, que traducía su dolor o su pecado en poesía y el infiel ya no era infiel sino Zeus tras Leda, incontenible y no por eso menos divino. Su tragedia era la del Hombre con mayúscula, el grupo entero era él.

Las reuniones también podían arrancar por algún evento coyuntural: una manifestación obrera reprimida o, por qué no, perseguida acorde a algunos de los difíciles tiempos que atravesamos. Recién cuando estábamos juntos entendíamos que lo que nos pasaba era una mutación intestinal de la patria, en la cual con trabajo y sufrimiento se estaba dando a luz a algo nuevo.

En paralelo a estos encuentros periódicos, crecía en derredor del Cabrakan una forma particular de la admiración: la del culto a la personalidad. Sería pecar de reduccionismo atribuir este fenómeno sólo a cierto histrionismo o talento actoral. La fascinación que producía en la gente tenía algo más antiguo en su raíz: un vestigio del poder de la oralidad que había recorrido cavernas y pasado por los salones reales de las cortes europeas de la mano de trovadores y juglares hasta llegar a nuestro presente.

Fue en alguna de estas jornadas que el Cabrakan nombró por primera vez el Náucrato. Fiel a su estilo, la mención pareció casual, como si el término hubiese estado siempre sobre la mesa. (Calculo que su intención habrá sido exactamente esa; en

rigor, el Náucrato estuvo desde el principio y no desde un momento en particular.)

Me explicó algunos pormenores de ese artefacto crucial y, aunque la distancia y nuestras discrepancias podrían inclinarme a exponerlo, creo necesario reservar algunos de los mecanismos de su composición preservando lo que fue una conversación de a dos y sin testigos.

Alcanza con decir que el Náucrato apareció (o se develó) como una compilación. El fruto de nuestras conversaciones, de nuestros desvelos, de nuestros intereses y hasta de algunos de nuestros íntimos anhelos. Una olla literaria al final del arcoíris donde todo lo que nos apasionaba y apasionó nos esperaba perfectamente encuadernado.

Ese Libro de los Libros tuvo un efecto multiplicador en el credo del Cabrakan. Y digo "del Cabrakan" y no "nuestro" porque sería injusto decir que me pertenecía: no era a mí a quien querían escuchar quienes se acercaban a los encuentros.

Las llamadas "Reuniones de los miércoles" empezaron a rotar de sede entre personas ávidas por poner a disposición su sociedad de fomento o centro cultural o fondo de bar para que el Cabrakan fuese a exponer o recitar algún apartado del elusivo Náucrato. Las sedes se transformaron en auditorios, los auditorios en salas de conferencias, y allí se tornaron ya indistinguibles de teatros, actos masivos y manifestaciones. Era una cuestión de multitudes.

A diferencia de lo que había sucedido al principio, aquellos días fueron acelerados. Como si hubiéramos entrado en un tubo acelerador, antes de que pudiera darme cuenta me encontré negociando precios de entradas y el reparto del borderó con las administraciones de los teatros, a la vez que filtraba los compromisos, entrevistas e invitaciones que llovían de todos lados para el Cabrakan. Sin haberlo decidido (o al menos sin haberlo charlado), lo que era una manera de compartir el tiempo y explorar nuestras curiosidades se transformó también en un medio de vida. En algún sentido empezamos a trabajar de Buscadores.

Y algo mutó en el interior del Cabrakan. Un fastidio empezó a ensombrecer lo que hasta entonces había sido una gran fascinación por vivir. En cada una de lo que ahora eran "presentaciones", exponía un pasaje del Náucrato citando directa o indirectamente la Letra de lo que los allí congregados se desesperaban por conocer.

Sus palabras hallaron el eco que necesitaban y quienes lo seguían encontraron una voz que los narrara, pero el Cabrakan

vivía esos días con una mezcla de recelo y sospecha. Celo y paranoia. Estaba convencido de que lo cagaban. Insistía hasta el hartazgo en corroborar una y otra vez los números de lo que fuera que hiciéramos. Tampoco toleraba del todo el *entourage* que se había armado a su alrededor. Creía que allí se tejía algún tipo de intrincada red para reemplazarlo y que estaba en peligro.

A la vez, mi trabajo también encontró su cauce natural. Desprovisto del carisma y la elocuencia de mi amigo, jamás tuve problemas para dedicarme a las dimensiones menos glamorosas del pequeño fenómeno de masas que empezábamos a configurar. Me dediqué a compilar lo que se decía en nuestros eventos, incluida su propia palabra. Esos registros eran indistinguibles de aquellos encuentros en los que, en soledad, habíamos propiciado todo esto que ahora crecía a nuestro alrededor.

Me transformé en un escriba, posición que me dio un lugar privilegiado para observar algunas de estas mutaciones en el alma del Cabrakan. Soy de los que creen que la vejez no nos modifica en nuestra esencia, sólo la devela o, en el mejor de los casos, perfecciona aquellas características con las que nacimos: yo no tenía ninguna duda de que el Cabrakan había nacido para hacer lo que hicimos en esos años, incluso si en el proceso parecía ir enloqueciendo.

Hablar frente a multitudes le salía de manera natural, como lo era para mí escribir su pensamiento. Recorrimos el país entero y hubo noches en las que pareció que lo que habíamos encontrado no tendría final. Éramos, en efecto, dos Buscadores que habían dado con su Verdad. Nuestra pasión, íntima, era ahora compartida por muchos. En algún sentido, habíamos logrado descifrar el código de la existencia, como si hubiéramos descubierto el truco de la vida, y el resto quisiera con desesperación tener acceso a la fórmula secreta.

Al Cabrakan se lo llamó “poeta” y “profeta”. En rigor, no hacía ninguna de las dos cosas: era incapaz de abandonarse a la libertad de la poesía y jamás le vi acertar una predicción, siquiera un resultado futbolístico. Sí es cierto que predicaba un evangelio propio y sin testigos: el Náucrato.

Algunos de los preceptos del Náucrato se reiteraban. De esa repetición surgían “principios” que, a su vez, devenían reglas. Mis anotaciones nunca cesaron y fui el primero en sorprenderse cuando empecé a descubrir que un cuerpo legible y ordenado tomaba forma en mis manos.

Los borradores se corrigieron y los cuadernos se

transformaron en capítulos. Un día, antes de una presentación del Cabrakan en un teatro de La Plata, quise sorprenderlo con un regalo: una copia impresa de *Aproximación al Náucrato*, el resultado de tres años de viajes, conferencias, presentaciones y charlas, compilado y editado por mí. Un regalo.

Recuerdo cómo lo sostuvo y hojeó superficialmente; me miró sin decir palabra y lo dejó en el iluminado estante del camarín donde hacía tiempo antes de salir a escena. Nuestra relación cambió para siempre ese día.

En algún sentido el Cabrakan despreciaba el mecanismo que lo exaltaba y sospechaba de las audiencias, de la celebración y del aplauso. Intuyo, a la distancia, que en la admiración veía una trampa: una prisión estimulante que restringía sus movimientos en la misma medida que lo hacía dependiente de sus comodidades. La tensión entre necesidad y desprecio con el fenómeno que generaba de alguna manera empezó a encontrar su proyección natural en nuestro propio vínculo. Lo que era trabajo se transformó en tortura y lo que había sido amistad, en etiqueta. El Cabrakan me despreciaba y comenzó a maltratarme impunemente. Frente a quienes antes me presentaba como "la persona más inteligente que conozco", ahora disfrutaba tratándome de parásito.

Recuerdo una noche en particular en la que fuimos a brindar después de una presentación en Escobar y el Cabrakan me apartó del grupo con fuerza en un momento de la madrugada. Me miró a los ojos y me preguntó si yo pensaba que él era un "gil". Desconcertado frente a mi silencio rio y dijo que me faltaban pelotas para hacer lo que quería hacer, que él se daba cuenta de lo que estaba intentando con mis "libritos" y anotaciones. Me dijo también que había mucho que yo ignoraba y él no podía decirme, que el Náucrato era también terrible y una cruz y una condena, pero que jamás permitiría a otro cargar con lo que era de él. Todavía veo sus ojos esa noche, tan tristes como encolerizados.

Llegué a odiar a mi amigo. Lo odiaba con la vehemencia que sólo da el haber amado antes.

El resto de nuestra ya desarrollada comunidad permanecía ajena a este rencor creciente. Atribuyo esto a algo parecido a un "sentido de responsabilidad" que pesaba tanto sobre el Cabrakan como sobre mí, una especie de distorsión de nuestros roles que nos hacía sentir que lo que habíamos logrado era más importante que nuestros propios desacuerdos. Éramos una secta atravesando una crisis matrimonial de gran envergadura.

Lejos de amenizar nuestro íntimo calvario, la apariencia de

bienestar sólo aceleró los procesos: alentado por nuestros más antiguos compañeros, decidí publicar algunas de las compilaciones más recientes que había hecho. Unos Buscadores pusieron su imprenta a disposición para una primera tirada de lo que terminarían siendo las *Confesiones del Cabrakan*.

Aquel volumen fue la última puñalada en una relación ya caduca. Dejamos de vernos y la comunidad entera se fraccionó como coletazo lógico de nuestro cisma.

Fui acusado de hereje, de traidor, de egoísta, de cobarde. Fui también "expulsado" de la comunidad de Buscadores.

Desde mi solitaria y personal llanura, decidí seguir trabajando por y para el Náucrato. No pretendo camuflar esta decisión como magnanimidad o altruismo: el rencor fue su motor. El rencor del despreciado, del injustamente expulsado, del paria, del negado. No miente el Cabrakan cuando habla del despecho en mis obras; miente en todo lo demás.

Jamás he faltado a la verdad ni en una coma de mis libros. No he cometido error en cita alguna y las interpretaciones no pueden ser erróneas en tanto me pertenecen, como también me pertenecen esos años, le moleste a quien le moleste.

El tiempo pasó, el Cabrakan desapareció y su legado entró en la deriva que ya todos conocemos. La distancia, por su parte, ha medrado mis viejos rencores y ahora que escribo esto veo con cierto cariño incluso algunos de sus más caprichosos desplantes.

Hace años que no escribo desde el rencor, sino motivado por la certeza de que esos tiempos que compartimos no fueron en vano ni banales y con la esperanza de que estas palabras encuentren a quien les dará sentido. De alguna manera, escribo para poder seguir hablando con ese que fui, esos que fuimos.

El Cabrakan ha sido el creador, fundador e impulsor de algo más grande que él mismo. Cumplió el anhelo de toda su vida: la trascendencia.

No tiene derecho a enojarse con los frutos de su propia obra. Su trabajo ha sido tan eficaz, y su impacto tan grande, que su obra ya no le pertenece.

Esto, que debería ser fuente de orgullo, de felicidad, fue sin embargo su condena: lograr lo que pretende es siempre aterrador para el hombre. Muy a su pesar, *realizó su Náucrato*.

No toleró la ampliación de su propio credo, la expansión de sus ideas y el —por definición— incontrolable destino de su impacto en los demás.

Y si bien hace años que no hablo con él y que lo que fue nuestra relación parece pertenecer hoy a otros hombres y otros

tiempos, tengo la secreta esperanza de que alguna de estas líneas lo alcance, donde quiera que se encuentre. A él y sólo a él me gustaría decirle:

Viejo amigo, yo también te extraño.

10
San Miguel Bueno, vivo

—¿Cómo no va a existir Dios si te lo podés cuestionar?

La idea en boca de Horacio cobraba algo de ominoso, tal vez porque nos encontrábamos entre los bancos de la parroquia Santa Lucía. Esta vez había sido yo quien le había mandado un mail ya entrada la noche, pero fue él quien propuso que nos encontráramos en una iglesia.

No objeté la locación. A esta altura ya estaba sometido a los designios de los Buscadores y, a juzgar por los hechos recientes, incluso había sido sometido en forma literal. Algo en mí me decía que la búsqueda había llegado a su fin. Había tocado mi propio techo y el narrador circular que vivía en mí quiso "cerrar esto como había empezado": hablando con la primera persona que había entendido que, aunque yo lo ignorase, estaba buscando algo, es decir, el viejo apergaminado de aquel primer encuentro de los Buscadores de la Verdad.

Mi mail fue breve, conciso y hasta puede que con un leve dejo de fastidio debido al desafío físico que Equis me había impuesto ese mismo día más temprano por la tarde. Me limité a comunicarle que creía haber terminado mi travesía, que le agradecía el puntapié inicial y que, de hecho, tenía razón; que supo despertar en mí un hambre dormida y que, cuando nos habíamos cruzado, yo era un hombre resignado que había abandonado la esperanza de entusiasmarse con la vida, que había aceptado los avatares de lo que creía la adultez pero que ahora, gracias a ellos, había descubierto que mi resignación no era tal. Que en lo más hondo de mí no sólo quería creer, sino que quería *buscar*. Lamentaba, entonces, concluir lo que él había generosamente iniciado con el resultado devastador de no haber encontrado nada.

Su respuesta fue una fecha, una hora y una dirección. Ese día era hoy y el lugar, esta parroquia pequeña sobre la calle Gascón. Un solo recinto, paredes blancas y poca ornamentación; una versión modesta y casi ejecutiva de aquellos observatorios del infinito que supo describir Victor Hugo.

—Perdón —le contesté, tomándome unos momentos para pensar en su pregunta. Estábamos sentados uno junto al otro en el mismo banco de madera y me resultaba incómodo hablarle de costado. Él miraba siempre hacia adelante. Había venido de punta en blanco, vestido de gala para la ocasión con el mismo tipo de indumentaria que le vi aquella primera vez. Ya no tenía peluca ni dormía—, no entiendo. ¿Cómo cómo no va a existir si uno puede plantearse la pregunta? Decís que…

—La sola idea de la pregunta enuncia que existe —me interrumpió sin mirarme—. Que uno, que vos, que yo, acá, en Buenos Aires, en una

parroquia entre Gascón y Honduras, tengamos una conversación sobre Dios y dudemos de su existencia es la forma completa del milagro. ¿Cómo no va a existir si, justamente, te lo podés preguntar? Si se te ocurre, si dudás de su existencia, si lo concebís… Hay un rezo acá, no sé si sigue estando, a Santa Lucía… Era un ploteo de plástico medio mal impreso colgado en la pared, que es por supuesto una de las formas predilectas de expresión de Dios. Lo mal hecho, digo.

Busqué en torno con la mirada. No vi nada colgado.

—Santa Lucía se llama esta parroquia —siguió el viejo—. Lucía de Siracusa, la de suprema castidad, el supremo sacrificio, una convicción por encima de la reproducción de la vida y seguro de la felicidad. Nótese el enorme esfuerzo intelectual que conlleva todo lo que nombro —se rascó la pera en la que nacía una barba desprolija y pareció hacer un esfuerzo por recordar—. "Santa Lucía ya que tu nombre significa Luz", algo así era. Debe estar en la entrada, después vemos si lo encontramos, "te pedimos también la salud de nuestros ojos, para que, usando de ellos, nunca perdamos de vista nuestra salvación". "Usando de ellos", "la salud de nuestros ojos" —repitió.

El viejo me miró, ahora sí de frente, buscando una complicidad que evidentemente yo no le estaba dando. Sus ojos claros arremangados en párpado volvieron al frente al no encontrar en mí el reflejo que buscaban.

—Sos medio lerdo vos, nene, todavía. Pensé que a esta altura ya ibas a entender más por dónde va la cosa.

Me reí. No porque fuera gracioso, sino porque había aprendido a disfrutar realmente de los Buscadores, de su sentido teatral, de sus misterios. Me di cuenta de que los iba a extrañar cuando volviera a copiar y pegar notas de otros portales para cubrir noticias que no me interesaban en lo más mínimo.

—Hace un par de días casi me asfixia un pibe con una bolsa en la cabeza, viejo. Si algo está claro en todo esto es que no sé por dónde va la cosa.

Ahora lo hice reír a él.

—Nos contó Pedro en la reunión. Equis faltó. Pobre pibe, no es malo, sólo es… particular. Igual Pedro dijo que habló con él y se está tomando unos días para reflexionar. Sigue convencido de que lo que hizo fue "narrativamente necesario". Sus palabras.

—Si fuera por mí, me hubiera quedado con la dimensión estrictamente simbólica de sus aportes.

—¿Con ellos tampoco la ves? —me preguntó todavía entre risas—. ¿No ves lo que hace Pedro?

—Claro que lo veo —le dije, algo molesto por lo que me pareció un tono innecesariamente burlón—. Los contiene. Pedro es un amor, es una buena persona. Imagino que él también debe sentirse útil

haciendo eso y…, no sé, los quiere, los cuida.

—Para vos, ¿Pedro cree? —me interrumpió el viejo.

—¿En qué?

—En que hace más de treinta años un argentino descubrió el sentido de la vida en un libro secreto al que sólo él tiene acceso y que nadie más puede ver.

—No, no… —respondí con un dejo de fastidio. Incluso sin saber por qué, mi respuesta me decepcionaba. Hubiera querido responder que sí, que Pedro, que todos los Buscadores, que incluso yo mismo creíamos de verdad en la existencia de un evangelio tan secreto como rioplatense.

—Por supuesto que no cree eso —dijo el viejo—. ¡¿Y entonces?!

—Y entonces nada —respondí exasperado, comprendiendo que estaba llegando al centro de mi propia frustración, al final de mi historia—. Ya está. ¿Qué más hay que decir? Es un hobby. Se juntan a debatir de mitología como otros juegan al pádel. Ya está, por eso hay que saber soltar, por eso terminé mis crónicas y por eso te escribí.

—Tus crónicas recién están empezando —me dijo clavando sus ojos en los míos, con algo que sentí vagamente amenazante—. Y si para algo no me escribiste es para terminar. Me escribiste para hacerme la misma pregunta que vos no querés responder.

—¿Cuál?

—Si yo creo.

—¿Creés?

—No.

—¡¿Y entonces?! —grité insospechadamente fuera de mí. No había nadie más que nosotros dos en el lugar pero algo de gritar en una iglesia vacía se me hizo exagerado y me invadió una sensación de vergüenza—. ¡Me acabás de decir que cómo que Dios no va a existir si…!

—No hay mayor acto de fe que creer como decisión.

Me quedé mudo. El viejo esperó, haciendo propio mi silencio.

—Esa fue siempre una linda discusión con el Cabrakan, ¿sabés? La llamada "vía racional a la fe". Él la creía casi profana. Según él, creer era un acto espontáneo reservado a la revelación, la epifanía y la santidad. Una luz enceguecedora camino a Damasco y nada más. Decía que el resto estábamos condenados a ser escribas y fariseos, traficantes de frases, que Dios (el verdadero) le está reservado a los locos. Yo, naturalmente, difiero. Creo que la espiritualidad está hecha tanto de revelación como de tedioso esfuerzo. Pedro es justamente un santo *porque* no cree.

La confesión como al pasar de que el viejo discutía cosas con el Cabrakan me descolocó. Si me hubiera dicho que él accedía a Dios porque estaba loco me hubiera sorprendido menos.

—Pero… ¿cómo? ¿Conociste al Cabrakan?

—Es justamente en el escepticismo que más vale la fe. ¿Vos creés que Dios visitó personalmente a todos sus fieles? ¿Creés que este mismo lugar fue construido por devotos iluminados que fueron instruidos por algún arcángel para levantar piedra sobre piedra o que algún representante del arzobispado negoció la distribución de la recaudación porcentual para meter una parroquia en el barrio? Mi fe fue, es y será una religiosidad en conflicto. Imperfecta y difícil, como todo lo que es justamente verdadero. Al Cabrakan le gustaban más las ideas que las personas y más las fantasías que las realidades. La realidad es siempre más complicada. Dios está especialmente cuando se lo abandona porque ahí se hace necesario. ¿Por qué sigue peleándola la persona que ha perdido todo, el derrotado, el que no tiene ni alivio ni consuelo? ¿Por otro, por los demás, por los que lo rodean, por amor, por responsabilidad? Esos son los distintos nombres de Dios: fuerza vital, impulso para seguir adelante. ¿Qué hace Pedro organizando esas reuniones de delirantes, distribuyendo tareas entre parias y perdidos? Da sentido, ordena el Universo.

—¿Incluso si no cree?

—¡Especialmente si no cree! ¿Qué es creer? Ante todo, asumir una posición: la esperanza irreductible de que algo de todo esto vale la pena. Es no abandonar jamás la certeza de que en el absurdo que es existir, en el sinsentido, frente a la muerte, el dolor o la miseria hay algo que vale la pena. Ahora imaginate el tamaño de ese esfuerzo si no contás siquiera con el alivio metafísico de creer. De creer en su sentido más hondo, de volver, después de un día de arduo trabajo, y encontrarte a Dios en el living de tu casa alcanzándote un mate y diciéndote: “Tranquilo que soy real, ¿eh? Vos seguí, que vas bien”. No. Creer no es cosa de locos; creer es la más difícil, la más tediosa, la más exigente de las tareas de existir. Creer es un esfuerzo enorme y justamente por eso es divino. El Cabrakan se equivocaba y, además, lo sabía. Discutía para hinchar las pelotas nomás.

Me sentí tentado a volver sobre la naturaleza de su relación, pero entendí que mi pregunta anterior había sido perfectamente escuchada e ignorada.

—Uno no tiene tanto para resolver en la vida, ¿sabés? —retomó en seguida con otro tono—. Cada existencia tiene dos, a lo sumo tres problemas elementales con los que estamos condenados a reencontrarnos una y otra vez. Después el destino o las catacumbas de nuestra psiquis nos cruzan con las personas que resultan instrumentos perfectos para esto. Loco, ¿no? ¿A quién no le pasó? La gente anda por la vida preguntándose: “No puede ser, ¿por qué a mí, por qué a mí? ¿Quién me mandó a repetir este ciclo, a engancharme con una desquiciada, a pelearme con este amigo…?”. Funciona al revés: uno

necesita precisamente eso, el problema que queremos evitar reaparecerá y la persona que buscamos evitar reaparecerá, en otra carne o en otra piel o en un recuerdo, pero reaparecerá hasta que hayamos resuelto lo que sea que necesitemos resolver.

Creí entender.

—¿El Cabrakan? —pregunté a riesgo de pecar de reiteración o estupidez.

—El Cabrakan, sí… Ni siquiera son distintas personas en rigor, ¿sabés? Uno se encuentra una y otra vez con la misma persona, vehículos de nuestro propio destino, aceleradores, como Equis tirándose encima tuyo, que reaparecerán hasta que el nudo sea desatado, la situación superada o la obra creada. Lo que más te guste o *quieras* creer.

—Por favor te pido: que no se me vuelva a tirar un oso encima e intente asfixiarme.

El viejo resopló, pero ya no reía.

—No, no. Nuestro Equis es bastante literal, incluso en sus metáforas —el viejo me volvió a mirar. Parecía haber tristeza ahora en sus ojos o un poco de cansancio. Me apoyó una mano en la rodilla—. Vos todavía no encontraste lo que estás buscando. Espero que lo entiendas cuando vayas para allá.

—¿A dónde? —pregunté completamente desconcertado.

—Te vas para Uruguay, vas a conocer al Cabrakan.

La emoción que me produjeron sus palabras debe haber sido muy evidente porque sonrió casi con ternura. Por más obvio que parezca ahora, no había siquiera concebido la posibilidad de que estuviera vivo; menos, de conocerlo mientras escribía sobre él y acerca de todo lo que había generado.

—Supongo que yo también necesitaba eso de vos —continuó el viejo—. Aunque no lo sepas, fue con lo que me enfrentaste, algo que venía esquivando hacía ya demasiados años.

—No entiendo —alcancé a balbucear.

—Le escribí cuando me escribiste. Dijo que te iba a recibir por un solo motivo.

—¿Cuál?

—Que vas de parte de Horacio.

La devoción está hecha de la misma sustancia que el más visceral de los rechazos. Es intuitiva, se siente primero y se razona después. Uno encuentra los motivos por los que ama después de amar. ¡Cómo si se necesitasen motivos para sentir! ¡Cómo si se debiera rendir cuentas del sentimiento! Para odiar, querer, gustar.

La razón corre fatalmente desde atrás, llega tarde, nos explica lo que nos pasaba cuando ya no hay nada que podamos hacer con eso.

Pensar es un noble instrumento, pero he visto a las almas más hermosas sacrificadas en el altar de la razón. En la Era de la Razón, el sentir debe ser defendido con pasión.

El culto a la razón hace apóstoles a intelectuales deprimidos que guían nuestras sociedades al suicidio colectivo del espíritu.

¡Se debe proteger a los ídolos del balanceado escrutinio de los racionales! ¡Se debe proteger a la poesía!

Tal vez esta sea la más sagrada de las batallas, quizás la única que merezca ser librada.

Como si alguien supiera por qué late su corazón.

Es frente a la misma zarza ardiente en el desierto que unos se harán profetas y otros se descubrirán bomberos.

HORACIO FUNES ALTERIO,
Confesiones del Cabrakan

11
Rubicón plateado

El área de estacionamiento del Buquebus parecía una nave espacial y no pude evitar sentir que lo que estaba haciendo no tenía sentido.

"Es trabajo", me repetía a mí mismo para calmarme mientras ponía el freno de mano en el Clio y lo dejaba en cambio tal como me había indicado el personal de la compañía, pero sabía que era mentira. Hacía tiempo que mi búsqueda del Náucrato era mucho más que trabajo.

Estaba viajando a Montevideo de improviso sobre fin de año. No tenía un mango y sin embargo me embarcaba hacia un encuentro con una especie de sabio rioplatense con la esperanza de que me diera un final a la altura de las expectativas que mis propias crónicas me habían generado.

Me di cuenta de que escribir sobre el Náucrato bien podía ser lo más importante que hubiera realizado y temí, mientras miraba esas paredes recubiertas de ¿aluminio? ¿plástico?, que todo eso no fuera más que una enorme evasión de mi propia vida. Acomodé el auto que me había prestado Ezequiel según las indicaciones del laburante del barco y reparé en que jamás había hecho esto antes: ni tomar el Buquebus ni viajar a Uruguay.

Si bien nunca estuvieron más contentos en el portal donde trabajaba que con mis entregas sobre el Náucrato, mi sueldo no se había modificado y el ritmo propio de la inflación ya había destruido lo que a principios de año parecía una guita bien, respetable. De hecho, los gastos del viaje, mi estadía en Uruguay y los pasajes corrían por mi cuenta y el balance de mi mes era directamente negativo. Pensé de qué carajo valía entonces haber ganado algo de notoriedad, si seguía siendo igual de pobre y encima expuesto a la bronca y la saña de otros anónimos. Había perdido la mañana leyendo una durísima reseña de una colega, cuyas críticas solían apasionarme, que vaticinaba mi inevitable caída en cuanto se apagara la "fiebre del Náucrato" y la gente descubriera que su autor —o sea, yo— "colgado de la fama menguante de un fenómeno antiguo" en realidad no sabía escribir.

Mi jefe me comunicó que le habría encantado financiar el viaje pero que no tenía cómo solventarlo, sobre todo a la luz de los "últimos acontecimientos", que obviamente no importaban: en Argentina (o al menos en *mi* Argentina) siempre existía un último evento que hacía imposible cualquier plan. Cuando mandé el mail con la consulta sabía que volvería una negativa. Aun así, lo envié por protocolo y para anotarme un poroto en una hipotética y necesaria negociación salarial de cara al año entrante, si es que había año entrante.

No iba a Uruguay por laburo, aunque técnicamente fuese cierto

que era por laburo que estaba haciendo ese viaje.

Mientras subía las escaleras hacia la cubierta de Clase Turista pensé en mi ex. No en ella concretamente, sino en lo que representaba para mí. Una versión alternativa de mí estaba conviviendo con ella, esperando un hijo y encarando los desafíos del existir de a dos. En secreto teníamos miedo, pero no permitíamos que nuestros temores tocaran la superficie. Nos mostrábamos fuertes el uno para el otro.

Murmuré: "Qué cagón soy" y me senté en una butaca al lado de una de las ventanas. Sabía que me era más fácil embarcarme en una aventura personal para conocer a un sabio turbio, olvidado o secreto y descubrir en eso el sentido de los pasos que me habían llevado hasta ese punto exacto que afrontar los mucho más reales peligros de una vida "de verdad".

Y, de todas formas, ¿qué era una vida "de verdad"?, me pregunté en silencio mirando las olas del río, ¿lo que tiene mi amigo Ezequiel: una familia, obligaciones, responsabilidades? ¿Lo que tuvieron mis viejos, quizás? ¿Y qué carajo tuvieron mis viejos? Se casaron sin pensarlo y vivieron, resolviendo más que existiendo. ¿Eso es vivir "de verdad"?

Me imaginé lo que debían haber sido los años luminosos del Cabrakan y los Buscadores. Quizás el Cabrakan sí había tenido una vida "de verdad". Para Pedro o Claudia debía haber encarnado el epítome de la adultez y, sin embargo, no podía haber tenido mucho más de treinta años.

Quiero decir: se trataba objetivamente de un adulto pero ¿qué tan distinto podría haberse sentido de como me sentía yo, embarcado en un viaje financieramente insostenible para encontrar verdades en Uruguay? En su interior, ¿dudaría el Cabrakan? Mientras les recitaba fragmentos del Náucrato a multitudes de personas que buscaban un Propósito, ¿se sentiría un estafador o contaba con la certeza de los predicadores, el blindaje moral de los cínicos y criminales?

Existía también otra posibilidad, una que me avergonzaba reconocer: que fuese todo cierto. Esa leve posibilidad me mortificaba y esperanzaba en partes iguales. Incluso racionalmente me veía obligado a no despejar la variable del todo, aunque no pudiera creerla, pero ¿y si de verdad había encontrado el Libro Sagrado?

Por más remota que fuese esta posibilidad, parecía la única capaz de dotarlo de la seguridad necesaria para encarar una vida predicando a sala llena en una gira permanente sin que se le moviera un pelo. ¿De qué otra manera podía escapar de las mismas dudas que me atormentaban a mí?

Si el Cabrakan de entonces, joven y en la cresta de la ola, se hubiera apersonado y se hubiera sentado frente a mí en ese mismo barco, ¿no estaría atravesado por las mismas dudas e incertidumbres

que yo? ¿No dudaría de su propia vida como lo hacía yo de la mía?

O yo estaba condenado a un pensamiento nervioso y a sucumbir bajo una montaña de inseguridades que rozaban lo patológico o uno de los dos había encontrado un Libro Sagrado. La segunda posibilidad, por más remota que me resultase, era más satisfactoria para mi autoestima.

Miré de reojo el celular pero no quería revisarlo. Las redes sociales se habían transformado en espacios hostiles para mi creatividad: un mejunje de halago desproporcionado y crítica maliciosa hacia mi trabajo había terminado por distorsionar mi propio juicio y hacerme dudar de su calidad. Cada vez que publicaba nuevas entregas de mis crónicas me era difícil evitar la tentación de contestar, incluso en un código lleno de distancia e ironía, a las bardeadas o salir a defender lo que hacía frente a las expectativas incumplidas de un público cada vez más complejo de entender. Desde mi anterior irrelevancia jamás había imaginado lo difícil que podía ser escribir con público, para un público, incluso si ese público era una suerte de entidad digital incorpórea y difusa.

Era la primera vez que sentía la presión por un trabajo con fechas de entrega en el que, con cada semana que pasaba, cada entrega se volvía progresivamente más difícil de escribir que la anterior. Sentado junto a la ventana, tranquilo y ensimismado, me bajó de pronto por primera vez todo el cansancio del proceso que había arrancado con la publicación del primer artículo acerca de los Buscadores y, nuevamente, pensé en el Cabrakan expuesto a niveles de estímulo, juicios ajenos y expectativas de terceros y cuartos que yo no podía siquiera imaginar.

Quizás las críticas hacia mi trabajo tenían un punto. Yo no sentía que en las crónicas estuviera escribiendo diferente a como lo había hecho antes. Sólo había cambiado de tema. Y, a través de él, había entrado en contacto con una comunidad lo suficientemente reactiva como para amplificar de manera casi demencial todo lo que se refería a ella.

¿O era que el poder del Libro Sagrado era tal que apenas rozarlo, apenas mencionarlo, con sólo evocarlo se explicaban los niveles de notoriedad que estaba alcanzando, impensables apenas unos años atrás? ¿Quizás justamente en esto consistía el Náucrato?

Unos días antes había tenido una pesadilla: yo era un autor de renombre, publicaba libros y daba conferencias por todo el país. Al llegar a mi casa después de una larga jornada de celebraciones en mi honor, el espejo del baño me devolvía un rostro que no era el mío, sino el del Cabrakan, que me miraba impertérrito. Yo me tocaba la cara horrorizado de ser otro y además, y sobre todo, de haber envejecido sin darme cuenta.

Lo hablé con Pedro, quien a esta altura era algo parecido a un amigo. Con su habitual pragmatismo me dijo: “Tenés miedo de que tu éxito no te pertenezca. Tenés miedo de ser un impostor”.

Sea cual fuese el motivo, cada día reforzaba la necesidad de hablar con ese gigantesco punto de convergencia en que se había transformado el Cabrakan para mí, para mi historia.

Sabía que me iba a recibir por vanidad. Después de todo, era imposible que mis crónicas no le hubiesen llegado. Semana a semana acumulaban lectores, cosa que mostraba el interés de una comunidad que lo tenía a él como epicentro. Supongo que, por más viejo huraño que fuera, el ego siempre está, y tener a alguien que te mate la soledad aunque sea por un rato podía ser una distracción tan válida como cualquier otra.

Vi una fila frente a la barra principal donde la gente pedía gaseosas, cafés y sanguchitos. Los precios se charlaban en dólares.

¿Y si el tipo realmente había encontrado el sentido de la existencia? Mientras mis ojos parecían hipnotizados por el oleaje calmo del Río de la Plata, mi mente volvía una y otra vez sobre este punto. No en el sentido concreto de “Libro Sagrado”, sino de un “porqué”, de una manera de honrar esto que llamamos “vivir”. En el sentido de un sentido.

De pronto me pareció que no había manera de lograr lo que él había logrado sin algún contacto con ese “otro lado” que algunos llaman “religión” y otros, “arte”. Generaciones enteras de personas, personas que ni siquiera habían llegado a conocerlo y, sin embargo, dedicaban parte importante de sus vidas a juntarse a estudiar algunos de sus postulados y a evangelizar a los no iniciados en los misterios de su palabra. ¿No hay que tener algo de santo para fundar un credo?

Me daba cuenta de que había llegado a admirarlo por haber logrado lo que yo, en algún momento de mi adolescencia, e incluso en mi niñez, había anhelado cuando recortaba fotos de escritores, actores de Hollywood y líderes revolucionarios y las pegaba en la pared de mi habitación. ¿Qué había detrás de ese impulso sin reflexión? ¿Admiración? ¿Aspiración?

El Cabrakan, a esta altura, era también un fetiche porque, a pesar de haber escrito sobre los Buscadores durante meses, en rigor no sabía nada de la persona que había propiciado un culto a su alrededor. Nadie sabía. Todo eran dichos de dichos, chismes, murmullos, una malla de palabras imposible de penetrar.

La gente, ahora sí, se acomodaba en sus asientos. Habían dejado de entrar nuevos pasajeros y, por algún motivo, en mi mesa no había nadie más. Noté que la mayoría se ubicaba en unos pasillos en los que había unos sillones acolchonados en fila. Dudé de si estaba bien ubicado o me tenía que reubicar, pero me importó poco. Me sentía

cansado y preferí seguir con la cabeza apoyada contra la ventana, tomando un poco del sol tibio que filtraban los vidrios de la embarcación.

Nadie sabía qué hacía en la actualidad el Cabrakan, por qué estaba en Uruguay, si tenía o no familia, si algo de todo lo que había pasado con él le importaba o no podía chuparle más un huevo. No se sabía nada sobre su presente. La mayoría ni siquiera sospechaba que seguía vivo. El Cabrakan se cernía sobre mis crónicas como un punto ciego, una mancha oscura cada vez más insoportable que se expandía desde el centro de mi relato, un agujero negro que atraía todo hacia sí y lo devoraba.

También por eso viajaba a Uruguay: por una obsesión que necesitaba llevar a algún puerto, porque no sólo esperaba encontrar un sentido: tenía la esperanza de encontrar *mi* sentido, ese que retroactivamente justificase el tiempo invertido, el esfuerzo, las dudas… La conclusión de mi historia.

Viajaba tratando de dar con un final a la altura de lo que había sido el viaje. Un final para mis crónicas, para mi propia búsqueda y, acaso también, para esa etapa insoportable de mi vida en la que todo el tiempo me encontraba preguntándome qué carajo quería hacer, si había tomado las decisiones correctas, si no habría sido más feliz de otras maneras, como padre, como pareja, como escritor de libros de autoayuda.

¿Acaso los demás sabían lo que estaban haciendo? Miré por encima de mi hombro. El barco había empezado a moverse y avanzaba despacio y estable como si el río fuese una superficie firme y se deslizara sobre ruedas. ¿No estaban todos, en el fondo, fingiendo que sabían lo que hacían? ¿Quién podía afirmar que mi ex sabía lo que hacía al querer hijos y yo no? ¿Por qué eso no cuenta como delirio y sí lo es viajar tras un profeta criollo confiando en que tendrá las respuestas que uno busca, incluso aunque uno no sepa bien cuáles son las preguntas?

No pude evitar reír para mí mismo de lo absurdo del planteo. Me di cuenta de que era una frase que me habría gustado decirle a ella.

Era más que laburo lo que hacía, pero no dejaba de ser laburo y eso en algún punto tranquilizó mi hilo de pensamiento. Era importante que sea lo que fuere que estuviera haciendo también fuera trabajo.

Una pareja de extranjeros me preguntó en un español rudimentario si los asientos a mi lado estaban ocupados. Dije que no y los invité a sentarse con exagerada amabilidad. Parecían nórdicos, gente de piel pálida y sociedades sin problemas macroeconómicos tendientes al suicidio. No, no había forma de que ellos supieran lo que estaban haciendo.

Disfrazado de trabajo, camuflado tras una excusa socialmente aceptable y explicable a mis amigos y familia, buscaba un motivo para seguir vivo de la forma en que lo venía haciendo desde que tengo uso de razón: leyendo. Por eso, y por ningún otro motivo, ahora escribía.

Más veces de las que podía recordar un libro me había salvado. A menudo alcanzaba con ser una mera distracción en un momento difícil, pero otras alguna historia había inspirado una mejor versión de mí mismo, me había dado impulso. Durante gran parte de mi niñez busqué entre libros a mis amigos y en las jornadas turbulentas de la adolescencia también un Propósito. En ellos encontré sueños y compañía. Por eso escribía y por eso seguía intentándolo, porque sabía que valía la pena y quería que valiera la pena también para otros.

Mis crónicas eran eso: una excusa que había crecido como una flor en medio de mi pantanoso trabajo. Cuando ya me había resignado a que mi escritura estuviera dictada por el orden de las noticias del día, apareció la posibilidad de algo verdadero en ese mismo lugar en el que el arte había sido vencido por el peso de la rutina.

Escribir sobre el Náucrato fue animarme a escribir “de verdad”. Nunca antes me había atrevido a exponerme tanto, desnudar mi alma, mostrar realmente lo que creía que era lo mejor de mí. En términos de los Buscadores, atreverme a alcanzar lo elemental, ¡o al menos intentarlo! Eso era lo que el Cabrakan, incluso ausente, había logrado conmigo y por eso iba a buscarlo: para saber cómo, para entender qué me faltaba, para imitarlo; en definitiva, para sobrevivir.

Retazos del Náucrato

Horacio Funes Alterio

Es menester ser contundentes y no andarse con atenuantes. Tal es la carga de la Verdad que hemos develado desde el sur del planeta: del Río de la Plata ha brotado el sentido de la vida y ha sido el Cabrakan quien lo ha interpretado y traducido.

¿Cuál es el sentido de la vida? Sencillo: realizar el Náucrato.

¿Qué es el Náucrato? Es una e infinitas cosas.

Una: es la pieza literaria más poderosa que jamás existió. Un libro del cual existe una sola copia y en cuyas páginas se encuentra todo lo cognoscible: la síntesis de la sabiduría del hombre en su breve paso por el existir.

Un texto tan poderoso que no permite ser duplicado, copiado, imitado o incluso leído. Han sido muy pocos los privilegiados que han podido asomarse a alguna de sus páginas para ser transfigurados por ellas de forma irreversible.

Existen los que se perdieron para siempre buscando su letra y los que, incapaces de procesar la magnitud de sus enseñanzas, enloquecieron por haberla encontrado. Existen los que jamás lo han visto pero se reconfortan noche a noche en la certeza de su secreta existencia.

Todos ellos son —somos— los Buscadores. Creemos en el Libro, perseguimos sus páginas, conocemos sus premisas, difundimos sus verdades.

Las infinitas cosas, en cambio, son los Náucratos, uno particular para cada hombre. El Náucrato es, entonces, un término: la sagrada embarcación que guía a todo individuo hacia su Propósito. Descubrir ese Propósito es el motivo de la existencia de cada alma. Esta es la vía del Buscador.

Quien encuentra su Náucrato se atará al mástil de su propio Propósito y avanzará en la difusa continuidad de su historia. Realizarlo por completo es tarea más compleja porque, al consumarlo, concluye también el Propósito y, al acabarlo, se cumple con la propia vida.

No existe hombre sin Náucrato ni Náucrato sin hombre. Quien encuentra su Náucrato está salvado; quien lo realiza está concluido.

12
Ozymandias

“Se lo invoque o no, Dios siempre está presente.” La inscripción estaba tallada en el marco de la puerta, que quedaba al final de un camino de tierra circundado por plantas crecidas y era el centro visible de una casita venida a menos. Sobre la casita, lo más preciso que puedo decir es que quedaba en medio de la nada.

Las indicaciones de Horacio habían sido particularmente difíciles de seguir. El Cabrakan me esperaba ese domingo y, según las instrucciones de Horacio, quería que no fuera ni lo suficientemente temprano como para encontrarlo dormido ni lo suficientemente tarde como para sorprenderlo borracho, lo cual me dejaba una dudosa ventana de oportunidad que iba desde el mediodía hasta las cinco o seis de la tarde. El rango era una conjetura mía.

Calculé llegar hacia las dos de la tarde, pero me perdí. Horacio me había transmitido vía mail las indicaciones de cómo debía alejarme de Montevideo y doblar justo al final de la autopista que daba a la ruta que daba al camino que daba al sendero de la casa del Cabrakan. Fue imposible lograr una mayor precisión para cargar la dirección en Google Maps como hace cualquier persona de este siglo. Sospecho que, como en tantas otras áreas del folklore de los Buscadores, la idea misma de buscar la casa era parte de la mitología de encontrar al Cabrakan, pero en el momento la aventura sólo me produjo fastidio y contribuyó a incrementar mi nerviosismo.

No había tenido tiempo de visitar Montevideo. Apenas llegado el día anterior, reservé un hospedaje desde el celular casi sin mirar las fotos: no podía importarme menos adónde iba a quedarme ese par de días. Apenas paseé por el centro y su rambla para estirar un poco las piernas. Como si hubiera sido parte de una coreografía o de una obra de teatro, todas las conversaciones al paso que escuché trataban sobre Buenos Aires, Argentina y sus problemas. Se me ocurrió que Uruguay era el lugar ideal para disfrutar de nuestro país y sus vaivenes a una distancia prudencial, segura; como subirte por un rato a una montaña rusa sabiendo que siempre podés bajarte y volver a la seguridad de tu moneda estable.

Eran las cuatro de la tarde y yo estaba tan nervioso que me temblaban las manos y transpiraba como si hubiera corrido una maratón. No recordaba haberme puesto así por nada, al menos no de adulto. Temía haber llegado tarde y haber perdido la oportunidad pero, a pesar de todos mis temores, finalmente parecía haber dado con la casa. Una mezcla de orientación intuitiva y las directivas de trazo grueso de Horacio me habían llevado a esta casita algo deteriorada, rodeada de campo agreste, en los alrededores de Montevideo. Vista de afuera podía pertenecer a cualquiera, pero la inscripción en el umbral

fue la constatación de que estaba en el lugar correcto. No podía ser de otra persona.

Aplaudí varias veces. Acompañé las palmas con preguntas simples: "¿Hola? ¿Hay alguien?". No parecía haber nadie. Volví a aplaudir, pero todo seguía quieto. No había timbre ni campana que tocar, ni veía a nadie a quien consultarle si estaba bien ubicado. Sólo quedaba esperar, sólo quedaba creer.

—Es del oráculo de Delfos.

No sé de dónde habló, pero me asustó. Sentí que lo tenía al lado aunque viniera de adentro, de algún lugar del interior de la casa. Tardé en reaccionar, pero logré saludar. En tono interrogativo, como un idiota.

La puerta ahora abierta dejaba entrever una figura voluminosa. Más alta que yo y casi tan ancha como la puerta. La casa estaba en penumbras y el sol del exterior hacía que el contraste entre el adentro y el afuera fuese particularmente difícil para acomodar la vista.

—La inscripción, digo, "Vocatus atque non vocatus deus aderit" —pronunció con cuidada exageración—. Jung mandó que se la grabaran en la entrada de su casa en Küsnacht. Me gustó y se la copié. Como acá nadie tiene la más puta idea de qué decían las paredes de la casa de Jung, en general digo que se me ocurrió a mí. Lo único distinto es que la puse en castellano porque eso de citar en latín me parece bastante de culorroto. Pasá, nene, dale. Fijate nomás de no pisar a Dios si justo se le dio por andar por el piso.

El Cabrakan, la fuente, el origen de todo lo que había estado investigando, narrando y (para ser justo) usufructuando, se hundió en la oscuridad de su casa dejando la puerta abierta tras de sí.

No exagero al decir que al principio estuve ciego. Mis ojos parecían negados a ajustarse al rotundo cambio de luz. El Cabrakan me indicó una silla al lado de la entrada en lo que parecía ser un pequeño hall de distribución y tomó asiento frente a mí, muy cerca. A sus espaldas había una biblioteca. Me sentí incómodo y entusiasmado en partes iguales mientras mis pupilas se adaptaban a ese ambiente sin ventanas y sin luz artificial. Una revisión rápida del entorno me dejó ver lo que podría ser la casa de un acaparador compulsivo. Un desorden oscuro que mareaba por la superposición de toneladas de cosas heterogéneas. Una desprolijidad generalizada que se suele adjudicar a los adolescentes, si bien en este caso mi interlocutor parecía haber superado los setenta con creces.

—Te esperaba para dentro de un rato. Disculpame que no llegué a ordenar.

Me reí, pero la risa del Cabrakan festejando su propio chiste atropelló la mía. Me puso una mano inmensa y nudosa en la rodilla y me miró a la cara sin parpadear. Recién ahí hice contacto visual con él

y reparé en su persona.

Estaba viejo, pero era inconfundiblemente la misma cara que había visto antes, en aquella foto del bodegón en la que aparecía flaco y anguloso. Los pocos pelos que seguían aferrados a su cuero cabelludo eran largos y estaban peinados hacia atrás. La barba era un desastre largo muy blanco. Parecía un brujo. A pesar de que hacía mucho calor tenía puesta una bata de toalla negra que dejaba entrever unos pantalones cortos de jogging gastados, descoloridos por el uso. Tenía los pies guardados en pantuflas igualmente inmensas, también negras y peludas. Apenas se le veían los tobillos, anchos y percudidos de várices gruesas que parecían anillos oscuros. Los ojos, en cambio, eran negros y potentes, vitales. Tenía ojos de otra edad, de otro cuerpo.

—Gracias por recibirme —le dije en un tono que me pareció ajeno. Estaba muy nervioso y me había dado cuenta de que sería casi imposible disimularlo.

—Ah, no, nada de eso —me respondió con una voz grave, cavernosa, como si hablase desde el fondo del estómago—. No es a mí a quien corresponde la gratitud, es a Horacio. El hijo de puta jugó una carta buena, inapelable te diría. La primera vez que me escribe en veinte años es para pedirme que te reciba. Soy yo el que está intrigado. Decime, ¿qué es exactamente lo que hacés, nene?

Sentado al borde de un asiento pegado a la puerta y con él a treinta centímetros de distancia sentí que estaba rindiendo un examen. Tenía la sensación de que cualquier respuesta que diera me podía mandar afuera de la casa. El Cabrakan me miraba fijo y yo alternaba entre sostenerle la mirada y descansarla en alguno de los múltiples objetos que nos rodeaban: los libros a sus espaldas, las fotos enmarcadas de indistinguibles grupos de personas, los adornos avejentados, los diarios amarillentos…

—Escribo —le contesté con seriedad—. Estoy escribiendo sobre el Náucrato y empecé a…

—No —me interrumpió poniéndose de pie—, eso no es. Vení, si querés. Estoy mirando el Clásico —y entonces se interrumpió y levantó las palmas, como excusándose—. Perdón, a vos que sos un compatriota, el clásico de *acá* que, como no puede ser de otra manera, está empatado. Podés quedarte, no me molestaría la compañía, nunca viene nadie.

Sin esperar respuesta, se dirigió a otro espacio de la casa y comenzó a sonar el relato del partido, que claramente había estado muteado hasta entonces.

—La sumisión al fenómeno deportivo es la primera de las rendiciones al destino, ¿sabías? —gritó desde donde fuera que estuviera, cosa que interpreté como deseo de seguir charlando a pesar de que me había dejado solo. Me paré y lo seguí a lo que parecía ser el

living, que estaba igualmente revuelto pero contaba con más espacio. Sentado en un sillón individual, puso las patas arriba de una mesita de luz donde tenía un mate medio desarmado y miraba una tele plana de unas setenta pulgadas que contrastaba con la precariedad del resto de la casa. Me volvió a hacer un gesto de que me acomodase en un sillón largo repleto de ropa.

—Sacá eso —me indicó señalando el revoltijo—, correlo, no pasa nada —y luego, impacientándose al ver que yo no atinaba a moverme —, ¿pero entendés lo que te digo?

—No sabía que hoy estaba el partido. Disculpá, podemos arreglar para otro día.

—Nene —me dijo ahora ya sí visiblemente molesto o al menos aparentando estarlo— no me estás escuchando, ¿no? No me pueden chupar más un huevo ni Peñarol ni Nacional. Ni a los uruguayos les importa. Lo único que importa es el ritual, entregarse por completo a un resultado único e incuestionable, por fuera de nuestro control, al precio de someter nuestro estado de ánimo, nuestra suerte, nuestro todo. El fútbol te exime de ser por un rato, te entregás de lleno a un acontecimiento, por eso es la primera sumisión al destino. Es nuestra forma moderna de fatalidad griega.

—¿La última sería la ludopatía?

Me miró e hizo un gesto pícaro con los ojos. Le había gustado mi respuesta y entendí que si quería sacarle algo interesante debía corresponderle la compadreada.

—Ahí va —acotó—, ahí va. Bueno, quizás sí vengas con algo interesante. El viejo garca de Horacio, si algo no fue nunca, es pelotudo… —se cebó un mate y volvió a mirar hacia la tele—. Era otras cosas, sí, pero pelotudo no.

Esperé unos momentos mientras me acomodaba a este nuevo ambiente en el que parecía regir una dinámica diferente a la del hall de entrada. El Cabrakan había aceptado mi presencia, pero lo que me llevase del encuentro dependía exclusivamente de mí.

—¿El Náucrato está acá? —pregunté sin vueltas, a quemarropa.

—Por favor, otra vez esa pelotudez no —me respondió llevándose la mano a la frente y apretándose los ojos—. No viniste hasta acá por el Náucrato. No tenés cara de loquito. A los que vienen por esas estupideces de hace treinta años ni les abro la puerta. A vos Horacio te mandó por otra cosa.

—¿Y por qué vine? —repregunté con un impulso socrático que sentí fallar incluso antes de terminar de plantear la pregunta.

—Y, si no lo sabés vos…

Firme en su respuesta, con los ojos fijos en un partido que ninguno de los dos parecía estar mirando, volvió a cebarse un mate.

—La verdad es que vine para conocerte. Vengo escribiendo sobre

los Buscadores hace meses y… —mientras hablaba pensaba cómo formular lo que quería decir. Sentía que me estaba prestando atención y quería aprovecharlo. Para empezar, no me había interrumpido como hasta entonces— lo que arrancó como un laburo de cobertura se transformó en algo mucho más grande. Los conocí, o conocí a los que hoy quedan y… me parece una locura que tantos años después un conjunto de ideas siga juntando gente, siga generando desde arte hasta locura hasta…

—¿Y? —me interrumpió el Cabrakan, que no me miraba pero me escuchaba—. ¿Y qué tiene? Sí, dije cosas, escribí cosas, hay gente a la que le gusta, a más gente le gustan los programas de cocina que pasan los fines de semana al mediodía. ¿Por qué no vas a lo de Maru Botana a preguntarle qué se siente?

—No sé si lo que quiero es saber qué sentís.

—A ver —dijo volviéndose hacia mí como para enfocarme mejor.

—Me di cuenta de que no sé nada de la persona que hizo posible el mundo de los Buscadores, todo esto, todo lo que me trajo hasta acá.

—No, tampoco —volvió la mirada a la tele y se apoyó el mate en la panza, desde donde llegaba a chupar la bombilla con facilidad. Observando el movimiento elástico con que sorbía la bombilla caí en la cuenta de que no me había ofrecido ninguno—. No soy yo lo interesante acá y mi vida no tiene nada de extraordinario; es normal por donde se la mire. Soy hijo de un padre que no me dio pelota y una madre que me dio demasiada. Cuando dejé de necesitarlos (¡en la prehistoria!) —rio de su propia ocurrencia— me entendí mejor con mi viejo y peor con mi vieja. Después se murieron y ahí me di cuenta, como todos, de que uno jamás conoce ni entiende a sus padres: nos separa una vida entera. Lo único que podemos hacer es inventarnos nuestros propios padres en el afán de entendernos a nosotros mismos, cosa que tampoco logramos —entre frase y frase, que exageraba como si las hubiera estado recitando, chupaba la bombilla con ruido—. Tampoco me pasó nada estridente ni memorable: amé, crecí, engañé, mentí… Ojalá tuviera una gran tragedia barroca que justifique donde estoy hoy. La realidad es que soy un viejo amargado y la gente se aburrió de mí. ¿Con eso estamos? ¿Terminó la entrevista?

—¿Por qué Uruguay?

—Pago menos impuestos.

Me reí y recordé que Pedro ya me lo había dicho. El Cabrakan se dio vuelta hacia mí, sonriendo también.

—¿Qué pasó, nene? ¿Te esperabas algo mejor? Habría estado bien, ¿no? Una historia de huida y misterio. ¡No! Sucede que una vez un fan, un seguidor, bah, se inmoló en el shopping del Abasto con una remera con mi cara —el Cabrakan hacía ahora gestos de gran teatralidad con las manos—. ¡Fue terrible! Todo lo que había hecho

cayó en una gran oscuridad y no quedó más remedio que el exilio, ¡el peor de los ostracismos! —rio desganado—. No, nene, no pasó una mierda, la vida pasó. ¿Qué va a pasar? —por un momento volvió a concentrarse en el mate—. ¿Te interesa el Náucrato? Mirá, acá está. Mirá —se puso de pie frente a la tele y me observó fijamente mientras abría los brazos señalando puntos invisibles de la casa—. Esto es el Náucrato: nada. No hay olla al final del arcoíris, no hay cáliz sagrado, no hay gran revelación; el Náucrato es lo que quedó —abandonó de pronto la ampulosidad de movimientos y anunció—: Me voy a cambiar la yerba, ¿vos querés?

Asentí un poco cohibido. Salió de la habitación rumbo a otra que presumí la cocina, desde donde siguió alzando la voz:

—Es todo chamuyo, nene, todo en la vida es chamuyo. Cuanto antes aprendés eso, mejor. Gana el que mejor chamuya; pierde el que lo hace peor.

Se me ocurrió algo.

—¿Y el chamuyo entonces qué es?

No hubo respuesta. El Cabrakan reapareció con un mate nuevo y un gesto aprobatorio en la cara.

—Esa es quizás la primera buena pregunta que hacés desde que llegaste. La primera de verdad. El chamuyo es la lengua criolla, la técnica de nuestros trovadores, el vehículo de nuestra cultura y, por ende, la Letra Sagrada en la que se escribe nuestro cuento grande.

—¿Cuál cuento grande? —pregunté con dificultades para mantener la calma y sofocar el interés.

Se sentó sonriendo y me apercibió con el dedo, zarandeándolo en el aire mientras cebaba el primer mate nuevo.

—Tampoco te pasés. No es con preguntas como se hace esto. Es jugándotela. Dale, nene, dale, de vuelta: ¿Qué hacés acá? ¿Qué carajo haces acá molestando a un viejo decrépito que no conocés en las afueras de Montevideo?

La pregunta era, sin dudas, buena. Para ser justos yo también me la hacía, me la había hecho durante todo el viaje y quizás me la venía haciendo desde que tenía memoria. Pero en ese momento, en ese lugar, con esa compañía se me ocurrió una respuesta que antes no había aparecido. Me humedecí los labios con la lengua y lo miré fijo antes de responder, como quien dice convencido una línea de diálogo en una obra estudiada mucho tiempo atrás.

—Busco algo que valga la pena ser contado.

El Cabrakan abrió un poco los ojos y se tiró hacia atrás en el respaldo de su sillón.

—¡Fuá! ¡Mirá lo que es esa belleza! ¡Hubieras arrancado por ahí! Algo que valga la pena, ¡eso sí que es un desafío! Algo verdadero, ¿no? Aunque sea una sola cosita que uno pueda decir: “¡Esto sí es de

verdad!”. Distinguir entre infiernos lo que no es infierno…

Reconocí la cita, pero preferí no decir nada.

—Menos —seguí—, no necesito tanto. Busco algo que me hubiera gustado saber al principio.

—¿Al principio de qué?

—De todo esto —con un gesto circular de fastidio medio señalé todo con la mano, pero me noté incapaz de precisar.

—¿De venir a Uruguay? —preguntó sabiendo que esa no era la respuesta.

—No, de la vida. Antes de que mi vida arrancara sin que me diera cuenta. Antes de ese momento en el que entendés que ya hay cosas que jamás vas a poder hacer, ese momento en el que lo entendés de verdad, en el que ves por primera vez cómo cada pequeña decisión va matando otras cien en simultáneo. Antes de tener tanto miedo de decidir.

—Buscás un consejo para haberte dado —remató con seguridad. Me resultó una forma linda y mucho más eficaz de decir lo que buscaba. Asentí.

—Linda búsqueda, pibe —suspiró—. Sí, una buena búsqueda es más de lo que tienen muchos, ¿sabés? Pero, nuevamente, no soy alguien que pueda dar consejos ni al principio ni al final de las cosas. Menos, a alguien que no conozco; menos, cuando yo tampoco encontré lo que buscaba.

Me pasó el mate sin mirarme. En la tele, el partido seguía empatado y estaba por terminar. Me di cuenta de que el Cabrakan le había bajado el volumen al relato en algún momento de la conversación. Ni él ni yo lo estábamos siguiendo.

—¿Y vos qué buscabas? —me animé a preguntar devolviéndole el mate sin saber si el grado de confianza que habíamos desarrollado en la charla hasta ahí iba a habilitar una respuesta.

—Tuve etapas, como todos. Al principio, de joven, creí que mi Propósito era expandirme.

—¿Engordar? —no resistí el remate. Por suerte el Cabrakan se rio con disfrute evidente. Por primera vez sentí que le estaba haciendo pasar un buen rato.

—A eso le metí también, pero nunca fue un objetivo consciente —me pasó el mate—. Mirá que ser viejo y gordo es un mérito igual, ¿eh? Ya lo vas a entender —le devolví el mate y en el mismo movimiento pasó a cebarlo y sorberlo de un saque para después cebar otro y pasármelo. Era como una danza que estábamos interpretando juntos. Mis ojos se habían adaptado por completo a la penumbra hermética de su cueva, lo cual me permitió ver con claridad el espacioso living en el que estábamos. Contaba con algunas ventanas que, a pesar de estar atiborradas de frascos y tazas y objetos de difícil decodificación,

filtraban algo más de luz que en el hall de entrada. Al ventilador de techo le faltaba un aspa, lo que desbalanceaba por completo su giro a velocidad mínima y le daba un movimiento casi pendular. Las paredes eran pura estantería, colmada en su mayoría por libros, pero también por objetos a priori desconcertantes como una plancha o un árbol de Navidad enano lleno de polvo—. Expandir mi conciencia, residir en otros… Lo único que tenemos en este paso por la vida, lo único verdadero, es existir en otros, ser corroborados en nuestra existencia. Un árbol que cae en el bosque sin testigos no sólo no hace ruido: tampoco tiene amigos. Esta segunda observación es bastante menos citada que la primera. Mirá adónde me llevó eso igual, ¿no? —separó las manos con las palmas hacia arriba—. No sé si seré un árbol pero ruido hice y no hay amigos a la vista.

—Trascender —acoté, comprendiendo lo que me estaba diciendo.

—Sí, sí, trascender —recibió el mate y, con la ductilidad de un millennial, puso en la tele un compilado de temas de Julio Sosa de YouTube. El partido había terminado en empate—. El varón del tango —me anunció apretando el botón de play—. Hay vías hacia la trascendencia, ¿sabés?, que no son otra cosa que motivos para vivir. El amor, el arte, el conocimiento. Las probé todas —volvió a mirarme, ahora encorvado hacia adelante en su sillón, las rodillas separadas y la panza calzando cómodamente entre las piernas—. Tuve también una etapa en la que creí con seguridad que mi Náucrato era simplemente alcanzar la felicidad: ser feliz, vivir una vida feliz. Tiene sentido, ¿no?

—Supongo que sí —le respondí pisando el palito.

—No, no tiene sentido —y me miró con reprobación, como si hubiera esperado más de mí—. Esos fueron sin duda mis años más imbéciles. Los recuerdo con vergüenza. La felicidad es un accidente en la búsqueda del Propósito. Si aparece, se la disfruta, no digo que no, pero cuando la felicidad es el objetivo mismo, agarrate: es la receta para el fracaso de hedonistas y faloperos.

Cada tanto el Cabrakan agachaba la cabeza y miraba a puntos fijos en el espacio, como enfocándose en fantasmas, como si fuera capaz de ver cosas que yo no veía.

—El arte sí fue interesante, pero el arte que se toma a sí mismo en serio, cosa que, te aclaro desde ya, no tiene nada que ver con la solemnidad. Digo un arte que no pretenda ser distracción, entretenimiento, sino que apunte a manotear un pedazo de infinito y traerlo de vuelta, traducido para todos los que no somos capaces de hacer el viaje.

—Muchos dirían que lo lograste —acoté optimista.

—¡Mirá si lo voy a haber logrado! —chasqueó la lengua y se palmeó las rodillas—. ¿Querés saber cuál es el sentido de la vida, nene? El sentido de la vida es buscarlo —hizo una pausa y me observó

como queriendo medir qué tanto me afectaba lo que me acaba de decir—. Nada más. Cualquier adición a eso es relleno de novelistas o chamuyo de vendedores. Esa es la porción de verdad más irreductible que existe. ¿Para eso viniste hasta acá? ¿Para esa frase de local de ropa donde los chetos compran exentos de culpa y convencidos de que hay algo espiritual en la guita que heredaron sin laburar? ¿Ese calco en cursiva pegado en la pared? ¿Esa galletita de la fortuna para idiotas?

Me reí. De pronto me sentía bien, relajado, cómodo. A diferencia de cuando había entrado en la casa, ahora el Cabrakan me resultaba más gracioso que ominoso. La figura oscura, el viejo huraño y la fuente del credo, el guía de los Buscadores era también una persona que retenía el carisma que le había ganado públicos multitudinarios.

—¿Querés que te diga la verdad? —me preguntó mirándome de soslayo con un tono nuevo, divertido—. La verdad es que soy un cobarde. Me he conformado con entretener y me he convencido de lo sagrado de esa tarea, sospecho que para eludir algún deber o responsabilidad.

—O para ser feliz… —acoté con genuina empatía.

—¡Peor aún! —respondió levantando las cejas encanecidas.

—No creo que la gente que venera tu obra considere triviales tus aportes —le comenté sintiendo inexplicablemente que éramos dos viejos conocidos—. Yo vi… Yo vi devoción y, para generar devoción, es necesario mucho más que entretener. Hay que dar, bueno, hay que dar Propósito: ¡el Náucrato!

—Otra vez con eso —el Cabrakan revoleó los ojos para disimular su fastidio—. Eso es porque no hablaste con nadie que me conozca realmente, nene, con nadie que me haya conocido. En los libros que hacemos somos todos buenos.

—Bueno, por empezar, hablé con Horacio.

El Cabrakan se quedó en silencio y se llevó los dedos a la boca pensativo.

—Hm… Horacio es demasiado amable como para ser honesto. La gente que es muy buena sólo puede serlo a costa de una gran hipocresía. Si te dijo algo distinto de lo que te estoy diciendo yo, te mintió. Tengo muy claro que me odia, y con razón.

—Quizás, pero hizo que esto, hoy, fuera posible, ¿no es algo eso?

El Cabrakan guardó silencio frotándose la barba. Sus ojos seguían moviéndose con nerviosismo y deteniéndose en puntos al azar de la habitación. Otra vez me llamó la atención lo vital de su mirada, ansiosa y rápida, que funcionaba a un ritmo diferente al del resto de sus movimientos. Al terminar, me miró otra vez. Afuera comenzaba a atardecer. La poca luz que entraba en la casa se había tornado cobriza; teñía de rojo la figura del viejo y daba un resplandor rojizo el

desorden que nos rodeaba cual infierno revuelto. El tango de fondo completaba el cuadro de dos argentinos conociéndose entre mates.

—Sí… De hecho, me gustaría pedirte un favor —me confió—. ¿Serías tan amable de contarme un poco de Buenos Aires? Contame de Horacio, contame, por favor, de estos locos que buscan y no encuentran.

De ahí en adelante comenzó otro encuentro y sospeché por primera vez el verdadero motivo por el que me encontraba en esa casa: la gestión de Horacio había sido más por el Cabrakan que por mí.

Lo vi transformarse en un niño. Juntaba las manos entre las rodillas y reía sin parar; no podía creer que el grupo de Pedro se juntara regularmente a charlar de sus escritos y preguntaba con entusiasmo y total atención.

Casi sucumbe a un ataque de risa ahogada cuando le conté de mi expedición con Equis en el subte. Me juró que jamás había escrito o visto el contenido de ninguno de los papeles que repartíamos. Se puso de pie y me abrazó sin poder dejar de reír cuando le dije que Equis intentó asfixiarme. "¡Era puto!", gritaba entre carcajadas yendo a la cocina a llenar un nuevo termo: "¡No lo puedo creer! Le gustabas al gordo y vos ni te habías dado cuenta".

Quedó fascinado con los detalles de Horacio usando pelucas en algunos encuentros ("¡Qué viejo boludo! ¿Para qué se disfraza?", volvía cada tanto mientras le estaba contando otra cosa). Me hacía un montón de preguntas y recordaba mucho. Quería detalles de Claudia, de Pedro, de cómo se veían, si estaban viejos o gordos, calculaba edades con los dedos y volvía a escucharme en silencio cuando le contaba algunas repercusiones de mis crónicas.

—¿En serio me decís que a la gente le llama la atención esto? —preguntaba como si tuviera ocho años, pero sabiendo que mi respuesta sería afirmativa. Me pidió que le mostrara las redes sociales y "esos lugares" en los que se discutía dónde estaba el Cabrakan. Con gusto le leí algunas de las mejores teorías conspirativas sobre su paradero. Le fascinaba que creyeran que estaba muerto.

Él, a su vez, me convidó con múltiples anécdotas pero, para mi absoluta sorpresa, ninguna tenía que ver con su recorrido como Cabrakan, o su oficio o su arte. Me contaba historias de su infancia. Me habló con increíble detalle de que formó parte de una banda en la secundaria y cómo el grupo solía tomarlo de punto, me contó proezas de la niñez como ganarle un partido de fútbol en el potrero de la esquina del colegio a la escuela de la manzana vecina o un mano a mano en el que se había impuesto a trompadas con lo que se había ganado el respeto de sus compañeros.

Esto duró horas. No podría precisar cuántas, pero en algún momento de lo que ya era la noche del domingo pude ver que algo

había cambiado en ese viejo desparramado en el sillón, relajado, aliviado. Lo veía feliz.

A mí, por el contrario, empezó a crecerme una angustia en el pecho. Estaba atravesando el espacio liminal del final de una historia, de un Propósito. No pude disimular mi malestar y el Cabrakan rápidamente me preguntó qué me pasaba.

—Temo haber realizado mi Náucrato —le dije, tratando de sonar jocoso.

—¿Qué? —preguntó con incredulidad, y fue como un cachetazo.

—Hablo en serio —insistí—. Todo esto, todo esto que hice este año me hizo sentir de una forma en la que no me sentía desde, no sé, desde que era chico. Temo que esta excusa para ser, para escribir, esté llegando a su fin y que yo vuelva a encontrarme, no sé… conmigo.

—¿Y? —me espetó satisfecho, todavía recuperándose de los efectos benéficos de su panzada nostálgica—. ¿Qué tiene de malo encontrarse con uno?

—Me da miedo, no sé ni cómo explicarlo, pero me da miedo no saber qué quiero. ¿Y si no soy suficiente? ¿Y si lo que tengo no es lo suficientemente bueno?

El Cabrakan rio.

—Como si alguien en este mundo supiera lo que quiere, querido. No es para cualquier gil encontrarse de frente con el propio deseo. El boludo se precipita, se hace encima. Si tiene miedo, ¡vaya con miedo, hombre! —dijo poniéndose de pie y saliendo de la habitación.

—"Quien realice su Náucrato está condenado" —recité y sentí algo de vergüenza por traer a colación la cita.

El Cabrakan salió de la cocina con una botella de whisky en la mano y dos vasos cortos.

—Si no recuerdo mal, era "concluido": quien realiza su Náucrato terminó. Pero entiendo, "condenado" no está mal tampoco.

—Temo que todo esto, que arrancó como otra de las excusas para obligarme a escribir, termine siendo lo más parecido a mi propio Propósito —dije con algo de congoja—. Entiendo que no te parezca importante, pero de verdad hice de esto, de escribir esto, mi vida.

—Nene —me cortó en seco—, sólo alguien con una apreciación fatalmente concreta de la vida puede creer que la realización del Propósito se logra plantando un árbol o escribiendo un libro. Como si los destinos pudieran tacharse de una lista de pendientes cual productos de supermercado.

—Temo… —seguí, dándome cuenta de que jamás había dicho algo parecido en voz alta—, temo no tener nada para aportar, temo que nada de esto haya tenido sentido, que nada tenga sentido.

—Eso es más interesante —respondió sirviendo los tragos— pero, para bien o para mal, si todo esto tuvo o no sentido depende de una

sola persona: vos. Es el hombre el que asigna sentido y si bien no todo lo que sucede conviene, todo lo que pasa puede aprovecharse, siempre y cuando seas pillo, ¿no? —el Cabrakan vació su vaso de un saque mientras yo apenas había tenido tiempo de agarrar el mío.

—¿Decís que use todo esto?

—Sí, claro —volvió a servirse—. Te digo más: usame —y se mandó el segundo vaso entre pecho y espalda—. Mirá, quiero que sepas que tu visita me dio algo que no tenía desde hacía mucho: alegría y por eso te agradezco. Hablabas antes de si yo tenía un consejo para darte… Yo no sé qué te dirás a vos mismo al final de los días, pero puedo decirte qué me diría a mí. Yo quise erigir una mitología de lo argentino, quise aportar gloria al lugar en el que nací, con la pretensión vanidosa de volverme así glorioso por añadidura. Fui feliz buscando eso y, al ser feliz, también hice felices a otros al volver mi búsqueda algo divino. Pero si soy honesto, si tuviera que darme un consejo, procuraría hacer menos felices a desconocidos y más felices a quienes quise y me quisieron. “Un hombre es tal en la medida en que mejora el mundo” —citó de memoria, aunque no supe qué—, pero esto tiene una trampa y es que el mundo queda lejos.

Me pareció que el Cabrakan lloraba, pero la oscuridad que había a esa altura de la noche me impedía estar seguro.

—Nadie en el fondo último de su ser tiene la certeza total —siguió. Tomaba whisky a su ritmo, independiente de mis tímidos sorbos. Yo me encontraba absorto, como quien presencia algo único e irrepetible —. Por eso es tan codiciada, mi amigo. Cuando uno detecta certeza, se enamora, la desea, quiere esa seguridad para su propia vida. Es lo que han aportado a lo largo del tiempo las religiones, los cultos, el arte y las personalidades seguras de sí. Todos, en el fondo, buscan la respuesta a esa pregunta fundamental: “¿Tiene sentido esto si todos vamos a morir?”. Yo no sé la respuesta, pero he corroborado que si uno responde que decididamente sí lo tiene, la vida es más linda… Y no he visto muchas mejores opciones que atravesar lo que sea que sea esto con toda la convicción posible. La mayoría de la gente envidia la certeza en otros como si su propio corazón no estuviese compuesto de los mismos elementos, como si a ese otro se le hubiera apersonado una entidad divina para darle garantías de su fe. La sociedad no es más que un montón de gente cantándose falta envido sin nada que sumar en la mano. A nadie, jamás, se le ha corroborado nada. La persona más impresionante de la historia no tuvo más que un cuatro de copas en la mano.

—Pero entonces, ¿es todo mentira? ¿El Náucrato, el Propósito…?

—Al contrario. Digo que creer es aún más prodigioso porque no hay certezas. Tus temores son los de todos los hombres; nadie tiene la vaca atada. Toda la fe del mundo reside en uno. Todo lo que se ha

creído y se creerá está hecho de las mismas partículas elementales. Por definición de especie, lo sepas o no, sos capaz de lo más grandioso y lo más terrible que hayamos hecho como conjunto. Somos un milagro.

De pronto reparé en que la luz de la Luna irrumpía por una de las ventanas. Extrañamente, iluminaba más y mejor que lo que había logrado hacer el Sol en cualquier momento de la tarde. Comprobé que el Cabrakan lloraba en silencio.

—En creer no sólo reside toda la magia de la vida; creer es el principio, el medio y el fin, y sólo tiene sentido justamente cuando no hay pruebas. De lo contrario no sería fe, sino constatación, deducción: nadie nunca se enamoró de un silogismo. Nadie nunca fue a la guerra para defender una ecuación matemática. La vida es hermosa *porque* hay que dotarla de sentido a cada paso. Y ese sentido es Dios. Creer no es una opción: es lo único que se puede hacer. Quien existe cree, aunque lo ignore.

Se limpió las lágrimas de la cara con el reverso de la mano y me miró fijo. Ahora lo veía con total nitidez, a pesar de que no había ninguna luz prendida. Era como si brillara en la oscuridad. *Parecía* brillar en la oscuridad.

—No pierdas el tiempo preguntándote si tenés algo que aportar. Lo tenés, aunque lo ignores. Preocupate por otras cosas: por ser un buen tipo, por ser amable y cariñoso con los tuyos, por querer a quienes te quieren. Mirame a mí, nene —el Cabrakan se dirigió a la puerta de entrada, que abrió de par en par. Su silueta se recortó contra el contorno del exterior y los ruidos nocturnos entraron en la casa. No entendí si me estaba echando o invitando a ver algo, pero me paré y lo seguí—. Mirame a mí —insistió, poniéndome una mano insospechadamente pesada en el hombro—. Creía que mi Náucrato era expandirme y fijate como terminé: un abuelo sin nietos. Como alguien que se equivocó más de una vez en su vida, puedo decirte con absoluta convicción que sea cual fuere tu Propósito no es escribir sobre esta mierda.

Sentí que me empujaba y quedé del lado de afuera, en el mismo ángulo frente a él y su casa que cuando había llegado hacía ya muchas horas, con la diferencia de que ahora veía todo con absoluta nitidez: el interior del hall de entrada, a él y su barba blanca sobre la bata negra que ahora parecía una túnica antigua, las pantuflas acolchadas y la biblioteca.

Y entonces lo vi.

En los estantes, perfectamente visible desde donde yo estaba, un libro llamó mi atención. Sentí que me llamaba, una especie de bombeo, de pulso que me pegó en el pecho y en los brazos erizándome los pelos. Vi un libro grueso de tapas duras que combinaba los colores rojo y negro. En el frente se adivinaba un dibujo circular, una especie

de brújula o reloj laberíntico cuyos extremos se conectaban mediante caminos internos que encontraban su destino en otro punto de la circunferencia. El canto de las hojas estaba pintado de dorado y, observándolas al bies —es decir, inclinando un poco la cabeza— parecían asomarse figuras que no llegué a identificar. Tenía una importancia indisimulable, la relevancia de las cosas sagradas. No pude ocultar mi gesto de sorpresa. ¿Podía ser?

—¿Cuál es mi Náucrato? —llegué a preguntar con los ojos fijos en el libro de tapas rojas. ¿Cómo no lo había notado hasta ese momento? ¿Era posible que el Cabrakan lo hubiera puesto ahí recién? Era llamativo e inocultable. Una vez visto, la casa entera, con todo su desorden, con todo lo que había adentro de ella, parecía dispuesta de tal forma que ese libro era su centro.

Y entonces lo vi a él: no al viejo tierno con quien había compartido horas de intimidad; un hombre terrible me miraba desde el umbral y sonreía como no lo había hecho en toda la tarde. Los ojos a media asta me miraban desde una profundidad aterradora. En su rostro sin edad vi un vacío que no podía ser llenado. Vi ambición y hambre. Vi algo a lo que siempre algo faltaba. Vi al Buscador más incompleto de todos. Vi, por primera vez, al Cabrakan.

—Vos, pibe, sos un escritor, y el Náucrato de todo escritor no se realiza jamás; se aleja un poco con cada libro que escribe y cada libro que escribe es un paso más hacia lo que tiene para contar. El Náucrato del escritor no es escribir algo original; es escribir lo que ya se ha escrito incontables veces. La mayor aspiración del artista es acercarse a alguna de las formas originales de las historias eternas. Ahora que lo sabés, andá y escribilas.

—¡Esperá! —llegué a decir metiendo mi brazo para que no me cerrara la puerta en la cara. Frente a mí, la mirada intensa del Cabrakan y el libro que parecía arder en el estante del fondo. ¿Era? ¿Podía ser?

—¿Y el tuyo? —le pregunté—. Si tu Náucrato nunca fue expandirte, ¿cuál era al final?

El Cabrakan sonrió por última vez antes de cerrar de un portazo dejándome afuera de la casa. Rodeado por los sonidos de la noche, escuché su voz:

—Ver el Náucrato en los demás.

Y así me fue revelada la Verdad.